

FLORECIJLLAS

de **D. BOSCO**

FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B.



1
551

FLORECILLAS DE DON BOSCO

FLORECILLAS DE DON BOSCO

RECOGIDAS EN EL JARDIN SALESIANO
«DE MEMORIE BIOGRAFICHE»

POR

FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B.

De la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Ilustraciones originales de BERNALDEZ-ORDÓÑEZ

R A M I L L E T E 11

SEVILLA
EDITORIAL DE MARIA AUXILIADORA
1957

LICENCIA DE LA SOCIEDAD SALESIANA

NIHIL OBSTAT

Maximino Gallego, S. D. B.
Censor

PUEDE IMPRIMIRSE

Claudio Sánchez, S. D. B.
Inspector

LICENCIA ECLESIASTICA

NIHIL OBSTAT

Dr. Francisco de Asís Gonzalez,
Canónigo

IMPRIMATUR

Sevilla, 27 de Febrero de 1957
El Vicario General del Arzobispado
Dr. Valentin Gómez.

P R E S E N T A C I O N

Don Bosco: Los que nos sucedan no querrán creer estas cosas, y dirán que son fábulas.

Nosotros: ¡Ah no, buen Padre! Tus hijos creen estas cosas y nunca dirán que son fábulas...

(Ricaldone: POBREZA, 79)

No miren estas páginas los sabios..
Aspiren sus perfumes los sencillos...

OFRENDA

A la venerable memoria
de Don Pedro Ricaldone,
quinto pilar—muy macizo—
de la Sociedad Salesiana en
el mundo.

INFORME DEL CENSOR,

el M. I. Sr. Dr. Don Francisco de Asís González, Canónigo de la S. I. C. M., Prefecto de Ceremonias de la misma y Catedrático de Teología Dogmática en el Seminario Metropolitano.

Ilmo. Sr. Vicario General del Arzobispado de Sevilla.

Ilmo. Señor: Leí atentamente, por encargo recibido de V. S. I., el libro que, con el título de FLORECILLAS DE DON BOSCO, ramillete segundo, desea publicar el M. R. P. Francisco de la Hoz Cavielles.

Idea ha sido felicísima de este religioso salesiano español, benemérito en el campo de las buenas letras, presentar en manojos primorosamente combinados, destellos, irisaciones, aspectos varios de la admirable vida de San Juan Bosco, tan fecunda en episodios humano-divinos como la del seráfico «Poverello» de la Umbría.

En la obra que reseñamos nos presenta el docto escritor un segundo centenar de lozanas FLORECILLAS, impregnadas de aquella unción que atraía corazones y de aquel celo por las almas que abrasaba el pecho del hijo esclarecido de Margarita Occhiena. A cada florecilla sirve de broche o colofón una «moraleta» o reflexión ascética, donde el P. La Hoz insinúa rutas prácticas de sólida vida cristiana; viene a ser como el perfume que ha de aspirarse durante el día, a fin de que la lectura resulte espiritualmente provechosa a los cristianos de mucho trabajo y poco tiempo que quieran hacer cada mañana unos minutos de meditación.

Revelan estas páginas tierno amor al Santo y hondo conocimiento de su vida. Son, a la vez, testimonio implícito de la especial providencia con que Dios vela por la prosperidad de la Obra Salesiana al disponer las cosas de modo que junto a las eruditas biografías de D. Bosco no falten delicados cuadros, sutiles pinceladas, graciosos motivos que descubran a los humildes y sencillos la grandeza del inclito Fundador, pródigo siempre en sembrar el bien por ganar todas las almas para Jesucristo.

Auguramos al recién cortado ramillete el mismo éxito editorial que alcanzó el primero. El nuevo tomo de FLORECILLAS dará la vuelta al mundo, como su antecesor, en manos de los millares de alumnos y ex-alumnos que pertenecen a la dilatada Familia Salesiana.

Por las consideraciones antedichas y por hallarlo conforme a la fe católica y a las sanas costumbres, soy de parecer que el segundo volumen de FLORECILLAS DE DON BOSCO merece ser publicado y ampliamente difundido.

Dios guarde a V. S. I. muchos años.

Sevilla, 27 de febrero de 1957

Francisco de Asís González



1

De cómo un Papa desterrado fué socorrido por los pilluelos de nuestro Padre.

El Rey de Roma, Pío IX, tras los espantosos acontecimientos que pusieron la ciudad en poder de las turbas desenfrenadas, hubo de buscar refugio, porque el bien de la Iglesia lo exigía, en el reino de Nápoles, haciendo de Gaeta capital del orbe católico por un espacio de tiempo.

Todos los buenos creyentes lloraban lágrimas de pena, y el mundo entero vibró en rogativas constantes porque cesara el azote. Don Bosco, amantísimo del Papa, no sosegó, influyendo en los diversos sectores de la política sana por un regreso inmediato del dulce Cristo en la tierra.

De las mil corazonadas de este hombre es digna de mención una colecta que organizó entre sus modestos hijos para ayudar, materialmente también y en la medida de su extremada pobreza, al Padre común de los fieles. Tras de muchos sacrificios,

céntimo a céntimo, con admirable tesón y encantadora constancia, pudo reunirse entre los cientos de muchachos que frecuentaban su Oratorio la cantidad de treinta y tres liras, que se entregaron al comité del «Dinero de San Pedro» en un fervoroso acto de homenaje al Papa, registrado minuciosamente por las crónicas del primitivo Oratorio.

A lo largo de aquellos días era corriente escuchar entre los jóvenes diálogos como el que sigue:

—¿Cuánto has dado para el Papa?

—Veinte céntimos. ¿Y tú?

—Aún no he entregado nada, pero a fines de semana creo que daré cincuenta, pues me privo del desayuno. ¡Quién fuera rico para dar mil liras!

—¿Por qué Don Bosco querrá tanto al Papa?

—No es difícil contestar a esa pregunta. Si Don Bosco es un santo y el Papa representa a Jesucristo...

Don Bosco mismo organizó el homenaje, donde la generosa cuanto exigua ofrenda fué entregada al presidente del comité. Y él mismo dirigía aquel robusto himno cantado con fervor por los muchachos, que redoblaban el empuje de sus gargantas en estrofas como ésta, al Pontífice mártir dedicadas:

*Soberbio es quien te juzga;
quien te condena, insano...
¡Ningún poder se iguala
al tuyo soberano!*

* * *

Pío XI desde su destierro de Gaeta se emocionó vivamente recibiendo aquel regalo de unos pobres. ¡Qué noble hazaña es consolar al Papa!



2

De cómo nuestro Padre se mostraba siempre el mismo con sus amigos de joven.

Dieciséis años transcurridos desde su primera misa, hallábase ya Don Bosco casi en la cumbre de su popularidad cuando cierta mañana de junio, entre las visitas incontables que esperaban ser recibidos por él, hacía antesala un modesto cura de aldea. Este no quiso dar su nombre por probar si el visitado, compañero suyo de Seminario, le reconocía al verle.

Llegó el turno, anticipado, pues allí los eclesiásticos eran preferidos siempre, y el presbítero, tras la invitación del portero, se asomó al despacho, pronunciando con timidez un «Dios sea alabado» por vía de introducción. Respondió nuestro Padre a saludo tan cristiano y, poniendo la vista en el que entraba, lleno de alborozo, salió a su encuentro y le abrazó mientras decía:

—¿Cómo estás, mi buen Morgatti? ¡Qué satisfacción la mía

verte al cabo de mil años! Siéntate, hombre, siéntate, y díme cosas de tu vida. Ya sé que recientemente te han trasladado alrededor de Turín.

—Mi alegría —repuso el otro— no es menor, querido D. Bosco. Tenía que venir a la curia por asuntos parroquiales y me dije: «No me voy sin saludarle». Fuimos tan amigos en el Seminario... ¿Se acuerda?

—Pero ¿qué es eso? —replicó el Padre— ¿Tan cambiado me ves que no me tratas de tú? ¿No hemos sido compañeros? ¿No somos, para gran ventura nuestra, hermanos en sacerdocio? ¿A qué ese empaque?

—Compañeros... hermanos... a mucha honra para mí; pero yo soy un simple cura de aldea y usted es el famoso Don Bosco, célebre por todas partes, amigo de cardenales y confidente del Papa, que si no ha llegado a obispo, muy pronto le nombrarán.

—¿Qué estás diciendo, Morgatti? ¡Nada de eso, nada de eso! Yo soy y siempre seré el pobre Bosco, viejo compañero tuyo.

—Pero usted...

—Mira, hemos acabado. O me tratas como antaño, de tú a tú, o cada cual por su parte

Y, uniendo el gesto a la palabra —con un amistoso enojo— empuñó la campanilla para llamar al portero. Don Morgatti hubo de apearse el tratamiento y los dos se entretuvieron por espacio de media hora evocando días felices.

* * *

Así son de tratables y sencillos los verdaderos humildes; posponen los trompetazos de la fama al culto de la amistad, que iguala siempre, bajo el signo de la caridad cristiana. vidas desde su origen paralelas.



3

De cómo anunció nuestro Padre que su alumno Juan Cagliero no moría de una grave enfermedad.

Entre los muchachos más afectos a Don Bosco desde la hora primera las crónicas citan a Juan Cagliero, cuya vida tan estrechamente está ligada con los principios de la obra salesiana.

Sucedió que dicho joven cayó gravemente enfermo a la edad de dieciséis años; tan enfermo que dos eminencias de Turín llamados a consulta —los doctores Galbagnò y Belingeri— desahuciaron al paciente y recomendaron que se le preparase a morir.

Llegó nuestro Padre a la alcoba para comenzar la triste ceremonia cuando vió una blanquísima paloma, con un ramito de olivo en su pico, revoloteando en torno al joven. Brillaba con refulgente luz, pero nadie, fnera del Santo, se daba cuenta del hecho. La paloma bajó hasta los labios del enfermo, acarició

con el ramito su rostro y, dejándolo caer, desapareció enseguida. La visión de la paloma cedió a ésta otra: esfumóse el recinto de las paredes y a los ojos del sacerdote se ofreció extraña muchedumbre de salvajes que ponían en el rostro del moribundo miradas de ansia y dolor, como temiendo un desenlace mortal. Dos de ellos, en primer término, de rasgos duros y atezado rostro, no exento de bondad y simpatía, estaban inclinados sobre el joven conteniendo la respiración.

Don Bosco, sonriendo dulcemente, se acercó a Cagliero y sostuvo un diálogo con él.

—Dígame, Padre, ¿es mi última confesión?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por si es que debo morir.

—Juan, ¿quisieras irte al cielo ahora o esperar a más adelante?

—Don Bosco, yo quiero lo que mejor sea para mí.

—Para tí sería mejor irte al cielo, pero debes esperar. Te pondrás bueno, serás sacerdote, y luego... con tu breviario al brazo irás muy lejos, muy lejos... Y harás que otros lleven su breviario... No morirás, no. Debes hacer muchas cosas antes de dejar la tierra.

—Entonces no me confieso; tengo la conciencia tranquila. Lo haré cuando me levante.

Pronto vino la convalecencia y el muchacho pudo hacer vida normal, preparándose con fervor para vestir la sotana.

* * *

Con el tiempo se cumplió la profecía. Juan Cagliero celebró misa, fué jefe de la primera expedición de misioneros salesianos, hizo que otros llevaran breviario porque llegó a ser obispo; formó parte en el sagrado colegio de cardenales y sus gestas espirituales le han dado el sobrenombre de «Apóstol de la Patagonia». Ser fiel a Don Bosco era participar en empresas de sumo honor trabajando por las almas.



4

De cómo nuestro Padre y su Discípulo predilecto mantuvieron sobre la tierra el último coloquio.

Domingo Savio, el muchacho angelical del Oratorio, estaba para irse al cielo. Habría querido que su muerte sucediera en la casa de Don Bosco, pero la Providencia dispuso lo contrario y él se sometió al parecer de los médicos, quienes para su dolencia recetaron ante todo los aires sanos de la aldea. Y un día primero de marzo el papá se lo llevó a Mondonio.

La noche precedente su Director no podía hacerle sosegar. Domingo le hacía mil preguntas sabiamente contestadas por el santo sacerdote que, amable y lleno de caridad, sostuvo con el joven esta edificante conversación:

—Dígame, Don Bosco, ¿qué es lo mejor que un enfermo puede hacer para ganar méritos ante Dios?

—Ofrecerle cuanto sufre.

—Y ¿no podría además hacer alguna otra cosa?

- Sí, ofrecerle también la propia vida.
- ¿Puedo estar seguro del perdón de mis pecados?
- En nombre de Dios te digo que todos ellos se te han perdonado ya.
- ¿Puedo estar seguro de mi salvación?
- Sí, hijo mío; mediante la divina misericordia, que no te falta, puedes confiar en que te salvarás eternamente.
- Si el demonio viniera a tentarme ¿qué le tendría que decir?
- Que has vendido tu alma a Jesucristo y que El la ha comprado al precio de su sangre para librarla del infierno y llevarla al Paraíso.
- ¿Podré ver desde el cielo a mis compañeros del Oratorio y a mis padres?
- Sí, desde allí verás todos los acontecimientos del Oratorio; verás a tus padres junto con las cosas que con ellos se relacionan; verás otros detalles hermosísimos.
- ¿Podré venir alguna vez a visitarles?
- Podrás venir con tal de que ello resulte a mayor gloria de Dios.

* * *

Ocho días después el ángel en carne humana volaba a su centro buscando la única medicina que, según el médico de cabecera, le podía dar salud: la visión y el goce de Dios. Ofreció a Dios sus dolores y su vida, logró el perdón de sus culpas, se salvó eternamente, venció al diablo y sus insidias, desde el cielo se hizo protector del Oratorio, vino a la tierra varias veces para consolar a sus padres, a su Director y a sus compañeros. La última conversación tuvo mucho de aliento y de profecía. ¡Bienaventurado el joven que no profana sus labios con temas de estilo opuesto!



5

De cómo nuestro Padre arrebatava víctimas juveniles a las sectas.

Un joven exalumno del Oratorio, de quien las crónicas sólo nos dicen que se llamaba Pedro —caído en le herejía valdense y recién venido de Ginebra, donde había llegado nada menos que a ministro— estaba para morir tuberculoso; a consecuencia de los desórdenes morales que le habían dominado. El famoso Amadeo Bert se apostó a su cabecera dispuesto, por las buenas o las malas, a evitarle cualquier contacto de los papistas, como él denominaba a los nuestros. Pero no hizo Don Bosco más que enterarse cuando, venciendo con heroica fortaleza la oposición del ministro, voló junto al moribundo. Apenas éste percibió la voz querida, su rostro se iluminó y dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Dios mío, quién viene aquí!

—Pedro —exclamó el sacerdote—, ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de mí? ¿Sabes quién soy?

—Usted es Don Bosco... el antiguo amigo de mi alma... El que me dió tantos consejos... que yo olvidé. Tengo vergüenza de mirarle.

—Si me conoces, hijo mío, si soy tu amigo ¿por qué temes?

—No temo a usted, que es tan bueno; tengo vergüenza porque fui ingrato, porque he cometido muchas torpezas...

—¡Vengo a salvarte!

Protestaba el ministro de aquello que estimaba coacción; defendíase el Santo diciendo que aquel muchacho era suyo; amenazaba terriblemente el uno y respondía mansamente el otro pero sin ceder una pulgada de campo. Al fin los dos contendientes pidieron que el mismo enfermo declarase cuál de ambos prefería para ayudarle a morir. Pedro, cobrando fuerzas de su extremada flaqueza, se incorporó, miró a Don Bosco en actitud de solicitar auxilio y gritó con toda la intensidad de su ya débil garganta: «¡Quiero perseverar en mi religión! Nací católico... deseo morir como católico... ¡Me arrepiento, Dios mío!...».

Bert salió furioso de la alcoba. Pedro, que presentía su cercano fin, pidió entonces confesión. No era menester que se retractase porque ni había predicado ni escrito nada hasta la fecha contra la religión católica. Tornóse alegre y decidor, besaba y más besaba la mano ungida que en nombre del Señor le había absuelto, y exclamaba que era feliz como jamás lo había sido.

Venticuatro horas después el venturoso converso fallecía. Don Bosco le cerró los ojos con lágrimas en los suyos.

* * *

Amadeo Bert había escrito que todo católico cumpliendo su religión puede salvarse; la fe católica afirma que el obstinado culpable en herejía se condenará. Con estas dos premisas el buen Padre decidió la conversión del muchacho. Con ellas ante los ojos el creyente nunca será infiel a su Dios.



6

De cómo los talaros de nuestro Padre no respondieron un día a las orde- nanzas canónicas.

Llovía sobre la tierra un anochecer de octubre cuanto cabe en el ancho firmamento y Don Bosco regresaba al Oratorio tras de asistir a un agonizante. La ruin sotana y el raído balandrán —receptores de los chorros que el sombrero les mandaba— aparecían empapados, pareciendo sus fimbrias hilos finísimos de plata que se perdían en el suelo. Llegó el Padre como pudo a su humilde habitación donde intentaba cambiarse, pero con pena de los suyos no tenía más sotanas. Fué entonces cuando le vino la ocurrencia.

—Cagliero —dijo al futuro cardenal—, ¿recuerdas que el Marqués de Fassati nos envió el otro día un capote militar y unos pantalones claros con destino a cualquier joven necesitado de ropa?

—Sí, Don Bosco, lo recuerdo y sé que aún los conserva el ropero.

—Pues mira..., díle que por favor me los preste.

—Bonita figura haría...

—Peor es quedarse hecho una sopa. Anda, tráelos enseguida.

Salió el joven y volvió. Pronto sonó la campana llamando a las oraciones. El Padre debía dar las «Buenas noches» y en ello pensaba mientras se iba acomodando la peregrina indumentaria. Bajó a la capilla fiando en la complicidad de las mortecinas lámparas que le ayudarían a disimular la penuria de talares. Mas no; los muchachos, pendientes siempre de aquella figura amada, llenos de ansia esperaban su presencia y, apenas entró, le midieron en un segundo de pies a cabeza, mirándose luego entre sí sonrientes pero se mantuvieron serenos. Algo de extraordinario le habría sucedido al Padre cuando se les presentaba así; de fijo que su caridad heroica estaba metida en ello...

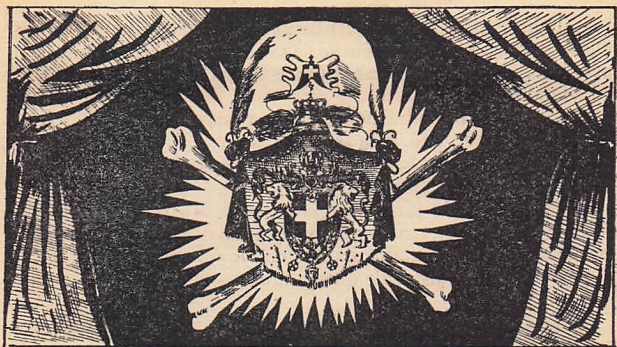
—Apuesto —decía uno— que ha dado su ropa a un pobre.

—Yo más bien creo —opinó otro alzando los ojos a las cristalerías azotadas por gruesas gotas de lluvia— que se ha mojado en la calle, y de sotanas no tiene más que la puesta.

Comenzó el Santo la plática y cedieron los comentarios, pero pronto se hizo público lo escaso de su ropero por causa de las mil necesidades caseras. Y muchos ojos se humedecieron de lágrimas.

* * *

Tema excelente de meditación para tantos vanidosos y vanidosas ahitos de prendas nuevas. ¡Qué oportunas, al fin de esta florecilla, las palabras del Apóstol: *Todos los cuerpos envejecen como ropa*. ¿Qué le importó a nuestro Padre vestirse tan pobre siempre si ahora se viste de imperecedera luz?



7

De cómo nuestro Padre, vidente del porvenir, anunciaba funerales en la corte.

Devotísimo Don Bosco de la Iglesia, veía con dolor inconsolable el trabajo de las sectas ante el Gobierno para un expolio fulminante de los bienes eclesiásticos. Ya que sus heroicos esfuerzos ante el rey y los ministros no lograban que la injusticia se detuviera en los linderos del robo, hizose heraldo de los castigos que el cielo preparaba a los más culpables, en este caso, los reyes.

Rogó un día la condesa Cravosio a nuestro Padre que admitiese en su Oratorio a un huerfanito. Accedió el Santo, suplicando a la dama su influencia ante las reinas para conseguir dos mil liras que debía al panadero. Quedó en ello la condesa pero pronto se olvidó. Varias semanas después Don Bosco le dijo al verla:

—Señora, no me cumplió su palabra.

— ¡Ah, Padre, perdóneme! Le aseguro que, apenas las soberanas regresen a Turín iré a verlas — contestó ella mientras el sacerdote, meneando su cabeza, hacía señales negativas con el índice derecho.

— Usted ya no podrá hablar a las reinas.

— Padre ¿por qué dice eso?

— Usted ya no las hablará — repitió sentenciosamente el Santo con un deje de aflicción.

Quince días más tarde la reina madre, María Teresa, falleció con cincuenta y cuatro años. Poco antes el rey Víctor Manuel escribía a su ministro La Marmora: «Mi madre y mi mujer no hacen más que decirme que se mueren de disgusto por causa mía».

Mientras se cerraba el féretro llegaba a manos del monarca un anónimo que, recogiendo palabras oídas a Don Bosco, contenía esta amenaza: «¡Abre los ojos, oh rey! Persona iluminada de lo alto ha dicho: — Ya murió uno. Si la ley prevalece sucederán más desgracias en tu familia. Esto no es sino el preludio de los males».

Víctor Manuel no podía sosegar. Lleno de inquietud presidió los funerales de la reina y, apenas la corte regresada de Superga, panteón de la dinastía piemontesa —, fué invitada al Viático de la reina María Adelaida, que cuatro días después caía a la temprana edad de treinta y tres años, víctima inocente de las regias ambiciones.

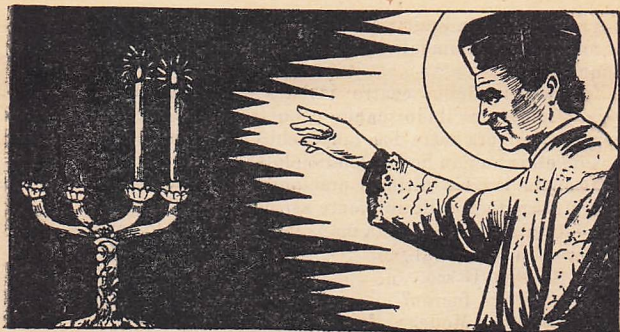
Cuando por el Oratorio el desconcierto más espantoso, como en el resto del país. Alguien indicó a Don Bosco: — Se ha cumplido su profecía «Grandes funerales en la corte»...

Es cierto — comentó el Santo —, mas no sabemos si con dos funerales quedará satisfecha la justicia divina.

La misma noche en que la reina consorte fallecía, Fernando, duque de Génova y único hermano del rey, abandonaba este mundo.

* * *

Sobre la casa de Saboya parecía pasar una maldición del cielo. Don Bosco se limitaba a profetizar en nombre de Dios. Terribles son sus palabras tras la consumación del sacrilego despojo: «Los reyes detentadores de los bienes de la Iglesia no llegarán a la tercera generación». Cumplida está la profecía.



8

De cómo nuestro Padre alguna vez imitaba el adorable rigor de Jesucristo contra los mercachifles del templo.

Ya Don Bosco planeaba su futura Sociedad, educando a un grupo de jóvenes que con el tiempo serían los primeros salesianos, cuando ocurrió cierto día que el prefecto, Don Víctor Alasonatti, hubo de enviar a cuatro hasta el santuario de Superga para ayudar de acólito en un entierro solemne. Ello sucedía de vez en cuando y, dada la pobreza reinante en el naciente Oratorio, era una ventaja económica dejar en la sacristía las candelas que, concluido el funeral, cada clérigo asistente se apropiaba — conforme a usanza y costumbre — a tenor del arancel diocesano, con frecuencia en crecida cantidad según las clases de rito.

Algunos, pese a ser de los más favorecidos por la caridad del Santo, eran tan desaprensivos que de regreso al Oratorio se permitían liquidar sus candelas a un cerero, embolsándose las liras. Don Bosco toleró hasta el límite preciso, pensando que los jóve-

nes necesitaban adquirir libros, material escolar o útiles varios; pero llegó un momento en que su sabia pedagogía le aconsejó poner coto.

Esta vez aquellos cuatro jóvenes —reincidentes en gran escala— habían recibido sendos paquetes de doce velas, y corrió como la pólvora entre los muchachos el negocio redondo que dos de ellos habían hecho vendiéndolas.

Concluidas las últimas oraciones, las «Buenas noches» de Don Bosco fueron literalmente así, con el Prefecto:

—Don Alasonatti, esta mañana algunos de los presentes estuvieron en el funeral ¿no?

—Sí, Don Bosco.

—¿Quiénes fueron?

—Orlando, Módena, Rainero y Colombo.

—Bien. ¿Entregaron todos las candelas?

—Orlando y Módena, sí. Los otros, no.

—Me desagrada. Orlando podría creer, aun sin razón, que ya compensa a la casa interviniendo como cantor en algunas funciones religiosas por la ciudad; pero tú, Módena, no. La casa te da cuanto necesitas; estás aquí enteramente gratuito. Hace poco me pediste se te perdonase los gastos menudos porque tu familia no podía abonarlos, y yo te los perdoné. ¡No tienes motivo para tratarme así! Buenas noches.

El auditorio quedó petrificado. Muchos se aplicaron la lección porque el abuso se estaba haciendo general. Lo más consolador fué que, encima de conseguirse el remedio, todos los jóvenes, sin excepción, juzgaron oportunísimo el rasgo de su buen Padre.

* * *

Muy soberana lección la de esta florecilla para ciertos espíritus ingratos y mezquinos. Con sobrada razón pudieran los tales estimar como dichas para sí las palabras inusitadas de Don Bosco.



9

De cómo, por ahorrarse unos cordones, se ataba sus zapatos nuestro Padre con algo que no lo eran.

José Brosio era un alumno de los mayores del Oratorio. Pertenecía al honroso grupo de selectos en quien puso Don Bosco su mirada inteligente como futuros colaboradores. Cierta día uno y otro se hallaban ante la puerta de un palacio en la vía Alfieri para visitar a su rico propietario, cuando el joven, mirando por casualidad al suelo, descubrió que el bendito sacerdote, siempre limpio como un sol pero vestido con sotana y manteleta viejisimas, llevaba sus zapatos sujetos con cuerdas de empaquetar pintadas en tinta negra. El muchacho filialmente protestó:

—¿Cómo es esto? Todos los sacerdotes en ocasiones así se adornan los zapatos con hebillas de plata y usted trae puestos unos cordones de esparto...

—Oye, Brosio —replicó calmoso el Santo—, con no mirar tienes bastante.

—No, señor, es demasiado. Tanto más que lleva corta la sotana y hace una triste figura.

—Los zapatos son míos...

—El Padre también es mío; y los zapatos ahora son más míos que de usted. Espérese aquí un momento mientras voy a comprar unos cordones de seda.

—Aguarda —díjole vencido el Santo, mientras hurgaba en sus bolsillos interiores—; debo tener los diez céntimos...

Al punto mismo que el sacerdote ofrecía la moneda, vínose una pobre vieja a ellos suplicando una limosna. Don Bosco desvió la mano y le dió gozoso aquellos benditos céntimos. Brosio entonces se dispuso a ir en busca de los asendereados cordones pagando de su bolsillo, pero se lo impidió con las palabras más dulces, procurando convencerle de que era un gasto superfluo y que nunca se lo agradecería. El joven hubo de ceder y el santazo de nuestro Padre visitó al noble señor que le acogió muy feliz y puso luego en sus manos un cuantioso donativo.

—¿Ves, Brosio? —decía el Santo mientras volvían a casa— Con este dinero, no cordones sino muchos pares de zapatos compraremos a nuestros pobres pilluelos..

* * *

En menesteres de atuendo a Don Bosco, cuyos modales y porte hacían decir con frecuencia que parecía nacido en cuna noble, bastábale con observar a la letra lo del doctor San Bernardo: «Me agrada mucho la pobreza pero aborrezco la suciedad».



10

De cómo nuestro Padre orientaba la vocación sacerdotal en sus jóvenes alumnos.

Terminaba el bachillerato un joven del Oratorio y quiso practicar los Ejercicios espirituales aquella cuaresma, última de su estancia con Don Bosco. Casi al fin ya del retiro, sacerdote y educando tuvieron este coloquio:

—Padre, dígame qué debo hacer para que el Señor me haga conocer mi vocación.

—San Pedro escribe que con buenas obras es posible asegurar la elección de estado.

—¿Qué señales indican si un joven está llamado por Dios al sacerdocio?

—Pureza de costumbres, amor al estudio y espíritu eclesiástico.

—¿Cómo conocer si se tiene pureza de costumbres?

—Por las victorias logradas contra los vicios de que el sexto

mandamiento habla, siempre según el parecer del confesor.

—Mi confesor me tiene dicho, en cuanto a esto, que puedo ir adelante tranquilamente. Pero en cuanto a los estudios...

—Los Superiores te ayudarán a saberlo.

—¿Qué se entiende por espíritu eclesiástico?

—El gusto por las funciones de iglesia, compatibles con la edad y las ocupaciones.

—¿Nada más?

—Hay otra noción de espíritu eclesiástico más importante que ninguna, y consiste en la afición al sacerdocio sobre cualquier otro camino por ventajoso que sea.

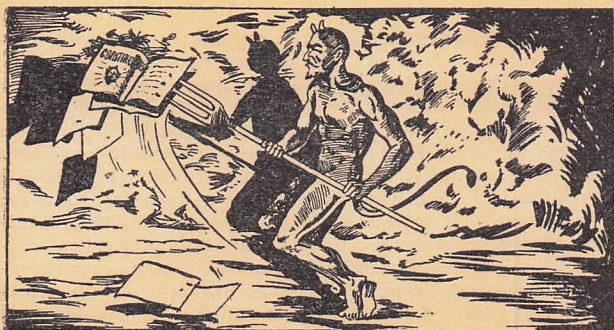
—Este es mi caso, Don Bosco. Creo que tropezaré con dificultades en casa; soy hijo único y mis padres se hallan en posición desahogada; pero con la ayuda divina venceré.

El gran educador hízole ver que el sacerdote debe renunciar a los placeres terrenales, a las riquezas y a los honores del mundo, no aspirar a puestos elevados, estar dispuestos a sufrir malevolencias y menosprecios, a buscar la gloria de Dios, el bien de las almas y la perfección propia. El muchacho corroboró su deseo de seguir a Jesucristo.

Después de varios años de pugna familiar mientras hacía estudios superiores en la Universidad, se reintegraba al Oratorio, se puso en manos del glorioso Fundador y poco después recibía el presbiterado con íntimo gozo del alma.

* * *

Esta florecilla viene oportuna para tantos estudiantes que se encuentran en un trance parecido. Oigan éstos los consejos que Don Bosco daba a aquel joven cuando tuvo que dejar el Oratorio: «Una gran batalla te espera. Guárdate de los malos compañeros y de las malas lecturas. Ten siempre a la Virgen por Madre y acude con frecuencia a Ella. Escríbeme muchas veces».



11

De cómo el diablo se complacía en estorbar a nuestro Padre la fundación de su Obra.

Iban pasando los días y a Don Bosco le acuciaba convertir en realidad el sueño de sus nueve años, junto con los otros sueños donde el cielo le anunciaba que su fecundo apostolado no terminaría en él. Para ello, a los tres lustros de haberse hecho sacerdote, debía pasar a fundador, según el deseo reiterado de la Virgen Inmaculada.

Fué por eso por lo que el buen Padre, hurtando al sueño las preciosas horas, pues las del día, preciosas y preciosísimas, se las robaban a él las almas de sus muchachos, redactó unas Constituciones, fruto de duras penitencias corporales, de plegarias prolongadas, de consultas minuciosas y de estudio escrupuloso.

Finalmente llegó la hora de poner a las cuartillas el broche de oro mejor, un «Ad majorem Dei gloriam»—que estampó en la última página su mano, temblorosa de gratitud y emoción —

y un beso a aquel cartapacio donde quedaban su alma, su corazón, su inteligencia, su espíritu, sus más altas ilusiones.

Ya el Fundador empezaba a descansar.

Pero ¿cómo consentiría Satanás, enemigo del bien y de la gloria divina, que el mundo de las almas redimidas tuviera para salvarse un auxiliar tan formidable como el escuadrón que años más tarde se regiría por aquellas Constituciones felizmente concluidas? No era conforme a su plan dejar las cosas así. Visiblemente se le apareció al Santo, le removió la mesa, le volcó la tinta sobre el manuscrito que, después de salir volando, cayó al suelo y se desencuadró, sembrando de hojas el pavimento. Todo, entre gritos pavorosos --únicamente perceptibles a los oídos del Padre-- y ruido como de huracán incontinido en la mezquina habitación.

El paciente fundador hubo de empezar, porque la escritura de antes quedó del todo ilegible. No podía resignarse a estar mano sobre mano. Era voluntad del cielo y ¡otra vez a la tarea!

— Te aseguro, Ravagliati —decía nuestro Padre al futuro misionero de la Pampa— que fué una noche espantosa. Dios te libre de un lance con el demonio parecido al de aquellas mortales horas.

* * *

¿Qué salesiano que medite estos detalles —que son historia verdadera— menospreciará el artículo más pequeño del código que a Don Bosco costó tanto? ¿Qué amigo de la Obra salesiana no estimará más y más el espíritu del coloso Fundador, ayudando en sus posibles a que perviva e influya?



12

De cómo un perseguidor de la iglesia dió pautas a nuestro Padre para su futura empresa.

Ratazzi, el ministro sectario, provocó cierto día con Don Bosco un interesante diálogo que abrió los ojos a éste sobre la urdimbre civil de la Sociedad salesiana en ciernes.

—Yo hago votos, reverendo, por que viva muchos años para bien de tantos pobres muchachos; pero es usted mortal como todos los mortales y, desde el punto en que llegare a faltar, ¿qué será de su obra?

—No pienso morir tan pronto... Pero ya que vuestra Excelencia me ofrece pie, dígame el modo de pervivirme en mi obra.

—Elíjase un grupo de eclesiásticos y laicos, forme sociedad con ellos, infúndales su espíritu, amaéstreles en su sistema...

—Y ¿piensa Vucencia que una sociedad así subsista sin vínculos religiosos?

—Convengo en lo necesario de un vínculo, pero sea él de

manera que cada miembro conserve su personalidad, sin fundirla en la congregación.

—Si hace dos años el Gobierno está suprimiendo las órdenes religiosas ¿cómo va a consentir que se funden nuevas?

—En la de usted cada miembro conserve sus derechos civiles, sujétese a las leyes del estado, pague las contribuciones... Con ello será una sociedad de libres ciudadanos unidos por fines benéficos.

—¿Me asegura Vucencia que no impedirá el Gobierno la creación de una sociedad así?

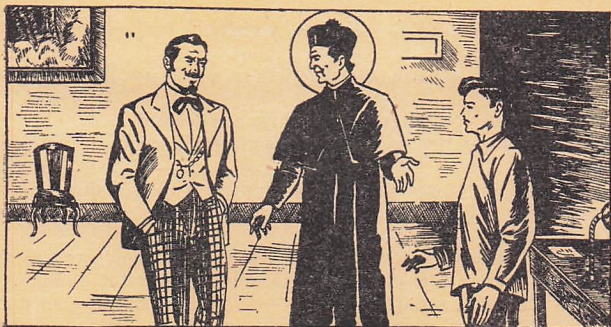
—Como no impide las sociedades de comercio, de industrias, de cambio o de socorros mutuos. La suya tendrá su apoyo junto con el del rey porque será simplemente sociedad humanitaria.

Se trataba de fundar una congregación religiosa diversa en su estructura a tantas como ya existían pero que estaban pereciendo por obra de Satanás. Don Bosco dió en el secreto.

—Ratazzi —decía él— habló conmigo sobre artículos de nuestra Regla con los cuales atenernos al Código civil. Se puede afirmar que ciertas disposiciones para eludir molestias del poder estatal fueron por completo suyas.

* * *

Hasta en asunto tan divino es humanísimo nuestro Padre, cumpliendo aquello de seguir un buen consejo aunque nos venga del diablo.



13

De cómo nuestro Padre situaba en las mansiones de la vida a sus pobres acogidos.

Un comerciante de París muy rico, de acuerdo con su mujer, llegó cierto día a Turín para pedir a Don Bosco — ya que Dios no les daba hijos — adoptar al muchacho que el Padre les señalara de entre los cientos y cientos que el Oratorio albergaba.

Tenía el matrimonio un pingüe negocio de zapatos y le interesaba que el presunto heredero de sus bienes fuera ducho en el oficio.

Don Bosco acompañó al parisien por los diversos talleres; llegados al de Zapatería, se detuvo delante del aprendiz a quien pensaba favorecer con la imprevista fortuna y le presentó al comerciante, encargándole que le enseñara el resto del Oratorio y que, una vez recorrido todo, le acompañase a su despacho.

Hablaba el visitante en francés y respondía el muchacho en su dialecte nativo, entendiéndose perfectamente los dos. Visto

hasta el último rincón, visitante y visitado tuvieron este coloquio:

— Padre, nos haría usted felices si nos dejase llevarnos ese joven.

¿Le parece que Miguel será el hijo que desean?

— Creo que llenará del todo las aspiraciones de mi mujer y las mías.

Miguel era un pobre huérfano sin arrimo en este mundo. Hízole volver el Padre y le puso al tanto de los planes que se fraguaban.

— Y, en caso de que alguna vez tuviera que dejar a estos señores — apuntó el elegido — ¿me admitiría usted de nuevo?

— Yo estoy seguro, hijo mío — respondió el Santo — de que todo te irá bien; pero si se diera eso que dices, siempre que tu salida fuese por motivos confesables, las puertas del Oratorio están abiertas para tí.

Aceptó el joven y fué a París con el generoso padre adoptivo. Pronto, por muerte sucesiva de ambos cónyuges, se quedó de nuevo huérfano pero millonario, al frente del mejorado negocio.

No es necesario decir que Miguel fué para Don Bosco bienhechor muy generoso, pagando con amor y creces cuanto el Padre hizo por él, como era lógico esperar de quien tanto favor había obtenido por la caridad divina.

* * *

Los salesianos continúan las enseñanzas paternas, situando en mansiones de privilegio social a huérfanos desvalidos. Sépanlo cuantos leen estas florecillas y se encuentran deseosos de emular al matrimonio francés.



14

De cómo en casa de nuestro Padre se cumplía un consejo de la buena Margarita a su hijo sacerdote.

Cierta dama turinesa, rica y noble, pidió un huérfano a Don Bosco para tenerlo por hijo y nombrarle su heredero de blasones y talegas. Tiempo faltó al sacerdote para llevarle un muchacho de excelentes condiciones, sin decir a éste ni palabra del objeto de la visita. En el palacio de la dama se dió un opíparo banquete, cuyos platos Don Bosco se limitó por cortesía a probar, imitado por el joven. La señora exploró las cualidades del candidato a su herencia sin saberlo, quedando tan satisfecha que dijo a Don Bosco sin más: «Este es el mío».

Habiéndose retirado los comensales, se tuvo una especie de consejo entre la dama, el sacerdote y el joven, cuyo contenido fué el siguiente:

—Hijo mío —comenzó Don Bosco— ¿te agradaría quedarte aquí?

—¿Para qué?

—Para ser el amo.

—No entiendo lo que usted quiere decir.

El Padre le puso al tanto de lo que deseaba la señora, quien pendía, toda ansiosa, de su respuesta.

—Si me quedo aquí —observó el muchacho— ¿tendré que renunciar a ser un día sacerdote?

—Es natural, —contestó la dama.

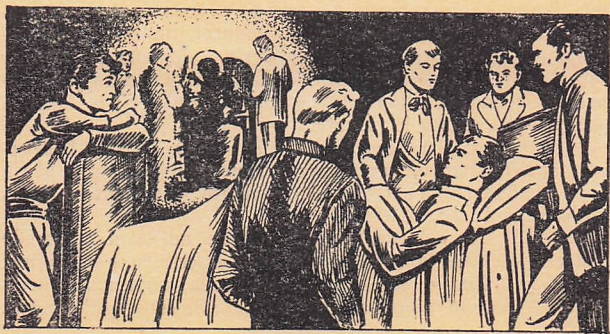
—Entonces no; seguiré siendo pobre para llegar un día a decir misa.

No hubo trato. El joven regresó feliz al Oratorio con el Santo y pocos años más tarde era ungido sacerdote.

* * *



¿Tal vez durante alguna de sus «Buenas noches» Don Bosco contaría lo que Margarita le dijo en su ordenación, sobre que jamás pondría los pies en su casa si llegaba a ser rico. Tal vez el Espíritu Santo dictó al joven tan elocuente salida. Tal vez, mientras iban de camino a la opulenta mansión, nuestro Padre le metería en el cerebro aquella frase tan suya: «Las riquezas son espinas...» Lo cierto es que el futuro sacerdote, oyendo la voz de Cristo, eludió por suerte suya y para mucho consuelo del sagrado Corazón, unas palabras divinas, provocadas por otro joven que no tuvo fortaleza: *¡Qué difícil es que un rico se salve!*



15

De cómo entre los alumnos de nuestro Padre había confidentes y mensajeros de la Virgen.

El niño Zucca, estudiante de Humanidades, recibió una visita de la celestial Señora estando en cama con fiebre. La santa Madre de Dios se entretuvo amorosamente con él, dejóle recados que dar a diversos moradores del Oratorio —empezando por Don Bosco— y al retirarse, curó de repente al enfermito, que se apresuró a cumplir los encargos de María desde el lecho pues, aunque ya libre de mal, dado lo avanzado de la hora —casi ya noche cerrada— el enfermero juzgó prudente no permitir que se alzara.

Todos los llamados acudieron entre curiosos y temerosos, menos el joven Gastaldi, cuya presencia reclamó Zucca con interés.

Una vez el remolón delante del mensajero, éste en nombre de la Virgen le conminó a ponerse bien con Dios. Hallábase

Don Bosco confesando en la sacristía, y Gastaldi bajó allí para obedecer el mensaje celestial. Permaneció de rodillas algún tiempo en espera pero pronto se aburrió y, dejando transcurrir breves minutos, regresó al lecho de Zucca para decirle que todo quedaba hecho; el niño entonces sin dejarle abrir la boca, le apostrofó con acento de vidente:

—¡Impostor! ¿Tú crees que no lo he visto? Bajaste, te detuviste ante el altar de la Virgen, te cansaste de esperar y al fin no te confesaste... Vuelve al confesonario y no abuses de la misericordia divina. Vuelve, Gastaldi.

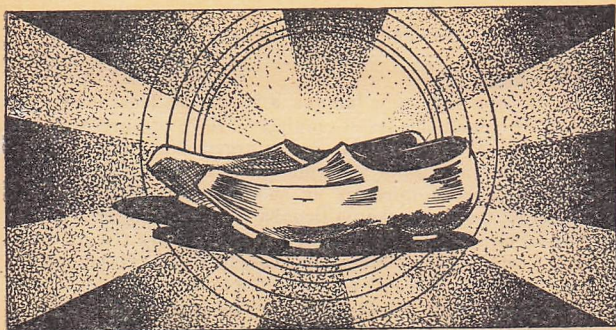
Gastaldi, lleno de confusión, salió de nuevo prometiendo obedecer. Mientras tanto Zucca iba como describiendo su camino: —«Ya baja... Está en el pórtico... Entra en la sacristía... Se arrodilla... Ahora se acerca a Don Bosco... Se está confesando... ¡Bien!».

Minutos después el converso regresaba a la enfermería y, antes de que hablara, el niño le dijo con rostro de muy viva complacencia: «Ahora sí que puedes estar contento; pero procura ser bueno, porque la Virgen me ha revelado que, o cambias de conducta o el castigo se te viene encima».

Gastaldi perseveró.

* *

Como ahora a los humildes pequeños de Fátima, entonces también María confiaba sus mensajes a los sencillos adolescentes que en la casa de Don Bosco hallaban pan para sus cuerpos minados por el hambre y la pobreza, y sentían crecer alas para subir pronto al cielo tras una muerte temprana. ¡Mensajeros de María!



16

De cómo nuestro Padre interpretaba unas palabras divinas referentes al calzado.

Siguiendo lo que encarecía Jesús a sus apóstoles sobre no tener repuesto para cubrirse los pies, a Don Bosco cierto día llegó a faltarle calzado. Mirad cómo.

Rochietti era otro muchacho de confianza y una vez fué comisionado por nuestro Padre para determinado menester en la ciudad. Llegada la hora de cumplirlo hallóse en un gravísimo aprieto: sus zapatos estaban de tal manera inservibles que juzgaba temerario salir con ellos a la calle. Pronto el Santo discurrió la solución pues, quitándose los suyos, le obligó con todo empeño a ponérselos, pese a la obstinada oposición del joven, no ignorante de que el bendito varón sólo poseía aquellos.

Y lo peor del caso era que nadie en el Oratorio, ni Buzzetti, ni Rua, ni Cagliero, tenían más que los puestos.

Era día caluroso de verano, pero ello no obstó a que el Padre,

haciendo de la necesidad virtud, se calzara unas solemnes almadreñas, y esta vez sí provocó la hilaridad aquella ocurrencia entre la plebe oratoriana.

Mas lo peor de lo peor fué que a eso de las tres, apenas por el sacerdote concluidas las «Compleatas», llegó presuroso un servidor del conde Girodi con la súplica argentísima de que volara a casa, donde un familiar enfermo pedía su bendición. Seguramente fué aquella la única vez de su vida en que Don Bosco reclamó coche; pero el coche no llegaba y hubo que salir a pie.

Con el criado junto a él, anduvo la calle Dora Grossa, salvó la Plaza Castello y llegó hasta el número 53 de la Avenida del Po, siempre pegado a las casas y curvándose lo increíble para que la sotana lograra cubrirle los pies. Ya los dos en su destino, dejó en la portería las ruidosas almadreñas y, calzado simplemente de los burdos escaarpines, atendió con toda caridad al enfermo, que le quedó muy obligado.

Cumplida la misión, el criado no pensaba acompañarle, pero el Santo reclamó:

—Eh, buen amigo, vámonos.

—¿Es que no sabe el camino?

—El camino sí lo sé, pero... mire. —Y le mostraba sus pies ya calzados con las famosas almadreñas.

—¡Torpe de mí! —gritó el hombre dándose una palmada en la frente, mientras corría a informar a su señor.

El mismo conde le acompañó a la zapatería de la Viuda de Zanone que recibió con mil fiestas a nuestro Padre, y enseguida le sirvió los zapatos mejor hechos de todas las existencias. Intentaba pagar el doble mas la señora rehusó tomarlo con tal de que le dejaran las famosas almadreñas, que desde entonces guardó como preciosas reliquias.

* * *

De verdad que eran preciosas aquellas dos almadreñas que, de haber tenido oídos y facultades, muy bien pudieran haber escuchado por las calles de Turín al ángel custodio de nuestro Padre las palabras inspiradas: *Bienaventurados los pies que anuncian bienes y paz.*



17

De cómo respondía el Espíritu Santo a nuestro Padre en momentos especiales de su vida.

Celebraba cierta mañana D. Bosco. Como sacerdote consciente de su misión en el altar, todos los días dejaba en la ínfima de sus gradas los cuidados, grandes o pequeños, de su vivir agitado, porque, en momentos como aquél, Don Bosco no era más que sacerdote. Pero entonces un asunto de la mayor transcendencia para la Iglesia, desprendido del tropel abandonado al principio de la misa, subió con él, mariposeó en torno suyo mientras el fervoroso celebrante pugnaba por atender lo debido a ceremonias y fórmulas litúrgicas ... y no se iba...

Ayudábale un pequeño —de los niños más pequeños que en el Oratorio había— con la devoción y el recogimiento que un ángel desplegaría si al ángel se le otorgara servir de acólito en el incruento sacrificio.

Vuelto a la sacristía el Padre con la gravedad de siempre,

desgranando en el camino los versos del «Benedicite», se fué despojando de los sagrados paramentos, besó el amito, dirigióse al aguamanil donde se purificó los dedos, dió a besar su mano al niño contestando con un «Gracias» acariciante al «Prosit» ritual que éste le deseó, y se iba hacia la percha para hacerse del bonete, cuando el chico, tomándole con suavidad el borde de la sotana por la manga, le detuvo al par que se alzaba de puntillas buscando su oído izquierdo. Bajóse el Santo a la altura del pequeño y así hablaron «sotto voce»:

—Resuelva ese asunto como lo tiene pensado y saldrá bien.

—¿De qué asunto hablas, hijo mío?

—Del que acaba de encomendar en la misa.

—Pero... ¿cómo sabes?... ¿Quién te ha dicho?...

El niño se llenó de turbación y no dijo más palabras. Respetó el Padre aquel silencio sagrado mientras en el interior de su alma rendía homenaje a Dios por dos razones: por que tales ángeles había regalado al Oratorio y porque, mediante un ángel así, se había dignado responder a la consulta que tanto le preocupaba.

Cuando, pasado algún tiempo, concluyó su acción de gracias, quiso ver dónde se hallaba el pequeño y sus ojos le encontraron jugando con todo ardor entre un grupo de escolares.

* * *

Una vez más en el mundo de las almas se cumplía lo del Sabio: *Hizo el Señor expresivas las lenguas de los pequeños.* Aquella respuesta del cielo fué clave para un negocio de índole espiritual que produjo grandes prestigios a la Iglesia. Y Don Bosco repitió el cántico litúrgico de los niños en Babilonia con gratitud insuperable y emoción incontenible.



18

De cómo nuestro Padre mandaba a los enfermos dejar su enfermedad en la cama.

Entre las mayores solicitudes de Don Bosco estaba la del cuidado de enfermos. Sabía y predicaba que todo enfermo es una bendición de Dios para una casa si en ella hay moradores caritativos que deseen negociar a lo divino con obras de misericordia, y si aquél ofrece resignado sus dolencias en rogativa de gracia y en ansias de penitencia. Nada extraño, por consiguiente, que sus visitas a la enfermería del Oratorio fuesen constantes y que, movido el Señor por la fe y la caridad, pusiera muchas veces en sus manos y palmaras la salud, como esta vez que hace el caso.

Sirviéndole de compañía Don Angel Savio, llegó cierta mañana a la enfermería, en uno de cuyos lechos se hallaba postrado, muy grave y en trance serio de muerte, el muchacho de la forecilla, cuyo nombre no mencionan las crónicas, aunque pudieron

mencionarlo pues el hecho fué sonado.

Fingiendo el Padre un enojo que estaba muy lejos de sentir — sólo por dar una broma al joven, de acuerdo con su acompañante —, sin más ni más se le encaró de este modo:

—Perezoso, son ya cerca de las doce y aun estás en la cama; levántate y a comer.

—Si estoy malo —gimió más que dijo el joven.

—Tú estas bueno. Vístete y al comedor con los demás.

—Pero...

—¿Tienes más que obedecer?

—El joven, aturdido pero lleno de confianza en la palabra del Padre, hizo un esfuerzo y notó que los antiguos dolores habían desaparecido. Pudo vestirse sin que nadie le ayudara; bajó por su pie al refectorio donde su entrada produjo enorme sensación; ocupó el puesto de siempre y comió con excelente apetito los platos que se servían.

El testigo excepcional de todo el proceso curativo —Don Savio—, hombre serio, según nos cuenta la fama, sólo sabía decir: «Estoy como atontado, sin creer lo que mis ojos han visto».

* * *

Dos explicaciones caben al comentar este hecho: O que el Padre obraba como agente del Señor, y aquello fué un milagro del Santo, o que su poderosa voluntad de tal manera influyó sobre el enfermo que llegó a sugestionarle, y entonces fué un prodigio del hombre. Santo y hombre eran la misma persona, y todos los dones de ella —humanos o celestiales - carismas del cielo



19

De cómo nuestro Padre, amador de la pobreza, rehusaba prendas nuevas de vestir.

Un cierto señor Ambrosio, camisero por más señas —bienhechor del Oratorio cuanto le permitía su condición— quiso ofrecer Don Bosco varias camisas de lujo, adivinando con fundamento la penuria que tendría de prendas interiores. El mismo llevó su obsequio, que puso en manos del joven a quien llamaríamos ayuda de cámara del Padre si éste, amigo de cuidar personalmente la alcoba, no hubiera reservado al servidor más que las cosas indispensables, y ello por sostenerle la confesable vanidad de pregonarse su hombre de confianza.

Juan que así se llamaba el joven, custodió celosamente el generoso regalo y la tarde del primer sábado metió una de las flamantes camisas en la bolsa de la muda, poniendo ésta en el lecho de Don Bosco.

La mañana del domingo, cuando el muchacho fué a tomar la ropa para llevarla al lavado, vió con sorpresa dolorosa la camisa

tal cual sobre la cama ya hecha. Llevado de filial confianza, corrió a él, que salía de celebrar, para decirle;

—Don Bosco ¿por qué no se ha puesto la camisa que regaló el señor Ambrosio?

—Díme, Juan — respondió el Santo —, ¿te parecen camisas esas para un sacerdote pobre?

—Pues ¿a quién se las voy a poner? replicó el joven con algo de enfadarse.

—Dáselas a quien tenga mejor tipo, dijo el Padre bromeando.

—Son para usted...

—Pero, hombre, vente a razones: si uno de nuestros bienhechores llega a enterarse—que en la vida todo se llega a saber—que Don Bosco el pedigüño tiene camisas de príncipe, ¿cómo me va a dar limosna? Y ¿cómo extendiendo la mano para que el que da me vea esos puños elegantes? ¿No comprendes?

—No comprendo, no comprendo...

Y el buen Juan se retiraba murmurando una plegaria para que Dios le permitiera asistir algún día a la canonización de aquel ser extraordinario, que le seguía con la mirada y al darse cuenta de la curiosa oración, le hizo un siseo imponiéndole silencio, sonriente.

* * *

Revestido como estaba de Jesucristo, el hombre de Dios no estimaba, como tantos vanidosos, la calidad de las prendas materiales con que el cuerpo ha de cubrirse y recuerdan el castigo que a nuestros primeros padres les valió su primer pecado de orgullo.



20

De cómo nuestro Padre quitó el miedo al Purgatorio de un alma ejemplar y buena.

El apellido Vallauri es familiar en las crónicas salesianas, y lo llevaron personas de prócer inteligencia y de corazón grande. La viuda de Don Tomás, médico muy prestigioso en los medios aristocráticos de la ciudad de Turín, pasaba angustias mortales a causa del miedo horrible que el recuerdo del Purgatorio de continuo le infundía. No lograba sosegar. Ni oraciones, ni lágrimas, ni limosnas, ni consejos borraban en la cuitada señora el temor a las penas que la misericordia divina — más que su eterna justicia — guarda en aquel lugar de expiación, donde las almas se purifican para ser dignas del cielo.

Cierto día la desgraciada señora pidió audiencia al sacerdote.

—Por amor de Dios, Padre mío —le dijo—, ruegue a la Stma. Virgen que se me vayan estas cosas.

—Usted puede pasar en vida su Purgatorio abrazando la penitencia.

—Ya lo hago, Padre, pero el miedo no se va.

—Puede también ir rebajando la cuenta sufriendo por amor a Dios los achaques y las dolencias del cuerpo.

—Ya ve usted: eso a mí me es imposible. Yo quisiera, pero debo al Señor una salud tan robusta que ni memoria me queda del más pequeño dolor por causa de enfermedad.

—¿Cambiaría enfermedades aquí por las penas de ultratumba?

—¡¡¡Sí!!! Cuantas Dios quiera mandarme. ¡Todo menos Purgatorio!

Prometió el Santo a la viuda hacer cuanto le fuera dable. Rezó mucho, hizo rezar a la comunidad del Oratorio y esperó.

Pronto se vieron las consecuencias. Fué invadida la señora por dolores atrozísimos en su cuerpo que la ciencia no acertaba a definir; dolores que la enloquecían y le quitaban el uso de los sentidos. Todo ello, por espacio de dos años.

Transcurrido ese bienio que a la víctima le pareció una eternidad, la prueba cedió al sosiego; cesaron los temores del Purgatorio y, cuando llegó el momento de morir, la viuda expiró sin enfermedad alguna, dejando en cuantos la conocían una plena convicción de que había volado directamente a la gloria.

El venerable Don Rua fué testigo presencial del inaudito portento.

* * *

Si todos los creyentes se sometieran por voluntad propia a las penitencias que satisfacen el reato de la pena — tras el perdón de la culpa por medio del sacramento — sobraría el Purgatorio en la ascética cristiana y el mundo sería lo que es lógico que fuera después de la redención: un inmenso purgatorio gustosamente vivido.



21

De cómo nuestro Padre reclutó para su causa a un capitán de trece años.

Cierta noche de otoño debía esperar Don Bosco en la estación de Carmañola el tren de regreso a Turín cuando, por obra de su inquietud apostólica, se vió entre un grupo de mozalbetes que con gritos y travesuras alborotaban el ambiente, tranquilo, si no, a tales horas por paralización temporal del tráfico ferroviario.

El grupo de mozalbetes estaba capitaneado por el más joven de todos, un arriscado mozuelo de no más de trece años que, plantándose manos en jarras ante el aguafiestas de sus juegos, sostuvo de potencia a potencia este interesante diálogo:

- ¿Quién es usted para meterse en nuestras cosas?
- Yo soy un amigo tuyo.
- ¿Qué desea de nosotros?
- Quiero, si no lo tomas a mal, divertirme contigo y tus compañeros.

- Pero ¿quién es usted? Aquí no le conocemos.
- Te repito que soy un amigo tuyo y deseo entretenerme con vosotros. Y tú ¿quién eres?
- ¿Que quién soy yo? Miguel Magone, capitán de esta partida.
- Díme ¿cuántos años tienes?
- Trece.
- ¿Sueles confesarte?
- ¡Pchss!
- ¿Has hecho la primera comunión?
- Sí...
- ¿Estás aprendiendo algún oficio?
- Claro está, el oficio de no trabajar.

Tras respuestas tan incorrectas Magone, a sucesivas preguntas del dulcísimo Maestro —hechas en tono amable y sugetivo— fué deponiendo fiereza hasta el punto de salirle esta pública confesión:

—Mi madre está sirviendo; la pobre hace cuanto puede para darnos de comer a mis hermanos y a mí, que continuamente la hacemos desesperar...

—¿Qué piensas para el día de mañana?

—No sé; es menester que trabaje, pero ¿en qué?

—¿Te gustaría dejar esta vida aventurera?

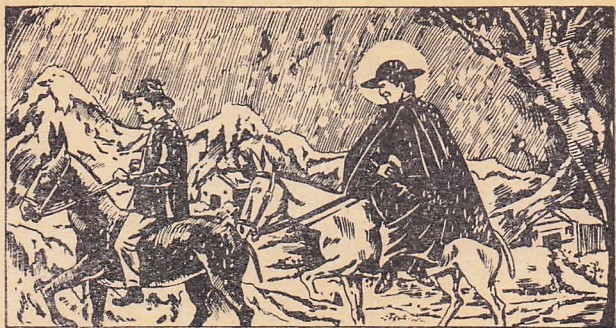
—Sí. Varios compañeros míos están detenidos ya; yo temo que pronto me voy a ver como ellos; pero no tengo padre y mi madre es pobre. ¿Quién me va a ayudar?

—Hijo mío, esta noche reza con mucho fervor a nuestro Padre que está en los cielos. El proveerá.

Sonó la campana del tren y Don Bosco ocupó su asiento. Los chicos le despedían cariñoso; Magone quedó de acuerdo: iría a Turín con Don Bosco.

* * *

«Si un bribonzuelo como yo pudiera ser sacerdote...» La fielrecilla trocada en manso cordero hacía oír poco después al Pastor amoroso este simpático balido. Miguel Magone desde entonces es bandera para los alumnos salesianos que sienten hervir la sangre pero desean ser buenos.



22

De cómo nuestro Padre pasó un día mil trabajos camino de unas Misiones.

Invitado por el párroco de Salicetto, y urgido por la sed de almas que sin tregua le devoraba, Don Bosco, ya gravado de fatigas hasta lo imponderable, aceptó predicar unas Misiones.

Era invierno. El tiempo estaba inseguro, más bien tirando a tormenta. Hacía frío

Tras de muchas peripecias en dos días de camino, empezó, dejando Savona atrás, a subir los Apeninos, caballero sobre un mulo que con su espolique había alquilado. Caminaba por senderos de cabras en pos de su acompañante, rodeado de peligros, porque la noche anterior había nevado muchísimo y la nieve tenía un espesor de medio metro.

Pasados pocos minutos, sacerdote y espolique extraviaron la ruta sufriendo varias caídas; unas veces Don Bosco, otras, el guía y algunas, las mismas bestias. Había oscurecido y la niebla apenas permitía ver objetos a la mínima distancia.

Después de inmensos trabajos traspusieron la cima del cami-

no e iniciaron el descenso; un descenso rápido en medio de mil apuros, pues abundan los precipicios por aquellos parajes que la nieve había hecho invisibles.

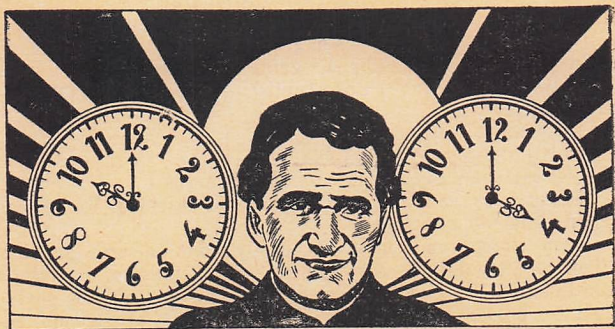
El buen sacerdote iba empapado de sudor contrastando con la nieve, cuajada en torno a su rostro; el frío le tenía completamente aterido; las manos se le amorataron; temblaba todo... Cuando le sonreía ya la esperanza de entrar en senda segura, el mulo dió un trapiés arrojando al ginete, por rara casualidad, en un foso, resultante seguramente de haberse arrancado allí cualquier árbol corpulento. ¡Pobre Don Bosco!

A consecuencia de la caída se hizo daño en una pierna, cuya hinchazón pogrésiva alarmaba al espolique. Con un pañuelo de hierbas y la faja de aquel hombre en parte se consiguió que la hinchazón no avanzase, pero al santo sacerdote le resultaba imposible evitar los quejidos naturales arrancados por las molestias y el dolor.

Llegó la meta por fin y el Padre pudo descansar, que bien merecido lo tenía y bastante lo necesitaba su aspecto vencido y derrotado por culpa de la tempestad. Pero no admitió cuidado alguno mientras el heroico espolique no quedó reconfortado, gracias al fuego de una magnífica chimenea y a buenas copas de ron.

* * *

Esta florecilla es una lección soberana para todos. No es menester comentarla, ella sola se comenta. Meditemos y aprendamos, que no tiene desperdicio ni una coma.



23

De cómo nuestro Padre cierto día predicó un sermón de seis horas en un pueblo.

El caso fué en Salicetto, con motivo de las Misiones que Don Bosco dirigió.

Los aldeanos habían comido a las nueve, según costumbre de entonces, y por todos los senderos que llevaban a la iglesia se acercaban, como hormigas afanosas, para no perder migaja del sermón. El paisaje era un sudario de nieve que no impidió el que tras pocos minutos el recinto sagrado con todas sus adyacencias se llenase hasta los topes.

El misionero comenzó su plática a las diez. Hablando, hablando, entre un silencio imponente, las campanas de la torre dejaron caer las doce. Suspendió el predicador para rezar el «Angelus» tras de lo cual hizo ademán de retirarse del púlpito, pero voces repetidas de aquí y de allá resonaron que decían: «Siga, siga...» Reanudó el Santo su discurso hasta la una, hora en que descendió

agotado. Llegóse a la sacristía, tomó balandrán y sombrero para iniciar la salida, pero con mucha sorpresa vió que el templo continuaba abarrotado pues nadie se había movido. Gente en las naves, gente en la tribuna, gente hasta en el presbiterio...

—¿Qué hacéis, que no os retiráis? —preguntó a los de primera fila.

—Queremos que continúe.

—Hij s, estoy del todo agotado.

—Descanse un poco, que nosotros esperamos.

El párroco se le acercó: «Continúe, por caridad. Ya ve con cuánto gusto le escuchan.»

Don Bosco tomó unos bocados y bebió un sorbo de vino. Cinco minutos después regresó otra vez al púlpito. La iglesia continuaba llena. Con ligeros intervalos en los que el pueblo cantaba, predicó tres horas más. Ninguno de los oyentes mostraba señal de hastío. Todos pendían de aquellos labios benditos que, con discreta elocuencia y gracejo sin igual, sembraba, sembraba en los corazones sencillos, ansiosos de retornar a su Dios tras saludable penitencia.

El fruto inmediato de toda misión, que es una confesión sincera con propósitos de vida mejor cristiana, fué ubérrima en aquella de Salicetto, y tan resonante en muchas leguas a la redonda que el obispo de Mondoví, a cuya diócesis la aldea está incardinada, envió a nuestro Padre un mensaje de gratitud y complacencia. Elló fué, de tejas abajo, el mejor premio a sus afanes inmensos, pues siempre veía en el prelado la encarnación de la autoridad divina.

* * *

¡Un sermón de seis horas! ¡Y nosotros, incapaces de aguantar una homilía de quince minutos cortos! Es cierto que aquel predicador era un ser extraordinario y la virtud, que arrastra más que la palabra, se reflejaba en su rostro y en todos sus ademanes; pero la doctrina predicada era la misma que a nosotros nos predica cualquier sacerdote de hoy. ¡Qué vergüenza, cristianos del siglo XX!



24

De cómo nuestro Padre tenía una oratoria intuitiva y provechosa para las almas.

Entre los sabrosísimos sermones que los buenos aldeanos de Saliceto escucharon a Don Bosco quedó imborrable para todos el por el Santo llamado «Plática de la procesión». Imposible transcribir la destreza con que el orador hacía pasar ante el auditorio —que llenaba las naves de la parroquia —una extraña comitiva de personajes, personas y personillas desfilando hacia el infierno.

Abría paso un fantoche portador de la bandera, que ostentaba en caracteres cubitales esta frase de San Pablo: *Ni fornicarios, ni adúlteros, ni impuros, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni maldicientes, ni estafadores poseerán el reino de Dios.*

Tras la bandera seguía la procesión, guiada por un tipo horrendo y deforme cubierto de negro antifaz. Luego, las diversas

comisiones: un grupo de charlatanes sosteniendo conversaciones torpísimas que entre ellos coreaban con risotadas de taberna; otro grupo blasfemando; filas de murmuradores en continuo run run de maledicencia; un tropel de borrachos dando tumbos y tropiezos; hombres y mujeres de campo con serones de castañas robadas a los vecinos, de racimos y de fruta en general; bastantes, renqueando con los sacos de maíz y el trigo ajenos; una turba de esposas e hijos de familia que hurtaban en casa y lo vendían a espaldas del jefe de ella...

Lugar destacado había para la hermandad de los sastres, curvados por el fardo de los retales no devueltos a los clientes, que les asemejaban a gibosos; para la de los molineros, abrumados con los costales de harina sisada en cada molienda; para la de los tenderos, portadores de básculas sin contraste; la de los ropavejeros, que compran a los ladrones; la de los diteros, que chupan la sangre al pobre...

Todos ellos penetraban por un gran portón abierto en los renegridos muros de horripilante mazmorra, situada en el extremo del valle. Apenas entraron sin quedar fuera ninguno, cerráronse las puertas con un golpe formidable y aparecieron sobre ellas estas palabras en latín: *Condenarse una vez es condenarse para siempre.*

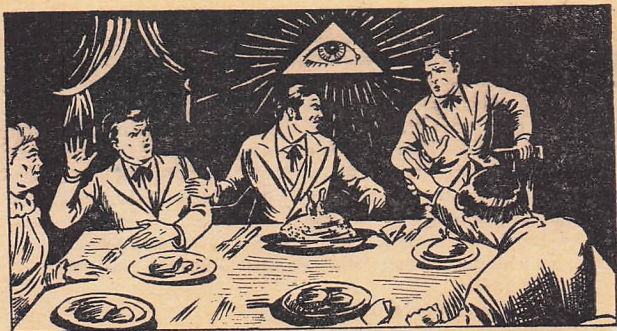
El auditorio no pestañeaba, presa de viva emoción. Tras pintura tan gráfica y aleccionadora, el Santo apostrofaba así:

«Blasfemos que me escucháis ¿conocéis a dónde vais caminando? ¿Lo conocéis vosotros, escandalosos? ¿Y vosotros, bebedores empedernidos? ¿Y vosotros, ladrones, rateros y estafadores? ¿Y vosotros, mujeres, maridos e hijos de familia infieles?... Lloráis ¿verdad? Yo también lloro, no por mí, sino por todos vosotros.

El llanto era general; las confesiones fueron extraordinarias; las restituciones, considerables. La paz volvió a los hogares y desde entonces Saliceto fué la aldea más feliz del obispado.

* * *

Ni Quevedo en «Los sueños» ni el Dante con «La divina comedia» lo vieron, en lo que va del siglo XIII a nosotros, lo que Don Bosco logró con una plática sola. La causa estaba, sin duda, en la santidad del agente.



25

De cómo nuestro Padre formaba para la vida cristiana muchachos de arraigadas convicciones.

Las famosas «paseggiate» que Don Bosco fomentaba con sus muchachos los meses de vacaciones forman capítulo vasto en la historia salesiana. Todas y cada una aparecen esmaltadas, como prados verdeantes en primavera, de preciosas florecillas, menudas y perfumadas. De ellas va aquí una muestra.

La excursión era aquel día a una pintoresca aldea recostada en la falda meridional de la colina de Superga. No había lugar bastante en la aldea que albergase, todos juntos, a músicos y cantores, que llegaban a la respetable cantidad de ochenta y tantos, por lo que Don Bosco echó mano del recurso de otras veces: repartirlos en pequeños grupos, según el espacio daba, entre los vecinos, que se disputaban el honor de aposentarlos.

Sucedió, pues, que una terna de excursionistas se hospedaba en la casona del que podríamos llamar el cacique de la aldea. Y

con ello dicho está que la desaprensión y la incuria en lo referente a religión veíanse allí tratadas a cuerpo de rey. En efecto, era por casualidad o providencia, día de vigilia aquél—como que al siguiente celebraba el mundo católico la fiesta de la Asunción—y, por la razón que fuese, allí se había cocinado carne. No lo advirtieron los huéspedes hasta sentarse a la mesa y terrible tentación fué para los muchachos, que esperaban un epíparo banquete, máxime cuando el señor de la casa, notando los remilgos que hacían ellos, en lucha campal estómagos y conciencia, les invitaba con porfiada insistencia:

—Comed, muchachos, porque estáis en vuestra casa.

—No podemos comer esto—se atrevió el más valiente.

—¿Por qué?

—Es vigilia... observó otro.

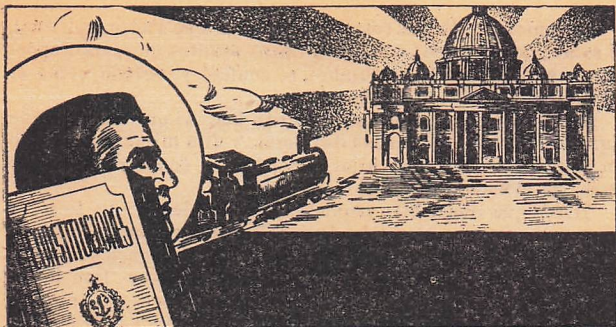
—Bueno, sí—insistía el pecador—, pero Don Bosco no os ve, y por mí no lo sabrá.

—Don Bosco no nos ve, es cierto—replicó el primer muchacho—, pero Dios, sí...

El tercero, menos valiente, aunque fiel como los otros, tampoco probó la carne. Y lo más conmovedor fué que ninguno de los tres consintió que hiciese la cocinera otra clase de comida, contentándose con el pan y con la fruta, que ya estaban en la mesa.

* * *

Don Bosco era el constante predicador de la presencia de Dios. El aviso «Dios te ve» lo llevaba siempre en sus labios y lo había mandado escribir en multitud de lugares del primitivo Oratorio. Por eso salieron santos, y santos canonizados, de su escuela, glorias puras de la incomparable pedagogía salesiana.



26

De cómo nuestro Padre preparó su viaje a Roma para que el Papa le aprobase las Reglas de la futura Sociedad.

El diablo concedió una tregua al paciente Fundador, y por fin quedó ultimado e intangible el ejemplar de las Reglas que debía Pío IX revisar. Ello reclamaba un viaje a Roma. Don Bosco lo preparó hasta el último detalle. Y eso que los detalles de un viaje largo eran prolijos en demasía.

Ante todo hubo de recabar licencia del arzobispo para ausentarse dos meses. Debió luego diligenciar ante el Gobierno su pasaporte, ya que Roma por entonces era estado independiente, en lo civil, de lo que sin mucho tardar sería el reino de Italia. A tal fin hubieronse de citar los hitos desde Turín a la meta; el viaje de ida por mar; el de vuelta, atravesando Toscana, Parma, Plasencia, Módena y el reino Lombardo — Véneto.

Dispuestas todas las cosas, fué a visitar a su Padre espiritual, el santo José Cafasso, con quien trató asuntos de suma importancia y, siguiendo su costumbre, se confesó y ordenó como él decía, las cosas de su conciencia.

El 18 de febrero madrugó más aún que de ordinario, lo que significa que apenas durmió dos horas, y dijo misa. Había caído un palmo de nieve y sus hijos pretendieron convencerle de que retrasara el viaje, pero no lo consiguieron.

Había que llenar otro requisito muy propio de tales tiempos en que emprender una salida de aquel calibre era exponerse a no regresar — mirados los mil peligros de las diligencias al uso y hasta del mismo ferrocarril, incipiente todavía— y Don Bosco hizo testamento. «Hay que estar a todo —decía festivamente—; no sea que la divina Providencia me llame a la eternidad echándome de banquete a los peces del Mediterráneo...» Vino el notario, firmaron como testigos Buzzetti y Rossi —dos jóvenes de la confianza mayor—, quedó todo así dispuesto para que ante una posible desgracia la transmisión de poderes sobre la rica pobreza del Oratorio no sufriera inconvenientes... y a las ocho y media, mientras la nieve caía en copos abundantísimos, el Padre se arrancaba al corazón de sus hijos, que lloraban a lágrima viva, temerosos de no verle nunca más.

* * *

Pero volvieron a verle. Desde entonces y durante los dos meses de inaguantable separación, comuniones especiales, visitas extraordinarias y mortificaciones sin cuento fueron la invencible escolta contra los riesgos mortales que el buen Padre tuvo siempre junto a sí. ¿Qué no pueden ante Dios los hijos que aman, que rezan, que esperan y que se abnegan?



27

De cómo nuestro Padre empleaba bien el tiempo en los ocios de sus viajes.

Camino de la Ciudad eterna — durante el memorable primer viaje realizado por Don Bosco con el fin de ir abonando el terreno para la aprobación de sus Reglas—, frente a él, en el departamento del tren que devoraba los kilómetros, como si tuviera ansia de calmarle la impaciencia por venerar pronto al Papa, se puso un pequeño de diez años, charlatancillo y avisado. Pronto los dos intimaron. El propio papá fomentó tan repentina amistad haciendo que el sacerdote sondeara la cultura de su hijo, que era un portento de saber según el señor decía. Don Bosco le preguntó qué temas prefería se abordasen y el padre propuso cosas de la Sagrada Escritura. Estupefacto quedó el bendito sacerdote, pero sin más empezó el interrogatorio haciéndose cargo enseguida de que se hallaba ante hebreos.

De pregunta en pregunta se vino desde la creación del mundo a la del hombre; desde el hombre, al Paraíso; del Paraíso a

la primera caída. Respondía el muchachito con rapidez y soltura, mas llegada la conversación a cierto punto, dióse cuenta nuestro Padre de que no tenía ni la idea más remota del pecado original, y mucho menos del Redentor prometido.

—¿No está en tu biblia --le preguntó-- lo que el Señor dijo a Adán mientras le expulsaba del Paraíso?

—No --contestó sencillamente el pequeño--; por favor, hábleme de eso.

—Dijo Dios a la serpiente: «Porque has engañado a la mujer, serás maldita entre todos los animales; el Hombre que nacerá de Ella quebrantará tu cabeza».

—¿Qué hombre es ése?

—El Salvador, que libraría al género humano de la esclavitud del demonio.

—Y ¿cuándo vendrá el Salvador?

—No vendrá, porque ya vino; es Aquél a quien llamamos...

—Estas cosas no se estudian entre nosotros --dijo el papá, interrumpiendo-- porque nada tienen que ver con nuestra ley.

—Pues harían bien en estudiarlas --afirmó el Santo--, porque constan en Moisés y los profetas en quienes ustedes creen.

Bueno... --concluyó el otro-- ya lo pensaré. Pregúntele ahora de Aritmética...

Llegados a la estación de Asti, los hebreos debían apearse, pero el niño no acertaba a separarse de Don Bosco. Apretándole sus manos le dijo: «Padre, acuérdesse de mí. Me llamo León de Moncalvo. Cuando vaya por Turín me acercaré a visitarle».

* * *

Don Bosco era el hombre de la suma discreción; vió que al hebreo no le gustaba el cariz tomado por la conversación y la tornó a cosas indiferentes, que entretuvieron a los viajeros y les hicieron reír. Más que abandonar el campo, cambió de táctica. Si entonces no lograba convencer, dejaba admiradores de su bondad, primer escalón humano para dirigir criterios hasta las cumbres divinas.



28

De cómo entendía nuestro Padre el cuidado que se debe dar al cuerpo.

El viaje de Don Bosco a Roma en su primera jornada -- hasta la ribera de Génova -- fué doloroso y muy duro el frío intensísimo de los Alpes donde nevaba sin parar, mientras el tren perzosamente discurría por desfiladeros, túneles y puentes en abundancia.

Llegados a la estación de Busalla, dos montañeses entraron en aquel departamento, ocuparon los únicos puestos vacantes y saludaron respetuosamente a los viajeros. Uno de los dos parecía endeblísimo; tenía el rostro tan pálido y flacucho que inspiraba compasión. El otro mostraba ser un tipo francote y recio; aunque dijo que contaba setenta «primaveras», su aspecto hacía creer que tan sólo tuviera unas veinticinco. Usaba calzones cortos, polainas desabrochadas, las piernas al aire, bien curtidas por el frío. Iba en mangas de camisa, terciada al hombro una chaqueta de pana. Pronto nuestro Padre enhebró la aguja, como se dice familiarmente en Castilla.

—Amigo ¿por qué no se ciñe y se defiende del frío?

—Mire, señor —respondió el hombre—, nosotros somos montañeses, hechos a la lluvia, al viento, a la nieve y al granizo. Apenas si nos damos cuenta de que es invierno. Nuestros chiquillos están siempre con los pies descalzos sobre la escarcha y juegan y se divierten sin pensar en el frío ni calor. Este, paisano, que parece enfermo, tiene más salud que un roble.

Los viajeros, que interesados seguían la conversación, instintivamente reaccionaban con escalofríos y voces de maravilla. Don Bosco quedábase meditando, como en éxtasis, tras las sencillas palabras del montañés.

Iba cediendo la nieve según el tren descendía. Luego aparecieron praderas verdeantes, jardines cuajados de flores, naranjales ya cubiertos de azahar, almendros cuyos botones rompían exuberantes. Finalmente, Génova, el mar... El tren entraba en agujas.

* * *

Lo que Don Bosco pensaba cuando el montañés calló se lo dijo al clérigo Miguel Rua, secretario en aquel viaje: «Cuanto menos se da al cuerpo menos el cuerpo reclama». No es que con un criterio así nuestro Padre se distancie de nuestro dulce Patrono—que quiere complaciente al alma con su compañero el cuerpo hasta donde el pecado asome—, pues los dos están de acuerdo en admitir y enseñar que las mortificaciones procedentes de elementos físicos o morales son más preciosas al cielo que las hijas de la propia voluntad; y que para algunas veces que el Señor de los consuelos se nos muestra regalándonos su adorable Eucaristía, a todas horas le vemos, como María Magdalena, vestido de simple hortelano.



29

De cómo a nuestro Padre le dolía en el bolsillo durante su primer viaje a Roma.

Nada hecho a viajes marinos, Don Bosco, casi desde el punto en que el «Aventino» levó anclas desde Génova para llevarle a Civitavecchia, hubo de sufrir los terribles efectos del mareo que a la postre le dejaron extenuado y con fiebre muy molesta.

El y Rua, como eclesiásticos pobres, viajaban en la clase más económica, mirando al céntimo con necesaria avaricia, si avaricia y no maravillosa largueza era quitárselo a su boca y a las propias comodidades para el pan de los hijos tan lejanos.

Bien o mal, llegó el barco a su destino y con él, nuestros viajeros. La entrada en el puerto pontificio quedó para siempre descrita bajo aquel dulce humorismo —que a ninguno molestaba y hacía felices a todos— familiar en nuestro Padre:

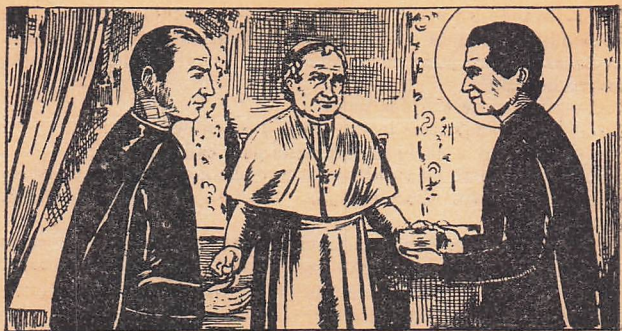
— Nos sentamos en la barca que nos llevaría al muelle, y desde entonces ¡vengan gastos! Una lira por cabeza al barquero

media lira por el porte del equipaje que cada cual conducía a costa de sus espaldas; media lira de propina en la aduana; otra media al postillón del carruaje por el visado de pasaportes; otra media al mozo que abría la portezuela; otra media al maletero que instalaba nuestros bultos en el coche; dos liras a la policía por el permiso de entrada; lira y media al cónsul... No había más remedio que tener la bolsa abierta y pagar sin una palabra de queja. Lo malo era que nuestra bolsa andaba flacucha la pobre... A todo eso se agregaba que, variando la moneda de nombre y de valor en cada frontera, debíamos atenernos al arbitrio de quien nos concedía el gran favor de cambiarla. Menos mal que los aduaneros fueron tan mirados con nosotros que no quisieron revisar los bultos, teniéndonos por hombres buenos, incapaces de traficar con contrabando...».

Cuando transcurridas pocas horas llegó el santo viajero a Roma, besó la tierra, bendita con sangre de tantos mártires, y se le fueron pesares, penas y los restos del mareo. ¡Iba a visitar al Papa!

* * *

¡Oh dulce Padre Don Bosco, qué humano fuiste, qué cerca te pones siempre de quien busca ver a Cristo, Dios y hombre, por los caminos de la tierra que tú trillaste y ablandaste para el que quiera seguirlos! Que no extrañe tu arrolladora fuerza de proselitismo y arrastre. Que no maraville a nadie verte capitán y guía de veinte mil religiosos y quince mil religiosas, de trescientos mil cooperadores, de muchos miles de escolares y millones de ex-alumnos, que te siguen, bajo el cetro de María Auxiliadora, porque los llevas a Dios. ¡Oh Don Bosco, qué humano y tan de este tiempo, con virtudes tan divinas! ¡Qué delicado presente hizo la Iglesia a la Humanidad canonizándote!



30

De cómo nuestro Padre visitó por primera vez al Papa.

Las crónicas del Oratorio recogen fidelísimamente, por obra de Don Rua, los pormenores de aquella memorable visita de Don Bosco a Pío IX. Prolijos nos haríamos si quisiéramos traerlos todos aquí, y recogeremos la sustancia.

Apenas nuestro Padre vióse delante del Papa, se hincó de rodillas y quiso hablarle todo el tiempo así. No lo permitió el Pontífice quien con acento cariñoso le hizo ponerse de pie. Nada corto fué aquel diálogo y durante el mismo se interesó Pío IX por las cosas de Valdocco, recordó con gratitud el obsequio de las liras enviadas a Gaeta, aceptó muy complacido la colección de «Lecturas católicas» que el Santo le presentaba, y concedió benigneamente favores espirituales pedidos para el Oratorio y para algunos bienhechores.

—Dígame, Don Bosco —preguntó el Papa—¿Qué hace usted en el Oratorio?

—De todo un poco, Santo Padre —respondió ingenuamente el bendito sacerdote—; digo misa, predico, confieso y doy clase. A veces me toca estar en la cocina y adiestrar al cocinero; hasta barro la capilla.

—¿Cuántos recogidos tiene?

—Santo Padre, los internos son doscientos.

—Bien; voy a darle una medalla para cada uno.

El Papa entró en su alcoba, trayendo a poco un envoltorio que iba abriendo. Eran medallas en diversos estilos de María Inmaculada.

—Aquí tiene: este montoncito, para los muchachos; estas quince, para los encuadernadores; ésta, para su acompañante.

—Le quedaba en la mano un pequeño estuche que abrió, mostrando una medalla más grande—. Y ésta, para usted.

—Se arrodillaron de nuevo para tomar los regalos, pero hubieron de levantarse atraídos por los brazos del Pontífice. Salió Don Rua y siguió el diálogo:

—Hijo mío —dijo el Papa—, usted ha puesto en marcha un gran número de cosas; pero ¿qué será de todo ello el día que deba morir?

El Santo, cuyo viaje a Roma tenía por motivo principal aquello que Pío IX iniciaba, le presentó la carta comendaticia de su arzobispo, le pidió orientaciones y concluyó por suplicarle otra audiencia para mostrarle las bases de su posible Sociedad. El Papa le despidió afectuosamente con estas precisas palabras: «Rece mucho, y dentro de algunos días, vuelva...» Finalmente le bendijo con una inusitada fórmula: «La bendición de Dios omnipotente Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre tí, sobre tu acompañante, sobre los tuyos, llamados por el Señor, sobre tus cooperadores y bienhechores, sobre todos tus alumnos y sobre todas tus obras; y permanezca ahora y siempre, siempre, siempre...»

* * *

En tan memorable audiencia quedó dado el primer paso para la aprobación de las Reglas. Estaban los tres de acuerdo, según el mismo Pontífice se dignó decir: El Papa, el Arzobispo, el Fundador. Y el resto lo haría Dios.



31

De cómo nuestro Padre se empeñó por ver en Roma lo que a otros no les era dado.

Encargó el Papa al monseñor de la antecámara que se diese a Don Bosco facilidades extraordinarias para ver el Vaticano, Roma y los detalles más reservados y ocultos. Bien se aprovechó el piadoso visitante que, llegado al altar de la «Confesión», hizo abrir la cripta donde está la tumba de San Pedro. Miró y examinó hasta el mínimo detalle, pero la tumba no se veía por parte alguna.

—¿Ya no hay más que ver?—preguntó al guía.

—Nada más, le respondió éste.

—¿Dónde se halla el sepulcro del Apóstol?

—Aquí abajo, muy profundo; durante largos siglos estuvo clausurado por temor de que desaparezcan las venerables reliquias.

—Quisiera llegar ahí.

—Imposible.

—Tengo entendido que de alguna manera se puede ver.

—Todo lo que se puede ver lo ha visto ya. Lo otro está rigurosamente prohibido.

—Pero el Papa ha ordenado que no se me oculte nada. Cuando vuelva a visitarle me dolería decirle que no se le ha obedecido.

El guía miró espantado al sacerdote que tan audazmente le hablaba a él, todo un monseñor, y se dispuso a complacerle. Tomó un manojo de llaves y abrió una puerta; pero estaba tan oscuro el interior que de nada sirvió abrirla.

—¿Queda satisfecho ya? preguntó un poquillo amostazado.

—No, señor. Quisiera luz.

—Pero...

—Haga traer, por favor, una caña y un cerillo.

No hubo más remedio que dar gusto al visitante curioso quien, después de breve lucha con el aire enrarecido que apagaba toda luz, pudo ver, tocar, rezar delante de aquella tumba...

* * *

El afán de nuestro Padre, que a simple vista pudo estimarse como indiscreto y sostenido, era muy noble. Autor de una vida de San Pedro inspirada en Sartorio, Cuccagni y los Bolandistas, deseaba confirmarse—para una segunda edición—en que cuanto habían declarado los viejos historiadores era verdad, todo verdad, como lo era.



32

De cómo nuestro Padre descubrió por ciertos boyeros la existencia de una Arcadia feliz, cristiana y pobre.

Pasaba cerca del Tíber Don Bosco un día turbio y lluvioso y, arreciando el aguacero, se acogió con Miguel Rua al pórtico de Santa María *in Cosmodin*, ya en los suburbios de Roma donde, sosegados y a la buena, daban cuenta de su modesta pitanza, pues era ya mediodía, varios boyeros cuyas bestias reposaban sobre el fango, a los vientos y a la lluvia.

Frugal era la comida: un trozo de bacalao, pan de borona y agua por toda bebida. Atraído por su aspecto de bondad, el sacerdote entabló amistosa plática, y ellos le ofrecieron de comer. A las preguntas respondían como por turno riguroso, sin previa convención y sin enojosos silencios.

—¿Hay apetito, verdad?

—Mucho y bueno.

—¿Os basta esa comida para tirar hasta la noche?

—Y gracias a Dios que la haya, pues los pobres no podemos pretender mejor cosa.

—¿Por qué no encerráis esos bueyes?

—Porque no tenemos dónde.

—¿Y siempre los dejáis al sereno, bajo el frío, en vuestro pueblo?

—Siempre, Padre. La pobreza no nos da para establos.

—¿También los terneros y las vacas?

—También ellos, sí, señor. Entre nosotros es costumbre que los animales de establo estén siempre en el establo y los de labor, siempre fuera.

—¿Sois de muy lejos de aquí?

—De quince leguas escasas.

—¿Podéis asistir al culto los días festivos?

—Ya lo creo. Tenemos iglesia y cura que nos dice misa, predica y da catecismo. Raro es el que de nosotros falta, por muy lejos que viva.

—¿Soléis confesaros?

—¿Cómo no? ¿Hay buen cristiano que no lo haga? Estos días nos preparamos al Jubileo y haremos lo posible por ganarlo.

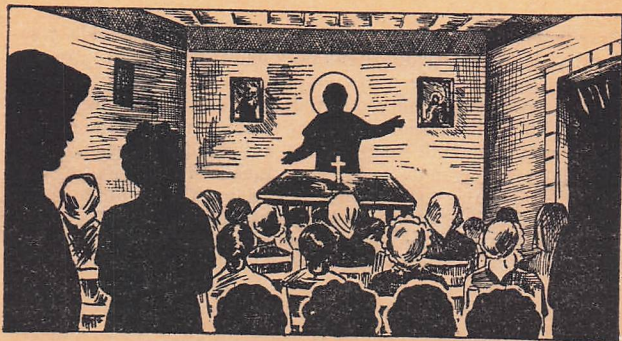
—¡Bendito sea Dios por ello! Que El os conserve la fe y os haga muy felices, especialmente en el cielo.

—¡Amén! — gritaron a coro los boyeros, mientras con respeto y devoción se santiguaban.

Don Bosco y su acompañante reanudaron el camino sin hablar en mucho trecho. Fué nuestro Padre quien rompió el silencio «Rua, los pobres y los indoctos nos arrebatan el cielo»...

* * *

Verdadera Arcadia la de aquellos campesinos, tal vez sin regatos ni cascadas, sin paisajes nemorosos, sin erotismos poéticos de pastoras y pastores, pero con la bendición divina sobre los castos hogares. ¡Envidiables lugareños que en su pobreza servían a Dios con la fe de opulentos Reyes Magos!



33

De cómo fiscalizaba Pío IX el celo ejemplar de nuestro Padre.

Mandó Su Santidad un propio con el maestro de cámara pontificio para rogar a Don Bosco que predicase Ejercicios espirituales a las reclusas de la cárcel. Feliz el Santo con encomienda tan honrosa, dióse de lleno a la obra.

Eran doscientas sesenta las desgraciadas y todas se confesaron.

Conmovía al virtuoso ejercitador aquel extraño auditorio que con suspiros y lágrimas escuchaba sus sermones sin perder una palabra—Magdalenas redivivas, ansiosas de volver al buen camino—y hubo de superarse, pese al tiempo que tanto necesitaba.

Cierta mañana predicó sobre el pecado mortal y, según costumbre suya en circunstancias así, usó de resortes intuitivos que siempre le hacían triunfar sobre los pechos más duros. Tras de poner de relieve los beneficios sin cuento que Dios dispensa a sus criaturas, y la piedad infinita con que trata a los pecadores, opuso como contraste, en pinceladas de fuego, las ofensas que sin

cesar le dedican los malos cristianos. Hablaba conmovido y sollozaba. Para remate de patetismo y emoción lanzó al aire esta pregunta, a manera de saeta, empuñando el crucifijo:

—Y nosotros ¿ofenderemos todavía a este buen Dios?

—¡¡¡No, no!!! —respondieron las reclusas al unísono en voz baja, verdaderamente compungidas, aniquiladas de pena.

—Lo estás oyendo, Señor—continuaba nuestro Padre enardecido—; ayúdalas a ser constantes. Quieren amarte desde ahora; si te han ofendido, no sabían lo que hacían...

Con sus gestos y su llanto el auditorio rubricaba las expresiones del predicador. El fruto fué consolador en grado superlativo. El capellán de la cárcel, movido del entusiasmo, contó al cardenal Presidente punto por punto los detalles de aquellos días de bien; el purpurado se lo contó al Papa todo, quien se mostró satisfechísimo de haber pensado en Don Bosco para sanar las llagas gangrenosas de tantas almas que parecían irremisiblemente perdidas, y únicamente esperaban la voz que les dijera en nombre del Rabí de Galilea, perdonador de pecados, consolador de aflicciones, Salvador, Luz y Camino: «Levántate y anda».

* * *

Pío IX aun no conocía a nuestro Padre. Como varón prudente y gobernante sabio, quiso explorar el alma de aquel hombre extraordinario que en su primera visita le impresionó tan hondamente. Quiso ver si era el apóstol que las gentes pregonaban. Quiso evidenciar que el celo de su corazón sacerdotal era legítimo, auténtico. Tras de haberlo conseguido, hizo de él su consultor, hizo de él hasta su amigo.



34

De cómo nuestro Padre daba lecciones de erudición en la corte pontificia.

Grandes personajes se disputaron el honor de obsequiar a Don Bosco en Roma. La primera invitación aceptada, por lo mucho que en ello le iba —pues quien le invitaba era persona decisiva para la solución feliz del grave asunto que le llevaba a la capital del orbe cristiano—, fué la del cardenal Antonelli, secretario de Estado. Se trataba de una comida.

Levantados los manteles y llegada la sobremesa, entraron en la residencia del ilustre purpurado los cardenales Marini y Patrizi, Monseñor De Luca, secretario de la Congregación de Obispos y Regulares, precisamente la que al Padre más sueño le quitaba, y otros eminentes prelados con miembros de la nobleza romana. Andaban todos curiosos por conocer la competencia de aquel sacerdote santo, y quien primero le hurgó fué Marini, preguntándole sin más qué monumentos había visitado por la mañana.

—El Coliseo —respondió Don Bosco.

—¿Ha visto por allí el sepulcro de las mártires Perpetua y Felicidad?

—No sé que haya sepulcros por esos alrededores, Eminencia. Sí he leído que las dos santas sufrieron martirio en África y, a menos que sus cuerpos se hayan traído a Roma sin yo enterarme, allí deben continuar. ¿Es que el breviario dice ahora que fué Roma el lugar de su martirio?

Reían los tertulianos, y el cardenal Antonelli, vuelto a Marini, exclamó: «Vuelva por otra».

Preguntó uno de los presentes si conocía la antigüedad vaticana anterior a la era cristiana y él, que había leído muchísimo de estas cosas, y para quien el simple leer era retener hasta la muerte, comenzó a hablar de Palas y sus gestas, de cómo los etruscos le habían consagrado un bosque sobre la colina del Vaticano. Hizo ver cómo este nombre trae su origen de «Vagitanum», porque Palas era la diosa que presidía los vagidos de los pequeñuelos. Habló del circo levantado por Nerón, dió noticias sobre el sepulcro de San Pedro, citando sin vacilar a San Lino, San Marcelo, San Apuleyo y San Anacleto. Finalmente describió el origen y la historia de la basílica constantiniana. Ninguno de los presentes pestañeaba.

Hubo un momento de respiro y enseguida Monseñor De Luca le hizo narrar la historia de la cárcel Mamertina desde la época de Anco Marcio. Don Bosco expuso detalles nunca oídos por el respetable preguntón. Hasta los cardenales estaban boquiabiertos de tal manera que el bendito sacerdote sonriendo, dijo así: «Yo creía que tan sólo a mis muchachos interesaban los cuentos, pero veo que no son menos curiosos algunos eminentísimos señores».

* * *

Si nuestro Padre al día siguiente hubiera oído cómo el cardenal Antonelli ponderaba a Pío IX su erudición y encima hubiera contemplado la viva satisfacción que éste mostraba escuchando, se habría tenido por feliz. No porque su fama crecía, sino porque, como sacerdote, honraba ante el Sumo Sacerdote la clase sacerdotal.



35

De cómo nuestro Padre entretenía a los jóvenes con recursos extremadamente simples.

Volviendo una vez Don Bosco de visitar en la vía Apia los monumentos cristianos —de los cuales es un museo el paraje— traspuesto el Tiber topó en cierta plaza romana con más de treinta golfillos que jugaban entre gritos y peleas. Sin más metióse entre ellos mientras sus acompañantes, a una prudente distancia, estaban en expectativa, temerosos de algún desmán contra el Santo por parte de aquella plebe. Los muchachos rodearon a Don Bosco como a personaje de circo, nada hechos a ver sotanas tan cerca. Levantó nuestro Padre su mano derecha enseñando una medalla y les gritó con afecto:

—Sois muchos y me duele no tener para daros a todos.

—¡No importa —exclamaron ellos abalanzándose en masa hacia el objeto sagrado—, para mí, para mí!..

—Un momento —repuso el Padre—; como no hay suficientes,

voy a dar esta medalla al más bueno de vosotros. ¿Quién es?

— ¡Yo, yo, yo, yo!.. —Un «yo» por cada boca.

—Entonces es imposible; no tengo para todos los buenos. Vamos a ver ¿Quién es el peor de todos?

—¡Yo, yo, yo, yo!.. —Otro «yo» de cada muchacho.

Don Bosco impuso silencio y siguió haciendo preguntas; si oían la santa misa, si se confesaban a menudo, si eran obedientes a sus padres, si conocían al párroco... Las respuestas eran glosadas con puntos de Catecismo y chistes de los que el Padre tenía gran arsenal. Pasados unos minutos, se despedía entre saludos cariñosos de aquel tropel, que le rogaban volviese pronto a predicarles cosas tan bonitas y que entendían ellos tan bien.

Reintegrado a sus compañeros de excursión, el Santo les mostraba la medalla en sus manos todavía. Nada había dado a los golfillos que quedaban tan contentos. Todos se convencieron más y más de que el bendito varón sabía calar en las almas y era un insigne pedagogo.

* * *

Esta florecilla viene bien para mentores de la niñez y la juventud, que temen fracasar, cuando las suben a Dios, si no llevan las manos repletas de donecillos. Sepan ellos que basta tener un corazón como el corazón de nuestro Padre —directamente entroncado con el Corazón de Cristo, Corazón manso y humilde— hecho todo para todos como San Pablo, como San Francisco de Sales.



36

De cómo nuestro Padre echaba sermones a cardenales como si fueran muchachos.

Los cardenales Gaude, Altieri y otros príncipes eminentísimos, junto con varios obispos y prelados, sabrosamente entretenidos con Don Bosco en charlas de sobremesa, tuvieron cierto día de convite la curiosa pretensión de que el Santo les predicase.

—Don Bosco, échenos usted un sermón como acostumbra a sus pilluelos.

—Pero... ¿dirigiéndome a vuestras Eminencias y a estos Reverendísimos?

—Sí, desde luego.

—Y... ¿no sería mejor que vuestras Eminencias y Señorías me predicasen a mí?

—No, no —concluyó Gaude—; predíquenos como si fuéramos sus muchachos.

Don Bosco, tranquilo y sosegado, se puso en pie delante de

la silla que ocupaba, carraspeó como en sermón de campanillas los viejos predicadores fraygerundianos; sacó el pañuelo del bolsillo y lo pasó por la cara como limpiándose un imaginario sudor; dirigió una olímpica mirada a su auditorio y comenzó:

—Mis queridos pilluelos...

Soltaron tan respetables señores la primera carcajada ante el sesgo que la cosa iba tomando y, cuando cesó la risa, el bendito sacerdote, durante algunos minutos les narró un episodio de Historia eclesiástica, entremetiendo diálogos llenos de brío, refranes y dichos del pueblo, exhortaciones al bien y promesas de venturas, preguntas y reprensiones, con mímica todo suya. Aquellos sesudos hombres, tras la primera explosión empezaron a escucharle con la boca abierta, le siguieron con sonrisas de sana complacencia y concluyeron riendo a carcajadas, hasta que el cardenal, no logrando aguantar más, con un gesto de sus manos y palabras entrecortadas pudo al fin decir: «¡Basta, basta por favor!». Y durante varios segundos todos se quedaron en silencio por la fuerte reacción nerviosa.

Los presentes reconocieron el poder maravilloso de aquella santa palabra sobre auditorios juveniles, y alabaron a Dios omnipotente.

* * *

Nunca se envaneció Don Bosco por los honores y distinciones con que los hombres enaltecían su figura; antes bien, cuando más en auge estaba, él llevaba los elogios a la realidad de su adolescencia, evocando sucesos de penuria, cuando pastoreaba su vaquita, o iba por nidos, o servía en la granja de los Moglia, o trabajaba en Chieri, siendo ya seminarista, para pagar sus estudios. Pero acontecía siempre lo contrario de lo que su humildad buscaba; pues por esas señales de modestia verdadera la gente le estimaba más. Ello era lógico. Aparte de los carismas celestiales—que son gratuitos—, el hombre tanto más vale cuanto menos halló viniendo al mundo y más deja cuando muere.



37

De cómo un Domingo de Ramos nuestro Padre fué invitado por el Papa a recibir de sus augustas manos la palma bendita.

Entre idas y venidas de Don Bosco por Roma y sus alrededores, llegó la Semana Santa. Casi al borde de la misma Monseñor Borromeo, prelado de la antecámara papal, llevó al Santo un mensaje personal del soberano Pontífice para invitarle a la solemne función de Ramos, donde el Vicario de Cristo distribuiría las palmas. Feliz y contento nuestro Padre con tamaña distinción, madrugó más que de costumbre y, con su fiel acompañante Rua, penetró en San Pedro mucho antes de la hora convenida.

Apenas les vió el conde de Maistre, introductor de embajadores, llevólos hasta la tribuna del Cuerpo Diplomático, según normas de Pío IX que, cuando el prelado ceremoniero se atrevió a

exponerle algún reparo, — con toda la reverencia —, contra aquello que parecía contrario al severo protocolo, rotundamente confirmó su voluntad de esta manera: «¿Y qué, no es Don Bosco embajador del Altísimo?».

Vivía horas de cielo nuestro Padre gozando de la riquísima liturgia vaticana en la iglesia madre de todos los templos de la cristiandad. El canto de la Capilla Sixtina le transportó a las alturas del éxtasis; las ceremonias, ejecutadas con maestría y naturalidad, le mantenían boquiabierto y conmovido.

Llegado el punto de distribuir las palmas benditas, no es posible narrar con qué dulcísima ternura se postró delante del Papa en pos del último embajador; con qué efusión amorosa besó la mano papal; con qué lloresco placer tomó la rica presea; con qué orgullo santo y noble la ostentó durante la procesión que presidía Pío IX... Ni un rey, empuñando el cetro más rico de pedrería y de oro, se mostraría más dichoso que el devotísimo vasallo del primer rey de la tierra con la palma entre sus manos.

Vidente del porvenir, ¿cómo atormentaría, por otra parte, el corazón de Don Bosco la idea del Viernes Santo que las sectas preparaban, tras aquel Domingo triunfal, contra el Vicario de Cristo, entonces, si cabe, más Vicario a la sazón por los dolores y penas que muy pronto sufriría! Pero aquel cáliz cesó para dejarle el disfrute de las grandes emociones pasionistas...

* * *

Fué la semana más feliz en la vida de Don Bosco. Su amigo el cardenal Marini — uno de los dos diáconos asistentes al solio pontificio durante aquellas solemnes jornadas — le nombró su caudatario para darle la ocasión de no perder el mínimo detalle. De este modo el Santo varón, revestido de morado, estuvo siempre a dos pasos de Pío IX, y agotó cuanto era dable admirar y percibir. De fijo que, entre el esplendor litúrgico de la Semana Mayor vaticana, más de una vez recordaría la frase que en su adolescencia oyó al seminarista Cafasso cierto día con motivo de unas ferias: «El espectáculo mejor para un clérigo son las unciones de iglesia».



38

De cómo un día la cabeza de nuestro Padre fué momentáneo cojín de Pío IX.

Terminada la Misa Papal el día solemne de la Pascua que Don Bosco vivió en Roma, Pío IX debía bendecir desde el balcón central de San Pedro a la inmensa multitud que aguardaba en la anchurosa explanada. Don Bosco --vestido de caudatario con indumentos morados--, el cardenal Marini y un obispo miraban llenos de asombro la Plaza trocada en mar de cabezas que en su continuo agitarse remedaban a las ondas. Era un espectáculo impresionante. Las salvas del cercano castillo pregonaban a su modo las alegrías pascuales; las campanas repicaban como locas; los batallones pontificios ponían notas de color al ambiente primaveral; carrozas y más carrozas formaban una barrera polícroma cerrando el semicírculo de los pórticos de Bernini y, en medio de tal grandeza, doscientas mil almas creyentes, suspirando por el Papa

Don Bosco estaba tan enajenado --más que por la realidad

por cuanto aquello decía a su corazón católico — que no oyó a los citados personajes invitarle a descender y, cuando volvió en sí, pudo observar con espanto que la silla gestatoria del Pontífice se acercaba lentamente hacia el balcón. No tuvo tiempo de retirarse; cardenales, prelados, ceremonieros y sediaros ocupaban el recinto con usura. ¿Qué haría? Volverse de frente al Papa le pareció descarado; darle la espalda, grosería; permanecer en el balcón, ridiculez. Rápidamente giró sobre sí mismo, mientras doblaba rodillas y cabeza buscando aniquilarse y desaparecer, con el tiempo suficiente para que el Pontífice, sin advertirlo de pronto, posara su pie derecho sobre la santa cabeza del cuitado.

Se hizo silencio total; hasta los caballos de la escolta se quedaron como estatuas. Era la hora solemne de la bendición a la Ciudad y al Orbe. Mientras discurrían las fórmulas preliminares, que los prelados coreaban, Don Bosco se entretenía en coger del suelo flores de las que estaba alfombrado el pavimento y acaso habían tocado el rostro del Pontífice; después de besarlas con efusión, las metía entre las páginas del breviario...

Bendijo Pío IX a la multitud y clamorosa ovación se hizo dueña de la Plaza. Sonaron los clarines otra vez, repicaron las campanas, rimbombaron los cañones, la comitiva retornaba al interior, y nuestro Padre pudo al fin dejar la «loggia», reintegrarse al cardenal y tomar asiento en su carroza pensando... ¡Dios sabe en qué!...

* * *

Aquellas flores, marchitas en apariencia, las conservó Don Bosco toda su vida, como recuerdo gratísimo de apuros inefables junto al Papa.



39

De cómo nuestro Padre rehusaba por una parte mercedes del Papa y por otra se las pedía.

En una de las varias audiencias, otorgadas por Pío IX a Don Bosco, tras de hablar de cosas importantísimas para la Iglesia y de mandarle aquél a éste por obediencia que escribiese sus memorias desde el sueño de los nueve años, expresarle ideas personales para la marcha de su futura sociedad, y repetirle la más viva gratitud por el éxito de los Ejercicios predicados a las reclusas de la cárcel pontificia, le preguntó a quemarropa:

— De entre los estudios a los que usted se ha aplicado ¿cuál le agrada más?

— Santo Padre — respondió ingenuamente el sacerdote —, mi ciencia es muy poca, pero lo que más quisiera, y vivamente deseo, es *scire Jesum Christum et hunc crucifixum* (1).

El Papa quedó pensativo. Deseando luego quizá poner a prueba tan franca declaración, le dijo que en señal de estima y

afecto, proyectaba nombrarle su camarero secreto con título de Monseñor. Don Bosco, que no pretendía honores, respondió con filial gracejo:

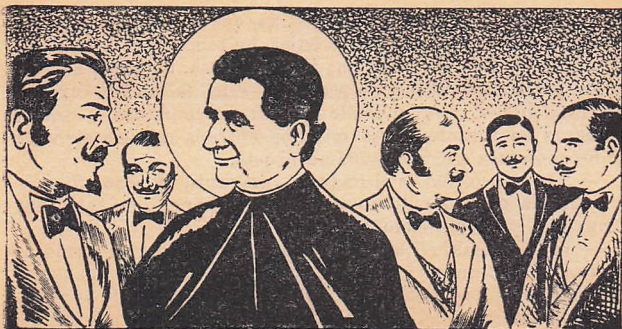
—Santidad, ¡qué linda figura haría, cuando fuese Monseñor, en medio de mis muchachos! Mis hijos no me conocerían y me restarían su confianza al llamarme Monseñor; ni se acercarían a mí, ni me tirarían de la sotana como ahora. Además la gente me creería rico y yo no tendría valor de presentarme a pedir... Beatísimo Padre, es preferible que yo sea siempre el pobre Don Bosco.

Pío IX, ante modestia tan real, se confirmó en que tenía delante de sí un santo, el cual, llegada la hora de pretender, tampoco se quedó corto. He aquí en resumen lo que Don Bosco pidió al Papa: Permiso para difundir sus «Lecturas Católicas» en el Estado pontificio y exención del franqueo postal; facultad para erigir varios oratorios privados; licencias de confesión para cualquier punto del globo; indulgencias especiales... Aquella instancia de favores se habría hecho interminable si el bondadoso Pontífice, cortando al pedigüeño la palabra, no le hubiera dicho con sonrisa paternal: «¡Basta, basta! Le concedo cuanto puede conceder el Papa. ¿Quiere algo más?».

* * *

Otra lección del buen Padre. El Vicario de Cristo, como prueba de las divinas conplacencias sobre el siervo fiel, le ofrece dignidades y prelacías. Don Bosco las cambia por facultades para trabajar con eficacia mayor en provecho de las almas. «Descansaremos en el cielo», «Gozaremos en el cielo», eran frases favoritas suyas. ¡Qué gran maestro!

(1) *Conocer a Jesucristo crucificado* (S. PABLO).



40

De cómo nuestro Padre introdujo en la etiqueta diplomática un idioma nuevo.

Cierto día de la Pascua que Don Bosco pasó en Roma, el conde Rodolfo de Maistre le invitó a una comida de gala que ofrecía a los diversos personajes acreditados de las cortes europeas ante la Santa Sede. Poco a gusto —porque el Santo rehusaba por sistema tan elevados ambientes, como no fuese para meter a Dios en ellos— aceptó por complacer a bienhechor tan excelente de su obra.

Entre diversas ventajas que estas reuniones tienen, para gente de ambiciones terrenales, está la de poder sentar fama de cultura quien domine varias lenguas. Nuestro conde hablaba muchas y, anfitrión como era entonces, se entendía con todos ya en español, ya en francés, ya en alemán, ya en algún otro idioma. No se hablaba el nacional y Don Bosco, como nadie le decía una palabra, allí se estaba tranquilo, frente al conde, hasta que Rodolfo se dirigió a él en dialecto piamontés, preguntándole si

había escuchado la música de la Sixtina, qué opinión le merecían los cantores, qué pensaba de los bajos, los tenores, el organista... Respondíale Don Bosco en una jerga curiosa, haciendo comentarios jocosos de cosas y de personas —sin faltar a la caridad, naturalmente—, pues el conde le merecía confianza, y ambos siguieron así durante breves minutos, entre la máxima atención de los presentes que no entendían ni jota.

—¿De qué nación es el Padre? —preguntó un señor francés.

—Habla en sánscrito —afirmó De Maistre en un tono muy formal— y yo le entiendo bastante.

—Todos se maravillaron al principio; cuando, en virtud de la familiaridad que se crea entre comensales de todas las latitudes, tras repetidas libaciones del buen vino, descubrió el conde la clave, la gravedad diplomática hizo crisis, todos rieron a mandíbula batiente ocurrencia tan flamante, y aplaudieron la entrada efímera, en la cancillerías europeas, de una lengua nunca oída hasta la fecha.

* * *

Don Bosco, delicado siempre y correcto en cualquier ambiente social, era el hombre que ponía con agrado y eficacia entre los medios más altos —de suyo serios y ficticios— notas vivas de la sagrada infancia espiritual, que tan practicada tenía con las visitas habituales de su espíritu cristiano al hogar de Nazaret, donde la etiqueta mundana brilló siempre por su ausencia.



41

De cómo cierto Domingo de Resurrección fué para nuestro Padre verdadera Pascua Florida.

Sucedió en la primavera, y fué en el primer viaje que Don Bosco hizo a Roma.

Cuando—tras la solemne bendición «Urbi et Orbi» que Pío IX impartió desde el balcón principal del Vaticano a la multitud inmensa situada en la Plaza de San Pedro— se retiraba la comitiva papal, Don Bosco logró rehacerse de tan fuertes impresiones sufridas en poco tiempo, y se disponía a marchar.

Todas las campanas de la urbe celebraban vocingleras las alegrías pascuales; el cañón del castillo de Sant'Angelo no cesaba de prodigar salvas y salvas, como desquitándose del obligado silencio cuaresmal; las bandas militares llenaban el ambiente de optimismo y regocijo; las gentes se cruzaban aleluyas y felicitaciones; el sol brillaba en su cenit con esplendor meridiano...

¿Y Don Bosco? Vestido de capisayos morados, como caudatario del cardenal Marini, que no tuvo tiempo de cambiar por sus ordinarios talares —sin que sea necesario ahora declarar el por qué le fué imposible acompañar en su carroza al purpurado, como ordenaba la etiqueta—, hubo de emparejar por las calles romanas con el amable secretario de Su Eminencia, que se brindó a no dejarle solo con semejante vestimenta de ceremonia.

Iba el bendito sacerdote con la vista sobre el suelo y su dejo de rubor, esquivando las miradas de la gente, máxime de conocidos que, llenos de maravilla, se quedaban boquiabiertos al contemplarle.

Pese a todas las precauciones posibles, no le resultó hacedero evitar el tropezarse con un grupo de amigos suyos que regresaban de recibir la bendición pontifical. Y el diálogo también fué inevitable:

—¡Hola, Don Bosco! ¿Desde cuándo es monseñor?

—Ni lo soy ni lo seré, amigo Juan...

—Entonces... —agregó otro señalando con maliciosa sonrisa la veste color morado.

—Bueno, sí... —dijo Don Bosco— Esto es largo de contar.

—¿Para qué tanta reserva —intervino un tercero— si ya lo sabemos todo?

—¿Cómo? —preguntó intrigado el Santo— Ignoro a qué se refiere.

—Vamos, Don Bosco, ¿qué hacía usted presumiendo de personaje pontificio en la «loggia» principal del Vaticano?

—Toda la Plaza estaba pendiente de usted.

—También es largo de contar —contestaba festivo el sacerdote, mientras con alborozo, como niño feliz, les mostraba entre las páginas del breviario las flores tomadas en el suelo del balcón.

* * *

Por eso hemos llamado florida a aquella Pascua de Roma, cuyas flores, disecadas y mimadas, nuestro Padre veneró toda su vida; pues al verlas se le renovaba la nostalgia de su primer viaje a Roma, de tantas venturas y aventuras lleno...



42

De cómo nuestro Padre se hizo digno de una broma de Pío IX.

La piedad de Don Bosco no se saciaba en los ambientes inagotables de Roma. El martes de aquella Pascua memorable fué recibido otra vez por Su Santidad el Papa que le honró de manera extraordinaria, comenzando por un juego, argumento de la presente florecilla.

Apenas el virtuoso Pontífice tuvo ante sí a nuestro Padre, con rostro grave le dijo:

—Don Bosco, ¿dónde se fué a colocar el Domingo durante la bendición? ¡Allí, delante mismo del Papa! Ofreciéndole la espalda para apoyo de su pie, como si el Pontífice tuviera necesidad de verse sostenido por usted...

—Santo Padre—contestó tranquilo y humilde el sacerdote—, me ví sorprendido de pronto... Pido perdón a vuestra Santidad si en algo le he podido ofender.

—¡Y encima pone la cosa peor, dudando si me ha ofendido! Nuestro Padre, mortalmente llagado en su alma por aquella

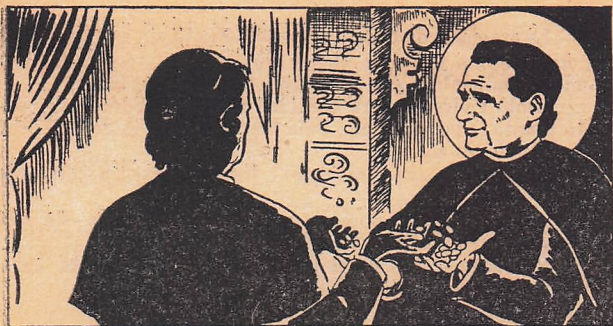
última frase, alzó los ojos con lágrimas al rostro de Pío IX, aun sospechando que su enojo era fingido... ¡Y sí! Una sonrisa paterna orlaba los augustos labios, que prosiguieron así:

—Pero ¿cómo le vino la ocurrencia de recoger flores en momentos tan solemnes? Menester se hizo toda la gravedad de Pío IX para no reír a carcajadas...

Y entonces el rostro angelical del soberano Pontífice se iluminó con la más acariciante de sus paternas risas, en homenaje al humilde sacerdote para quien el dulce Cristo en la tierra fué siempre, sin discusión, la figura primera del orbe entero.

* * *

Ciertamente el Papa había insinuado la verdad entre palabras jocosas. Muchas veces tuvo necesidad de verse sostenido por Don Bosco, muchas. La Historia no ha hecho justicia todavía a nuestro Padre; la Iglesia, sí. Porque él fué consultor, columna, pregonero, heraldo y aliento de Pío IX en contacto con los extremos sociales: el poder real y el del pueblo. Porque en años de tristes apostasías él le formó un clero digno. Porque en circunstancias nada propicias a que el Papa discriminase posibles candidatos a mitras, él se los iba mostrando. Porque, cuando en días de gravísimos temores el Papa le preguntó sobre si quedarse para mártir en Roma o exilarse, Don Bosco, nuncio y vidente, le respondió con firmeza «El centinela de Israel no abandone el Vaticano».



43

De cómo nuestro Padre se despedía del Papa con el corazón feliz y las manos llenas de oro.

Llegó para Don Bosco la hora triste de tener que dejar Roma. Triste y alegre también, porque volvía a sus queridos muchachos de Turín.

La despedida del Papa le dejó muy consolado. Todo había salido bien. Sus caras Constituciones quedaban en buenas manos; el mismo augusto Pontífice se había dignado apostollarlas; llevaba su cartapacio lleno de favores espirituales otorga dos por Pío IX sin vacilar y —¿por qué no decirlo?— su bolsa se había colmado con limosnas generosas que se trocarían en pan. Los recuerdos más dulces de la Roma de los Papas iban también en su alma...

Pero no llevaba todo antes de dejar al Papa. Memorable y provechosa fué la última conversación.

—Ahora, beatísimo Padre —suplicó el sacerdote—, dignaos sugerirme una máxima para mis jóvenes como recuerdo del Papa.

—La presencia de Dios —respondió Pío IX sin vacilar—. Diga en mi nombre a sus hijos que se regulen siempre por este pensamiento saludable. ¿No tiene algo más que pedirme?

—Santo Padre, vuestra Santidad seha dignado concederme todo cuanto le he suplicado. Sólo me queda daros gracias desde lo íntimo de mi corazón.

—Sin embargo... sin embargo... Usted desea otra cosa todavía.

A esta réplica Don Rosco se quedó como suspenso, sin decir una palabra. El Pontífice siguió:

—Pues ¿cómo? ¿No desea tener alegres a sus jóvenes cuando se vea de nuevo entre ellos?

—Santidad, eso sí.

—Espere, pues, un momento.

El Papa abrió un pequeño cofre, metió sus manos en él, las extrajo rebosantes de monedas de oro y, sin contarlas, se las entregó a Don Bosco mientras decía:

—Tómelas y dé una buena merienda a sus hijos..

El Santo las recibió llorando y puso en ellas sus labios como en objeto sagrado. Estaban presentes a la despedida el teólogo Murialdo, Rua, Don Cerrutti y algún otro eclesiástico, que se quedaron maravillados de la confianza paternal que el Papa tenía con Don Bosco.

Entró un eminentísimo purpurado para poner a la firma del Pontífice varios decretos urgentes; Don Bosco y los suyos salieron y en todos quedó imborrable aquella escena tiernísima, emocionante sin par.

* * *

Hubiera sido imposible que el sacerdote turinés no predicase, como lo hizo toda su vida, con ejemplos y palabras aquel lema repetido sin cesar: «¡Con el Papa, con el Papa, siempre, con el Papa hasta morir!».



44

De cómo nuestro Padre con su ejemplo predicaba la unión fraterna entre las órdenes religiosas.

Ya Don Bosco con un pié en el estribo del ferrocarril que desde Roma le llevaría a los suyos, recibió una esqueta que a la letra decía así:

Veneradísimo Don Bosco: ¿Podrían los Padres de la «Civiltà Cattolica» tenerlo la Dominica «in albis» para consolar su pobre mesa? ¡Oh, sí, el último huevo de Pascua conviene que lo tome con nos tros...

Suyo affmo. s. s. y amigo

Antonio Bresciani, S. J.

El Santo aceptó, y pasaron una jornada agradable. Las doc-tísimas personas que le invitaban parecían niños por la sencillez y familiaridad de sus modales. Hallábase también el Preósito General de la Compañía y algunos padres dominicos.

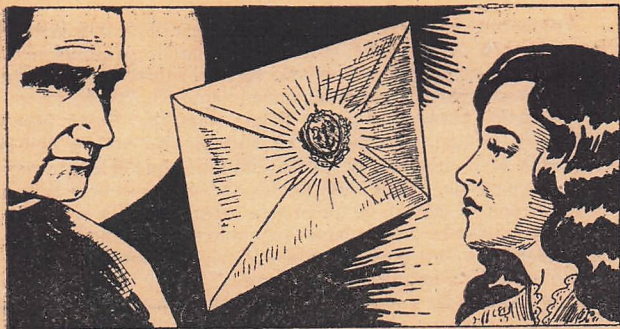
Comenzada la comida, no se tardó en sacar a relucir antiguas controversias de escuela entre ambas tan beneméritas corporaciones. Que si Suárez opina esto, que si Santo Tomás lo otro; que si los teólogos de Trento, que si San Ignacio o Santo Domingo; que si Molinos por una parte y Torquemada por otra... Llegó un momento en que la paz se iba a romper, máxime cuando la cosa bajó a cuestiones personales de hábitos y maneras. Don Bosco nada decía. El prepósito General, temiendo que la discusión, de tranquila que había empezado, pudiera tener remate en disputa verdadera, propuso que el Santo dirimiese la cuestión y pasaran a otra cosa. Este se excusó buenamente, pero como todos reclamasen su intervención, después de un conciliador preámbulo donde puso al descubierto, sin buscarlo, su profunda teología, concluyó:

—¿Mi opinión? Héla aquí: mejor es que no existan controversias.

La respuesta dejó al pronto desconcertados a todos y hasta un poco descontentos, pero obtuvo el efecto deseado. Y es que no había lugar a distinta solución si se buscaba no ofender la caridad.

* * *

Don Bosco, que para redactar aquellas preciosas Reglas, móvil de su viaje a Roma, había estudiado a fondo las de Jesuitas y Dominicos, junto con las de otros institutos, sabía mejor que muchos cuánto debe la Iglesia a esas dos fuertes columnas de la católica fe y martillos de herejía. Honradamente le hubiera sido imposible dar la palma a una cualquiera de las dos, porque ambas la merecían. Así optó por lo más obvio, y a sus hijos les legó respeto y veneración a todas las órdenes religiosas porque han venido los últimos a trabajar por las almas.



45

De cómo nuestro Padre ponía revulsivos en las almas a muchas leguas de distancia.

El conde de Camburzano, bieninechor y amigo de Don Bosco, se deshacía en elogios a favor del ejemplar sacerdote ante un grupo de señores y señoras poco afectos a la Iglesia y sus ministros. Tanto habló y palabras tales dijo que una dama de la más alta nobleza, prestigiosa por talegas y blasones cuanto por sus dotes físicas, exclamó con un mohío de desprecio:

—Que ese reverendo adivine el estado de mi alma y creérello que de él se pregona.

—¿Habla usted en serio, señora? —preguntó el conde.

—Medio en serio, medio en broma, porque mi vida sólo la conozco yo.

—¿Y tendrá inconveniente en que la sepamos todos si por casualidad ese Padre da en el clavo?

—¡Oh, ninguno! concedió ella con una sonrisa irónica.

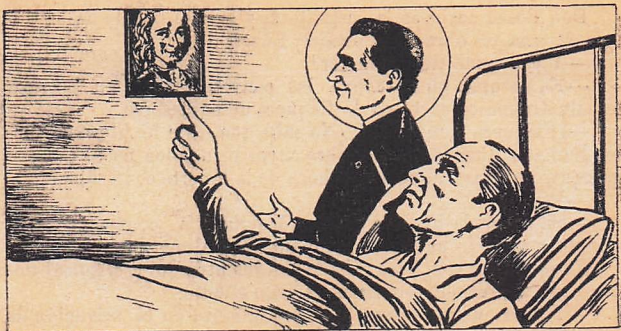
Aprobaron los presentes y la dama escribió una carta al Santo; Camburzano tomó el escrito y, agregando palabras suyas a Don Bosco rogándole contestara, cerró el sobre, puso el sello, la envió a su destino y esperó acontecimientos.

Los cuales tardaron poco en llegar, pues Don Bosco, pese a su falta de tiempo, era puntual en cumplir. No conocía él a la interesada ni de nombre, lo cual no impidió que el conde recibiese este mensaje: «Diga a esa señora que, para recobrar la paz, se reúna con su marido de quien está separada». Y a la señora, este otro: «Cuando usted haya reparado sus confesiones, repitiendo las de veinte años hace, podrá vivir tranquila y habrá puesto remedio a los desvíos del pasado».

Grande fué la maravilla del excelente señor conde cuando supo que la dama, a quien todos tenían por viuda, se hallaba en situación tan irregular. Ella misma confirmó el hecho, y no tuvo reparo, a pesar del rubor que le causara, en admitir que el Santo había escrito la verdad sin conocerse mutuamente, declarando que aquel hombre era un ser extraordinario iluminado por Dios.

* * *

No era sistema de nuestro Padre divulgar faltas ajenas. Si esta vez obró al contrario, su buenas razones tuvo, pues el cielo no habría de consentir que cosas adivinadas por medios tan sobrehumanos sirvieran para lesionar derechos de la santa caridad, ni para ir contra la prudencia. Tal vez fué sanción divina a quien tan irreflexivamente enjuiciaba, o anticipo del juicio universal para la descuidada señora. O voz de alerta a conversión. Sea como sea, importaba que la rica pecadora volviese a mejor camino y cumpliese desde entonces sus deberes de cristiana.



46

De cómo nuestro Padre abrió las puertas del cielo a un letrado moribundo.

Las doctrinas de Voltaire tenían sorbido el seso a un buen hombre de Turín que ejercía la profesión de notario. Cierta relación antigua de nuestro Padre con él fué el pretexto que le llevó a su cabecera cuando, aliada con enfermedad traidora, la muerte rondó su casa.

Recibido el sacerdote con muestras de cortesía mezclada de frialdad, pronto el enfermo quedó ganado por la sugestiva charla del visitante, que ante todo se interesó por su salud, sugiriendo recursos de medicina casera con que hacer frente a la dolencia. A cierto punto la charla derivó por temas espirituales con el veto inmediato del notario que de este modo se expresó:

—Cambemos de asunto, Padre, porque mis principios... En fin, que nunca me he confesado.

¿Y porqué? —le preguntó el Santo.

—Porque no creo en la religión. Observe qué libros tengo...

Don Bosco curioseó la estantería y leyó el título de un volumen; eran las obras de Voltaire. Luego dijo:

—Y esto ¿qué tiene que ver?

—Es natural; quien tenga las convicciones de un escritor tan ilustre nunca caerá en la flaqueza de confesarse.

—¿Flaqueza confesarse? ¿No sabe que este hombre, por usted llamado ilustre, este hombre cuyos principios usted tan ciega-mente comparte, quiso a la hora de la muerte confesarse?

—Pero...

—Sí, señor; la historia es una. Y se habría confesado si sus amigos no se lo hubieran impedido brutalmente.

El sacerdote contó los últimos momentos del escritor al notario que atónito le escuchaba. Luego añadió:

—Y sepa que yo tengo mucha confianza en la salvación de aquel hombre.

—¿Es posible —exclamó el otro— que se haya salvado Voltaire después de cuanto escribió, de cuanto hizo y habló?

—Dios es infinitamente misericordioso, amigo mío, y basta un acto de amor para borrar toda culpa.

—¿Voltaire salvado eternamente?

—Es mi opinión, ¿Qué se opuso a ello? Quería confesarse, dió muestras de dolor a su manera; tan sólo le faltó un sacerdote; pero si en aquel supremo instante la desesperación cedió a la contrición, es de fe que se ha salvado.

El enfermo meditaba. Pasados unos segundos, dijo al Santo;

—Quiero confesarme, Padre. Quite esos libros de ahí, lejos, lejos de mi casa...

El feliz notario moría con señales muy seguras de eterna felicidad.

* * *

Don Bosco decía bien: un acto de dolor borra la culpa. No quiso tal vez hablar al moribundo del reato de la pena, pagadero en el Purgatorio; pero el efecto se logró con mucho consuelo suyo y a mayor gloria divina.



47

De cómo nuestro Padre hizo suyo a un joven desorientado.

Cierto muchacho de muy honestas costumbres llamado Francisco Provera, enderezado por su párroco, llegó una vez a Turín con idea de entrar como aspirante al sacerdocio en el Hospital del Cottolengo. Permitió la Providencia que en aquel mundo admirable de exquisita caridad viera el joven totalmente defraudados sus proyectos. Camino de la estación para regresar a su tierra—Mirabello—pasó cerca de Valdocco donde el griterío de la plebe juvenil le atrajo poderosamente, al punto que, boquiabierto y sin pensar en el tren, los minutos se le iban tras aquello.

Andaba por allí Don Bosco—que no podía faltar donde estuvieran sus chicos— y, descubriendo la presencia del muchacho, le indicó que se acercase. Encogido y timorato, Provera fué salvando la distancia y tuvo con el buen Padre esta conversación:

—Díme, ¿cómo te llamas?

—Francisco Provera, para servirle, Padre.

—¿De dónde eres?

—De Mirabello.

—¡Mirabello! Hermosa villa, tierra de muy buena gente. Y ¿qué haces por Turín?

—Estoy de paso.

—¿De paso?

El muchacho contó al Santo sin rodeos cuanto le había sucedido, mientras le manifestaba el pesar con que se iba, pues su presencia en la capital obedecía al deseo de estudiar para sacerdote, creyendo con fundamento que Dios le había infundido tan sublime vocación. Don Bosco intuyó al joven hasta el fondo de su alma—reflejando aquel cariño con que el divino Maestro miró a otro joven que deseaba seguirle—y le dijo las adorables palabras: «Ve a tu pueblo, liquida cuanto posees... y vuelve...» Quiso Dios en su infinita dignación que esta vez el joven no rehusara, como rehusó el de marras, y Provera obedeció.

Regresado a Mirabello, el párroco le preguntó:

—¿Te aceptaron en el Cottolengo?

—No, señor cura—respondió Provera.

—¿Cómo es eso?

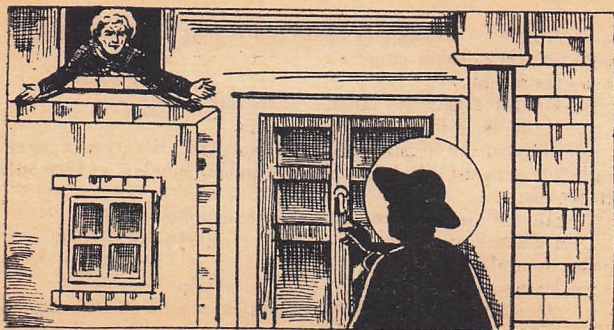
—Me dijeron que no hay sitio. Pero ya me he situado; Don Bosco me lleva consigo.

El sacerdote, que tenía un apellido lleno de gloria para la «Obra Salesiana—Ricaldone—sintió mucha alegría con aquella solución y dió al Señor gracias por ello.

Francisco Provera es otra piedra de cimiento en el edificio moral de nuestro Padre.

* * *

Una vez más se cumplía lo que tan donosamente glosa en su precioso libro ascético el P. Alfonso Rodríguez: que no al acaso se perdieron las borricas de Isaí, padre del pastorcillo David.



48

De cómo nuestro Padre usaba modos gentiles con ventaja para su desfallecido estómago.

Era amigo de Don Bosco el párroco de cierta aldea limítrofe con I Bechi. Tenía éste un ama tan encogida y gruñona que, preparando con malicia comidas deficientes a los colegas visitantes — siempre aliñadas de frases desagradables — había conseguido aislar al pobre sacerdote, a quién también sujetaba a régimen de abstinencia incompatible con duras faenas parroquiales. El buen cura, tras de haberla amonestado en todos los estilos por mucho tiempo sin fruto alguno, terminó por tolerarla, ya que era de recomendables costumbres y piadosa a su modo.

Un día Don Bosco, conocedor de cuanto la fama decía sobre tan rara mujer, se vió en la dura precisión de pedirle hospitalidad.

Asomada a la ventana preguntó de mal talante:

— ¿Qué quiere?

— Dígame — contestó el Santo con la más amable sonrisa — ¿está en casa el señor cura?

— Ha salido.

— Por favor ¿tardará mucho en volver?

— No lo sé. A lo mejor tarda mucho.

— Si usted me lo permite, voy a esperarle. Mientras tanto es un honor para mí saludarla. He oído hablar mucho y bien de su persona.

— ¿De mí? — preguntó el ama abonanzando su ceño.

— De usted, sí, señora. ¿No tengo el gusto de hablar con Doña Dominica Ferrero?

— Para servirle; pero ¿cómo sabe mi nombre?

— ¿Quién no conoce a Doña Dominica, el ama de Don Agnelli? ¿Quién no sabe que es todo una gran señora, y sobre eso, cocinera como hay pocas, y cristiana de muy noble corazón?

— ¿Y usted quién es, mi buen Padre? — preguntó a su vez el ama totalmente derretida.

— Don Bosco, para servirla.

— ¿Don Bosco? ¿Don Bosco de Becchi?

— Precisamente, señora.

— ¡Oh, Don Bosco, entre, suba!...

— No quisiera molestarla.

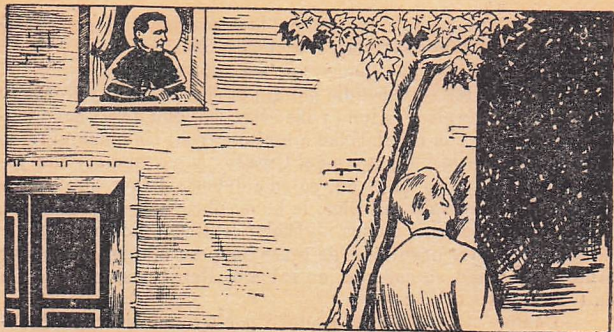
— De ninguna manera. Venga, venga, ya es la hora de comer...

Pasaron algunos minutos y regresó Don Agnelli; el ama, todo alborozada, les acompañó a la mesa y empezaron a comer. Aperitivos, rica sopa, un plato, otro plato, otro plato...; la mejor fruta de la aldea. Don Bosco se hacía lenguas del menú y la mujer lamentaba no haberse enterado antes de que pensaba venir, sugería al cura ésta y la otra marca de vino que no debían faltar en la despensa para ocasiones como aquella, y desolada iba de aquí para allá atendiendo hasta el mínimo detalle.

Don Agnelli, ignorante en un principio del resorte que movía todo aquello, tras de conocerlo por su amigo, le suplicó en voz bajita: «Ven a verme por lo menos una vez a la semana».

* * *

Cuando, como en este caso, no se falta a la justicia, se nos antoja que es lícito no romper lanzas por la verdad, mirando a la ventaja propia.



49

De cómo a nuestro Padre llenaban de consuelo ocurrencias de sus muchachos redimidos.

El jovencillo de Carmañola que Don Bosco redujo a conversión, Miguel Magone, se iba haciendo todo un hombre a lo divino. Vivaracho y revoltoso durante el tiempo de recreo, en las horas de estudio y de silencio parecía ya un santito.

Era una noche de mayo. Dormían en Valdocco, mientras los ángeles del cielo cuidaban aquel paraíso de ángeles en carne humana; pero Don Bosco no dormía.

Doce campanadas sonaron en el reloj de la vecina «Consolata» cuando nuestro Padre, que escribía junto a la abierta ventana, creyó sentir un gemido y frases entrecortadas. Lleno de ansiedad se asoma. Siendo noche de plenilunio, fácil le fué descubrir al causante de la cosa; era Magone que, medio oculto por el espeso emparrado de la fachada, miraba erguido a la altura.

—¿Qué te sucede, Miguel? ¿Estás enfermo? —le preguntó el Padre todo lleno de cuidado.

Quedó sorprendido el muchacho; la impresión de sentirse descubierta no le dejó contestar. Don Bosco insistió:

—¿No me oyes? ¿Te sientes tal vez enfermo?

—¡Ah, Padre! —respondió por fin el chico— Estoy llorando mientras contemplo a la luna y las estrellas, que desde hace tantos siglos salen con regularidad a esclarecer las tinieblas, sin que jamás desobedezcan las leyes del Creador; y yo que soy tan joven, yo que disfruto de razón, yo que debería haber sido fiel a los mandamientos de mi Dios, le he desobedecido tantas veces, le he ofendido de mil modos. —Dicho esto, rompió en llanto.

El Sacerdote, orgulloso de tener bajo su amparo hijos que tanto consolaban su corazón, no sabía si llorar o si reír y al fin en tono festivo dijo:

—Conque ¿te has vuelto poeta? y poeta romántico ¿eh? Te recomendaré a mi gran amigo Manzoni, porque prometes...

Magone, sonriendo, se sorbió las lágrimas pero no quedó satisfecho hasta que el Padre, poniendo sobre sus oídos una de aquellas palabras mágicas que producían efecto fulminante, le hizo saltar de gozo, tras de lo cual el muchacho se acostó.

* * *

Miguel Magone era un adolescente precoz, y pensaba y se expresaba como un hombre ya formado. ¡Cosas de la admirable Providencia que a vidas como la suya —brotadas para morir en edad harto temprana— da carismas celestiales, como a mensajeros de arriba entre los hijos de Eva, desterrados en este valle de lágrimas!



50

De cómo nuestro Padre fomentaba entre los suyos la vida más envidiable de familia cristiana.

Durante muchos inviernos fué cada noche esta florecilla cuidada en el invernadero del hogar recién encendido por Don Bosco, cuandos los fríos intensos del Piamonte unían más y más junto a la lumbre, para ocupar los ocios nocturnos invernales en charlas sabrosas e inocentes juegos.

Era una noche cualquiera de los inviernos citados. El Padre daba gracias con sus clérigos tras la modesta colación. Al fondo se sentía un murmullo de impaciencia entre voces, apagadas por respeto a la oración. Dicho por el sacerdote «Dominus det nobis suam pacem» y respondido «Amen» por la comunidad, se abrió la puerta con empuje vigoroso y una muchachada impetuosa, como torrente desbordado, corrió hasta donde el Padre, con la más dulce de las sonrisas, sentado les esperaba. Tratábase de buscar los puestos de preferencia que eran los más cercanos a él. Algunos afortunados ya estaban tan a su vera que las cabezas

tocaban los hombros del sacerdote. Detrás se pusieron otros, formando como una aureola en torno a la sagrada cabeza. En lugar de distinción, sobre la misma mesa —una vez sin utensilios y limpiada— otra fila de muchachos, sentados y con las piernas cruzadas a la manera oriental; luego, sentados sobre los talones, otra fila; y otra más a continuación de pie sobre dicha mesa.

Pero aún queda gente sin puesto... No importa. Con bancos y taburetes se rellenan los huecos todavía disponibles, hasta los de las ventanas. Los remolones han de ponerse al final, sin derecho más que a oír; porque las docenas de ojos están fijos en la venerable faz que sonríe, que sonríe...

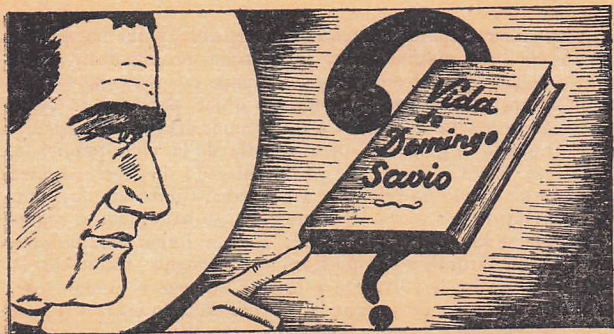
Va a abrir sus labios el Padre, pero de pronto echa el cuerpo para atrás; y es que los más pequeñitos, gateando por debajo de la mesa, se han metido entre sus pies y asoman la cabecita por el borde. Sonríe más el buen Padre y les hace una caricia que los felices mortales reciben con fruición, mientras miran a los otros como para suscitar su envidia.

No falta más que su voz. Un siseo por la sala, imponiéndose silencio mutuamente los muchachos, y Don Bosco que comienza:

—Amigos de Dios: En tiempos de Maricastaña...

* * *

¿Verdad, lectores hermanos, que un ambiente de familia como el nuestro vale más que el de opulentos salones?



51

De cómo nuestro Padre defendía su honradez profesional en asuntos biográficos.

La «Vida de Domingo Savio» produjo entre los muchachos gratísima sensación; pero no faltaron impugnadores atrevidos —por fortuna, muy escasos— de algún detalle circunstancial que obligaron a su autor a esclarecerlos con recursos excepcionales.

Cierto compañero y paisano de Domingo sostenía en grupos de murmuradores que lo del baño frustrado fué de manera distinta, porque se bañó con él. Semejante declaración podía ser desventajosa para la fama del joven y los escritos del Padre; en efecto, desmentido un hecho así, fácilmente se discutirían los demás.

Insensiblemente se fué tramando opinión contra la biografía, hasta el punto de que Don Bosco creyó necesario intervenir. Ello fué en una «Buenas noches» de la siguiente manera:

—Queridos jóvenes: Cuando murió Domingo Savio yo invité a sus compañeros me dijeran si durante los tres años de su vida oratoriana habían descubierto cosa censurable en él... Todos a

una respondieron que nada hubo de reprehensible, y que no sabrían qué añadir a los elogios sobre sus virtudes prodigados. Cuanto yo he escrito lo ví personalmente, o lo supe por personas de esta casa —ahora mismo aquí presentes— o por personas de fuera dignas de la mayor fe... Pero estos últimos días se ha discutido en el Oratorio algún que otro detalle de la vida publicada, llegándose hasta a decir que yo he falseado hechos. Alguien sostiene que Savio no rehusó ir a bañarse... Ciertamente que fué, porque le invitaron dos veces; la primera vez se bañó, mas al regresar a casa se lo contó a su mamá; ésta le hubo de reprender, como parece natural, y el niño lloró amargamente, reconociendo su falta. Cuando le volvieron a invitar, se negó rotundamente. Quise sólo publicar esto segundo, ya que estando entre vosotros quien le engañó e intentó llevarle por vez segunda, con omitir ese detalle, pensaba yo que le libraba de la vergüenza, que el culpable reconocería su culpa y que de fijo me agradecería el silencio. No fué así, antes quiere cogerme en contradicción, hacerme pasar por mentiroso y causar a la memoria de su compañero una inmerecida afrenta. Sabedlo todos: para evitar al sobreviviente que hiciera un triste papel, para ocultar lo que debiera constituir su remordimiento perenne —el riesgo en que puso a Domingo de perderse— conté sólo lo segundo. Pero él mismo ha querido descubrirse. El solo debe sufrir la humillación si le queda dignidad. El, que después de traicionar a su amigo en vida, pretende traicionarle después de muerto. Entonces atentó contra su inocencia; ahora atenta contra su honra...

El Padre no dijo nombre alguno, pero los ojos de todos se clavaron sobre el culpable que estaba lleno de confusión. El resultado fué prodigioso; un murmullo de aprobación coreó las palabras finales del sacerdote; desde entonces cesaron habladurías y la fama de Domingo prosperó de manera en extremo consoladora.

* * *

Don Bosco rendía igual culto a la prudencia que a la justicia. Cuando era conveniente callar, callaba hasta el heroísmo; cuando convenía hablar, hablaba sin respeto humano. Tan sólo regulaba esas virtudes cardinales por la santa caridad, que comienza por uno mismo. El sabía que su discípulo llegaría a los altares; por eso le defendía, de cara al porvenir, que hoy es presente.



52

De cómo nuestro, Padre educador integral, defendía los derechos del silencio.

El invierno con sus rigores y molestias iba cediendo en Turín a la riente primavera.

Cierta mañana de abril bajaba un grupo de internos desde el dormitorio a la capilla de San Francisco. Era el primer día sereno tras muchos días de lluvia y de intensa niebla. Al vislumbrar los muchachos un amanecer radiante, el optimismo ambiental hizo presa en sus nervios y su lengua, quebrantándose el silencio, sagrado para Don Bosco. Cruzóse el Padre con ellos recogido y, musitando oraciones camino de su confesonario, hubo de maravillarle aquel pequeño desorden y pretendió suavemente imponer silencio. No faltaron contumaces que, llevados de una excesiva confianza, proseguían en sus charlas.

Había uno, más loquillo y hablador a quien el Santo llamó haciéndole salir del grupo, pues ent onces grupos eran, y no filas,

los que formaban sus felices moradores para desplazarse en masa a los diversos lugares. Ved qué interesante diálogo:

—¿Sabes qué hora es?

—Seguro no, Don Bosco; serán ya más de las siete.

—Yo te diré la hora fija: es... la hora de callar.

—Mire usted que...

—Y es la hora de no replicar. ¿A dónde vais, díme?

—A misa.

—No es buena preparación para la misa este desorden que veo. Muchas veces me habéis oído que desde las «Buenas noches» hasta terminar la misa el Oratorio debe vivir en silencio. La mayor parte de vosotros suele comulgar y necesita silencio para disponerse a esa acción tan importante. Que lo entiendan todos bien: Don Bosco sufre cuando no se le obedece; Don Bosco ruega que se mantenga el silencio sagrado sin condiciones; Don Bosco manda que se respete el reglamento de casa...

Los muchachos permanecían suspensos, presa de estupor y pena, viendo disgustado al Padre. Este, con gesto sobrio, les indicó que avanzasen. Todos caminaban graves y con la vista en el suelo. El asistente, joven clérigo no ducho todavía en lides disciplinares, iba el último en el grupo. Sin que los jóvenes lo notasen, le llamó para decirle: «No poca responsabilidad de esto te incumbe a tí. Sabes bien lo que yo pienso sobre el silencio que a ciertas horas hay que observar. Repite a tus compañeros que Don Bosco jamás tolera el desorden».

* * *

Era familiar en labios de nuestro Padre la frase tan conocida de San Agustín: «Guarda el orden y el orden te guardará». Por eso la disciplina en sus casas, suave, firme y maternal, no resiste la anarquía, antes vive del silencio razonable, en cuyo ambiente se fraguan, como reacción natural e indispensable, la alegría y el movimiento de los patios salesianos.



53

De cómo la Providencia y nuestro Padre se topaban en el camino.

Un destemplado día de enero Don Bosco tenía urgente necesidad de satisfacer cierta deuda muy crecida. La caridad y el honor le forzaban a no dormirse, pues la persona que en momentos de apuro grave para el Oratorio había prestado sin condiciones esperaba hacer entonces un ventajoso negocio si recobraba a tiempo la suma.

Muy de mañana el sacerdote se dispuso a buscar remedio por las calles y las plazas. «Raro ha de ser —decíase el bendito hombre— que el Señor, siempre tan bueno conmigo, no me franquee alguna puerta». Y, como la oración todo lo alcanza, antes de dejar Valdocco, hizo este encargo: «Hoy hemos de merecer una gracia muy importante: Mientras estoy por la ciudad que no falte alguno rezando en la capilla».

Salió el Padre y los hijos establecieron rogativa continua ante el Sagrario y la imagen de María.

Cerca ya de los Paules, un Señor desconocido le aborda para decirle:

—Buenos días, Don Bosco. ¿Es verdad que necesita dinero?
—¿Dinero? —preguntó a su vez el Santo con la emoción en el alma, porque el asunto iba por vías de arreglo —Como que sin él no regreso al Oratorio.

—Pues ya puede regresar. Tome, que sus muchachos le esperan—. En tanto el desconocido hablaba, le tendía un sobre con varios billetes de mil. El Padre estaba perplejo, temiendo fuera una broma aquel coloquio tan grato.

—¿A título de qué me da ese donativo?— preguntó.

—Tómelo —respondió el hombre— y gástelo para bien de sus muchachos.

—Gracias de todo corazón, y que la Virgen se lo pague. Voy a extenderle un recibo.

—No es menester.

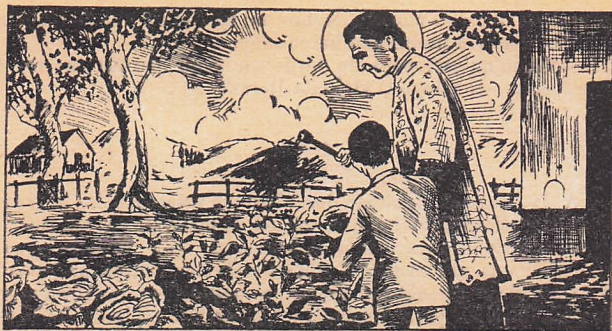
—Al menos sírvase darme su nombre...

—No insista, Padre. El donante desea mantenerse en el anónimo... y que se ruegue por él.

El desconocido, sin una palabra más, giró sobre sus talones. echó a andar y dejó como embobado a nuestro bendito Padre.

* * *

¿Quién era tan generoso bienhechor? Hay en la tierra personas que cuando realizan una buena acción, temen la publicidad; les basta que Dios la sepa; pero a veces el cielo se ha complacido en revestir a los mensajeros de sus bondades con apariencias de hombre. Lo indudable es que nuestro Padre salió un día buscando a la Providencia y ésta se le hizo encontradiza en cierta calle de Turín bajo los velos de un ser humano cualquiera.



54

De cómo nuestro Padre ahuyentaba las orugas del huerto de una ancianita.

Cierta pobre viejecita cuidaba su humilde huerto limítrofe con el Oratorio. Sacando fuerzas de flaqueza aquel cuerpo, ruín de achaques mas noble por el trabajo, lograba de la madre tierra unas pocas hortalizas que luego se trocaban en calorías para sostén de su vida o en monedas, siempre pocas, para los exiguos gastos de aquella ancianidad. Nuestro Padre la socorrió con frecuencia, y esta vez la socorrió con limosna de milagro.

Plaga terrible de orugas había invadido el huerto; la hortelana veíase ya en la miseria cuando tuvo la idea peregrina de llegarse a su vecino invocando protección.

—Padre, las orugas me comen todo. Por amor de Dios, ayúdeme.

—¿En qué quiere que le ayude, vecina? —respondió el Santo.

—Echeles la bendición y así se morirán todas.

—¡Pobres animalitos de Dios! —repuso el Padre riendo—

¿Para qué hacerles morir? Les daré mi bendición y se marcharán a un sitio donde no puedan hacer daño.

—Como quiera; pero no tarde en venir porque me voy a desesperar —concluyó la viejecita llorando.

* * *

A la mañana siguiente dos alumnos veteranos, los jóvenes Buzetti y Reano, tuvieron necesidad de meterse en un rincón de trastos viejos adyacente a la iglesia de San Francisco, cerrado por una gruesa pared, alta de casi tres metros, propiedad del Oratorio —que daba al huerto en cuestión— y quedaron muy sorprendidos. La pared aparecía extrañamente tapizada de orugas. Orugas en el suelo, orugas en los muebles inservibles, orugas en los trozos de madera, orugas en todas partes. Ignorantes de la cosa, y creyendo que la invasión de aquellas temibles larvas fuera completa en la redonda, subieron a lo alto para ver el huerto de la vecina, descubriendo a la mujer alegre como unas pascuas.

—Muchachos —díjoles apenas los divisó —, Don Bosco ha hecho un milagro.

Les contó lo sucedido: en el huerto no quedaba una oruga para un remedio,

—Pues, señora, todas se han venido aquí. A ver qué hacemos con ellas.

—Es un santo, es un santo —concluyó la viejecita.

* * *

«¡Lástima que Don Bosco no sea general para limpiar de enemigos nuestra Patria!» decía uno de los internos cuando se divulgó el caso. Ya lo era; y más que general. Fué la providencia visible de aquel barrio, otrora víctima de los enemigos del alma —que forman triple legión — donde, al contacto de su mano milagrosa y de su dulce palabra, florecían santidades, los demonios escapaban.



55

De cómo nuestro Padre anunciaba un armisticio horas antes de firmarse.

Cierta tarde de julio la condesa Gravosio, que tenía un hermano y un hijo combatiendo, presa de temores y sobresaltos por los riesgos que corrían seres para su alma tan queridos, acudió a Don Bosco con su hija Rosa, buscando alivio y consuelo en la palabra sacerdotal de aquel hombre tan de Dios.

Estaba el Padre rodeado de sacerdotes y alumnos que durante algunos momentos—por la confianza que la aristocrática familia tenía allí—departieron con las damas en torno de aquella guerra. Llegado un punto discreto, quedaron solos Don Bosco y ellas. Fué el Padre quien empezó:

—Condesa, ya sé de lo que usted viene a hablarme. Tenga mucho ánimo. Esta noche Napoleón firmará la paz, y ¡adiós guerra!

—Eso es imposible, Padre. Lo dice por consolarme.

—Señora, no suelo hablar por hablar.

—Pero las cosas van por muy diverso camino...

—Esta noche la paz quedará firmada—insistió el Santo lleno de seguridad.

Dejaron las visitantes el Oratorio entre el temor y la esperanza. Durante toda la noche les fué imposible dormir. Cuando llegó el nuevo día iban a misa de alba, que acostumbraban oír en San Dalmacio, cuando escucharon a los vendedores de periódicos que con euforia desusada decían a voz en grito, mientras el público les arrebatava números: «¡Paz de Villafranca, entre los tres soberanos!».

Miráronse madre e hija espantadas de lo que oían, al mismo tiempo que gozosas, porque la paz traía el sosiego a su hogar y la tranquilidad a sus almas. Comulgaron en fervorosa acción de gracias y, terminada la misa, volvieron al Oratorio donde hallaron a nuestro Padre comentando gozosísimo la noticia entre los suyos. Viendo a las damas Don Bosco, salió en su busca y les dijo: «Demos gracias al Señor...». Ya pasadas las primeras expansiones de alegría y parabién, las condujo a la capilla donde estuvieron rezando durante varios minutos.

¿Qué es lo que había pasado? Napoleón III, aliado con Piamonte y otros estados de Italia, sostenía contra las tropas austriacas batalla decisiva en Solferino, tras de la cual los ejércitos depusieron armas previa una entrevista del emperador francés con el de Austria en Villafranca. Nadie esperaba el desenlace. Nuestro Padre lo intuyó.

* * *

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios, dijo el Maestro celestial. Y como Dios ve el futuro siempre presente, es consolador pensar que los más limpios en esta tierra más cosas verán como El. ¡Oh poder maravilloso de la pureza, virtud señera en Don Bosco!



56

De cómo nuestro Padre predijo su vocación a cierta joven.

Sólo cuando se lo imponían como indispensable condición para darle una crecida limosna a favor de su Oratorio, Don Bosco se sentaba a la mesa de pudientes, pero invadida siempre el alma de una invencible nostalgia por el recuerdo de sus hijos, a quienes habría querido participando del festín, que para él no dejaba de ser inevitable penitencia.

Los condes de Cravosio eran insignes bienhechores y un día de Santa Rosa, onomástico de la hija, le prometieron que el Oratorio habría de acrecentar sus caudales si les honraba a la mesa. ¿Qué iba a hacer el pobrísimo varón?

La mamá había regalado una imagen de María Inmaculada a la joven que, terminados los postres, rogó al Santo se dignase bendecírsela. Fueron los dos a la pieza donde campeaba la imagen entre flores y luminarias—ingenuamente adornada por las inocentes manos de Rosita—y ésta dijo:

—Padre, pida por mí a la Virgen la gracia que necesito.

—¡Oh Virgen Santísima Inmaculada—rezó entonces nuestro Padre después de breve silencio durante el cual trazó el signo de la cruz sobre la efígie—, bendice y consuela a Rosita, que veo vestida de blanco...

—Don Bosco—interrumpió la muchacha con gran viveza—, ni estoy vestida de blanco ni me gusta ese color.

—Es el tuyo—murmuró el Santo.

—Ya tengo diecinueve años y de blanco sólo se visten las niñas...

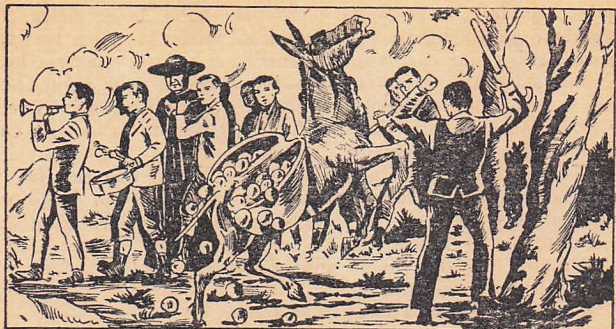
—Es el tuyo, Rosita—insistía sonriendo, mientras miraba como al espacio infinito—. Sí, veo a Rosita vestida de blanco.

La condesita se molestó. Ya comprendía que Don Bosco hablaba del porvenir; ella quería ser religiosa, pero desde la primera hora había descartado la orden dominicana, en quien el Santo pensaba cuando hablaba de lo blanco.

El conde invitó al café y la cosa de momento quedó así.

* * *

Dos años después la aristocrática joven, trocada en Sor Filomena Cravosio, escribía a nuestro Padre unos sencillos renglones: «...Visto de blanco y soy muy feliz. La orden de Santo Domingo es mi paraíso terrenal...» Una vez más en su vida el Padre resultó vidente.



57

De cómo nuestro Padre, sin buscarlo ni quererlo, fué causa de que un borrico se espantara.

Con más ínfulas que un rey ante ejército de gala conducía Don Bosco sus mesnadas juveniles en una de las famosas excursiones otoñales, cuando cerca de Becchi sucedió el presente lance.

Un viejecillo simpático, con su asno cargado de manzanas en dirección al mercado de Moncucco, se cruzó con la alegre caravana, a la que precedía como siempre la banda del Oratorio interpretando briosas marchas. Era espectáculo nuevo para el sencillo aldeano, quien con la vara empezó a llevar a su manera el compás mientras el burro, por natural mimetismo, atemperaba sus pasos en acorde con los músicos. «¡Qué tocatas más bonitas!», gritaba el hombre entretanto.

Hecho el cruce, con los saludos normales en gente de buena crianza, como eran todos, por imperativo de la partitura, a

quince pasos ya de la banda el borrico, hubo de acometer el trombón un «fortissimo» estruendoso. Oirlo la pobre bestia, espantarse y dar corcovos, despedir de sí la fruta mientras los serones saltaban y caían en tierra, fué cosa de unos segundos. Los acordes eran cubiertos por rebuznos espantosos, mientras el viejo gañán se daba a todos los diablos, trocando la euforia de antes en frenesí desbordado.

Fueron salvándose distancias entre el Padre que, escoltado por los mayores, se acercaba temerario, sin pensar en posibles represalias, y el arriero que, descompuesto y como loco, gritaba: «¡Maldita sea la música!»

Pronto el hombre sosegó ante el rostro bondadoso del sacerdote y llegaron a un arreglo:

—¿Cuánto pensaba sacar de la venta?

—Padre, ¿qué menos que nueve liras? Están los tiempos muy malos; la cosecha ha sido escasa...

—¿Me la cede usted por veinte?

El hombre, feliz porque el trato saponía un pronto regreso a casa con la bolsa bien nutrida, recibió aquellas monedas con gratitud, a las cuales el Santo sumó cinco para un pienso extraordinario al borriquillo que, pacienzudo y callado, miraba sin entender, porque era bestia.

Y los jóvenes cargaron con las manzanas no sin dejar al arriero una discreta porción, para que también los racionales participaran de la alegría común.

Emparejó nuestro hombre con la alegre muchachada hasta cerca de Moncucco, repitiendo en el camino el estribillo de maras: «¡Qué tocatas más bonitas!»

* * *

Con Don Bosco ninguno salía perjudicado. El dinero para él era un medio, nunca un fin. Escrupuloso administrador de los bienes que le mandaba la Providencia, jamás le dolían prendas cuando por una moneda podía remediar apuros o prevenir desazones.



58

De cómo nuestro Padre y sus muchachos durmieron media hora menos una noche de excursión.

Tomatis era un joven imprescindible para los goces purísimos de las memorables «paseggiate» que duraban a veces quince días. Su «vis comica» nativa, sumada a la bondad de un alma sana, hacía desternillarse de risa a jóvenes y a aldeanos en veladas recreativas que Don Bosco dedicaba como homenaje de gratitud a los pueblos del camino. Y fuera de las veladas también.

Cierta noche, tras jornada fatigosa, la feliz tropa se acogió al pajar de un opulento castillo cuyo señor les brindaba tal cobijo a falta de mejor cosa. Tomatis, por gracia de nuestro Padre, que le veía agotado después de haber sido el héroe en la función teatral de la tarde, se hizo digno de una cama en habitación aparte.

Cuando el muchacho se retiraba, entrando por la puerta

principal del opulento castillo, le saludó agresivamente un perrazo que junto a su caseta ladraba a más y mejor. Tomatis se las juró en su fuero interno, mientras salvaba, modosito y apartando temor, aquel peligro.

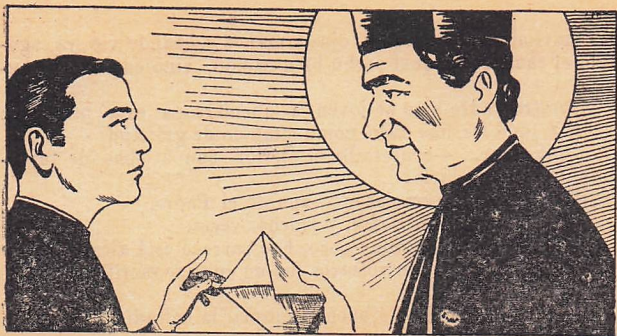
Daba la alcoba del privilegiado huésped precisamente al paseo donde el perrazo dormitaba con los ojos titilantes. Tenía el joven la curiosa habilidad de remedar a multitud de animales, que explotó mañosamente contra el can.

Cuando todo sosegaba en el castillo, a filo de media noche maulló un gato. Sobresaltóse el guardián y lanzó un gruñido sordo. Al gruñido sucedió un quiquiriquí y el perro se irguió de un golpe; le parecía temprano para que los gallos comenzaran su cotidiana sesión. Tras del gallo vino un pato; tras del pato una lechuza; tras de la lechuza un toro. Todo el arca de Noé parecía estar congregada en la garganta del joven que, apenas vió al rojo vivo la reacción iracunda de su reciente enemigo, acometió un intercambio de ladridos espantoso, a dúo con el auténtico can. El castellano ignoraba la razón de aquella lucha de canes; la castellana rezaba contra el poder de los cacos; la servidumbre se armaba de instrumentos defensivos; los muchachos rebullían en la paja, sin despertarse del todo por la fuerza del cansancio; Don Bosco se limitó a decirse sonriendo: «Este famoso Tomatis...» Pocos minutos después los mayores reían a carcajadas sabedores de quién era el agente de tal burla.

Mientras tanto el portero —vanguardia de la tropa escuderial que dentro estaba en cuartel— saliendo a medio vestir, mandó al perro que callase de una vez, pero el bicho proseguía con más furia. Ni pedradas, ni amenazas, ni gritos del cancerbero le lograron aquietar. El éxito fué del joven que, transcurrida media hora de pugilato digno de mejor causa, se metió bajo las sábanas, rendido y prudente ya.

* * *

Los muchachos vivían de comentarios en aventuras así. Y las crónicas nos dicen que nuestro Padre gozaba con estas bromas porque distraían de importunos pensamientos a sus hijos.



59

De cómo nuestro Padre, siendo el sacerdote más pobre, era generoso y liberal.

Cierto presbítero joven, cuyo nombre las crónicas no mencionan, por encargo de Don Bosco organizó una jira con veinte niños que suponía bastantes kilómetros a pie. Entraba en el proyecto pernoctar, previo acuerdo con el amo, en casa del párroco del lugar, meta del dicho paseo.

De regreso ya en Valdocco, el sacerdote hablaba, y nunca acababa, ponderado las maneras gentilísimas con que fueron recibidos, el cordial alojamiento que les tenían dispuesto, los succulentos platos amablemente servidos por la sirvienta del cura, y el éxito conseguido por los muchachos como cantores y artistas. Convergían los elogios, con preferencia, al buen párroco. Don Bosco dejaba explayarse a su sabor a quien tan cristianamente mostraba gratitud y buen recuerdo, provocaba con oportunas preguntas más frases ponderativas, aprobaba con expresi-

vos movimientos de cabeza, ojos y manos y, cuando vió ya agotado el caudal de aquel pecho bien nacido, vino entonces la lección

Nuestro Padre hizo al joven a quemarropa esta pregunta:

—Y ¿qué les has dado, como símbolo de gratitud?

—Yo... dar... —contestaba el clérigo con atisbos de turbado— ¿Qué iba a darle?

—Desde luego, gracias sí —apuntó el Padre.

—Se supone. Don Bosco, y muchas veces.

—Pues, hijo, diste muy poco. Ese párroco está alcanzado de medios. Lo gastado con vosotros fué un enorme sacrificio.

—Pero...

—Díme ¿no te ofreció buena limosna la cofradía terminada la función?

—Desde luego; todo se lo he entregado a usted.

—Pues mira: debiste haber abierto el sobre, ver lo que dentro llevaba y, con la delicadeza que se pone en estas cosas, haber sacado un billete de cien liras, entregárselo con el ruego de celebrar una misa por tí y por todos los muchachos, y luego sí, haberle dado las gracias.

—Ya comprendo... ¡Perdón!

—Que te sirva de norma para otra vez. Mientras tanto yo sé cómo he de remediar el involuntario yerro.

* * *

También sobre este edificante hecho las crónicas de Valdocco dejaron su comentario. Textualmente quedó consignado así: «Don Bosco, tan pobre, era generoso como un rey».



60

De cómo nuestro Padre y su farándula sabían ganar partidas.

A Villa San Secondo, bonita población de la diócesis de Asti, fueron a parar cierto día Don Bosco y sus muchachos, con franca bienvenida del párroco, que los acogió lleno de cordialidad.

El párroco tenía una espina en el alma; con motivo de las fiestas patronales se había inaugurado un baile y varios feligreses de prestigio censuraban sin rebozo la enemiga que mostraba. Era, pues, muy natural que aprovecharse la presencia de Don Bosco para consolarse con él y pedirle orientación.

Nuestro Padre le dijo simplemente: «No se preocupe usted; déjeme obrar a mí, y esté tranquilo».

Enseguida los muchachos se dispusieron a levantar el tablado en un corral de la familia Perucatti. Cantadas las vísperas en la parroquia con toda solemnidad, la banda fué recorriendo las calles, mientras improvisados pregoneros divulgaban que al atardecer habría teatro gratis a cargo de los excursionistas.

Por su parte la charanga del baile también hacía reclamo, pero nadie se daba por enterado y el salón quedó desierto, al punto de que los empresarios, viendo en quiebra su negocio, echaron llave al recinto, y al teatro de Don Bosco se fueron por no tirarse del puente desesperados.

Terminada la función, llegó la hora de exigir reparaciones; aquellos señores se presentaron al Padre y le acometieron firmes:

—Venimos a demandarle daños y perjuicios.

—¿De qué, daños y perjuicios? Señores, no creo haber hecho con ustedes ninguna injusticia —replicó Don Bosco con fingida candidez.

—Usted nos vació la sala...

—Yo a nadie obligué a no entrar. Por cierto que ví a ustedes en mi teatro.

—Pues ¿qué remedio quedaba? Cerrar y buscar dónde divertirse un poco.

—¿Y se han divertido, eh?

—Hay que reconocer que sí. Esos chicos son consumados artistas.

—Y ¿pagaron las entradas?

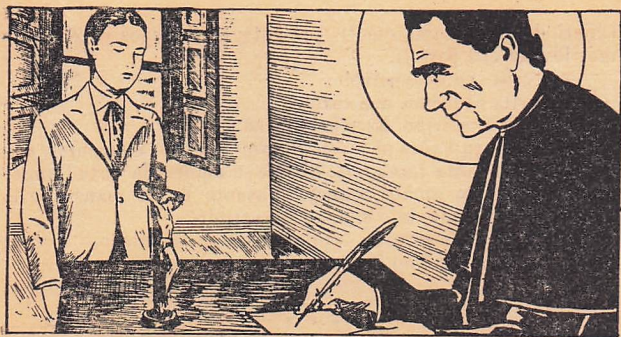
—No...

—Entonces ¿por qué reclaman? La gente era libre de ir donde ella quisiera; ustedes vinieron a la función; yo no fuí al baile; nada han pagado por ver mi teatro. Estamos en paz, señores.

Los empresarios dieron por óptima la lógica de Don Bosco y se fueron sin chistar. Aquella vez perdió la partida el diablo y el ángel custodio de Villa San Secondo se apuntó en su haber un tanto, gracias a la farándula de Valdocco, que era un púlpito ambulante.

* * *

Si tantos delegados del infierno triunfan entre los mortales, enredados en diversiones «non sanctas», es porque los hijos de la luz se acobardan y no luchan. Nuestro Padre no era así. Seamos como él nosotros.



61

De cómo nuestro Padre admitió en el Oratorio a un muchacho desenvuelto.

Recién empezado un curso, cierto joven bien vestido y de modales correctos franqueaba la portería preguntando por Don Bosco. El portero hizo que lo acompañasen hasta el cuarto donde trabajaba el Padre. Este, mirando al desconocido, sintió un extraño bienestar por la pureza y el candor que sus ojos revelaban.

El muchacho venía huyendo de casa, donde personas obligadas a defender sus valores naturales y divinos y a edificarle con su ejemplo, tendían lazos a su moral acrisolada.

Entre aquellas almas gemelas corrió el siguiente diálogo:

—¿Quién eres, hijo mío?

—Me llamo Domingo Parigi; vengo de Chieri.

—Y ¿qué deseas de mí?

—Que me admita en su Oratorio.

—Pero tú no estás en lista...

—No importa; póngame ahora.

—Mira, conviene que hagamos las cosas bien. Regresa a

Chieri, dí a tu mamá que te presente; hablaremos y resolveremos lo más útil para tí.

—¡A casa yo no vuelvo!

—Escribe al menos una carta.

—Yo no la escribo. Escríbala usted.

Miró nuestro Padre al joven durante breves momentos, enternecido por tanta franqueza, hija de su amor a la virtud angelical que él tanto amaba, y zanjó el asunto de la manera más terminante: «Bueno, hijo mío, yo la escribiré».

El joven quedó salvado —preservado, mejor dicho— por el celo y la pureza de Don Bosco.

* * *

La historia del Oratorio de Valdocco guarda el nombre de Domingo Parigi entre los de alumnos más distinguidos por su correspondencia a los desvelos del Santo y de sus colaboradores. El joven estudió allí todas las Humanidades; cuando llegó la hora de discernir, llamado por Dios al sacerdocio, cursó Filosofía y Teología en el Seminario diocesano; luego se ordenó de presbítero y durante largos años fué párroco muy ejemplar... Fruto de la caridad de nuestro Padre, que le tendió su mano en momentos angustiosos, de prueba y de crisis moral.



62

De cómo nuestro Padre enseñaba a sus muchachos con auxilio de los sueños.

Don Bosco soñó... ¡Soñaba tanto nuestro Padre!.. En las «Buenas noches» de aquel día narró el sueño con todos sus pormenores.

Estaba en la puerta del Oratorio mientras iban entrando los alumnos, a la vuelta de un paseo. Con solo mirarlos a la frente descubría el estado de su alma, con lo cual pudo saber quiénes estaban en gracia y quiénes en pecado mortal. A cierto punto hizo acto de presencia un buhonero que, por reclamo de sus chucherías infantiles, llevaba consigo una marmota. El hombre se abrió calle entre todos los muchachos y puso en el suelo la caja. En aquel preciso instante sonó la campana avisando a confesiones. Entonces el buhonero abrió la caja, hizo salir a la marmota y, al ritmo de un instrumento primitivo, el animal comenzó una danza y luego realizó mil monerías que a los chicos traían encantados, hasta el punto de que inútilmente sonaba la campana y esperaban los confesores en la iglesia.

Mucho dolía al sacerdote aquel desprecio de la gracia, tanto más cuanto que abundaban los necesitados de absolución, como el Padre fué demostrando ante el público —sin nombrar, naturalmente— descorriendo el velo de las conciencias con claridad tan meridiana que cada uno de los oyentes no tenía más remedio que decirse por turno en su fuero interno: «Ese soy yo».

Entre burlas y entre veras, provocando carcajadas unas veces, y otras, haciendo que por no pocas mejillas resbalasen lágrimas silenciosas, puso el Santo de relieve, con auxilio de la marmota, que una casa como aquella no podría subsistir sin apoyarse en dos columnas potentes, la devoción a María y la comunión asidua. Fueron tan persuasivas las palabras del Apóstol que, desde que contó el sueño de la marmota, esas devociones fundamentales quedaron en el Oratorio como distintivo de la piedad salesiana más legítima.

* * *

La frecuencia de sacramentos fué promovida por el sabio Fundador sin prisa ni a empellones, resultante feliz de siembra paciente y suave. Cuando los alumnos ingresaban apenas si sabían comulgar; llevarlos a confesar muchas veces era un triunfo. El tesón y la constancia llenaban de almas confesonarios. comulgatorio, cielo...



63

De cómo nuestro Padre castigaba a sus alumnos sin usar piedra ni palo.

Era al comienzo de un nuevo curso. Los jóvenes, de vuelta de vacaciones, contaban y no acababan sus aventuras estivales; los que no habían ido a casa ponían los dientes largos a los recién venidos con las peripecias de las excursiones presididas por Don Bosco. Entre cambios de impresiones, idas y venidas de portería a dormitorios y de dormitorios a portería con los bultos y maletas, saludos a Superiores y personal de servicio y mil otras menudencias, llegó la hora de la cena y, tras la cena, las oraciones finales.

Toda la comunidad estaba ya reunida en el pórtico, donde se cumplía por tradición aquella práctica. Se rezó con deficiente reverencia, porque los nervios no estaban aún sosegados y el cambio de impresiones proseguía en determinados sectores, mientras los alumnos más sensatos que esta vez fueron pocos, oraban con el cuidado de siempre. Hasta en los breves momentos que al examen de conciencia se dedican, cuchicheos sofocados:

por los ojos de los asistentes, y encendidos otra vez cuando la mirada de éstos exploraban otros puntos de desorden, indicaban que los muchachos tenían su corazón muy lejos de la presencia divina. Al fin el que dirigía llegó a la frase última; todos los presentes, unos bien y muchos con negligencia, hicieron la señal de la cruz, y Don Bosco, subió al pequeño púlpito desde el cual solía dar las «Buenas noches».

Pese a que el sacerdote ya se encontraba delante, y que su palabra se esperaba siempre con ilusión, aquella vez falló la regla. Don Bosco, cargado de paciencia y sonriendo serenamente, aguardó bastantes segundos a que se aquietasen las masas juveniles.

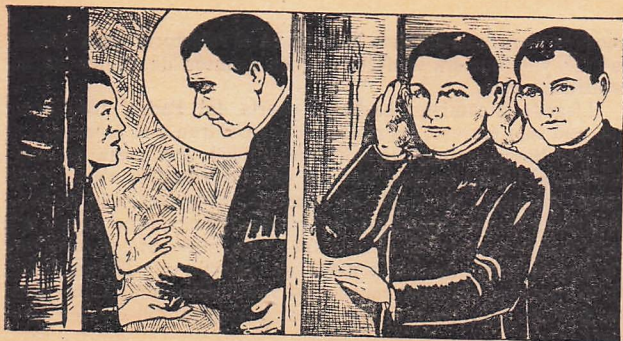
Al cabo, entre el murmullo, que no cesaba, se impuso la voz rotunda del Padre que, dominando poderosamente a la asamblea, dijo estas sencillas palabras: «¿Sabéis que no estoy contento de vosotros?».

Un silencio sepulcral siguió a las tremendas palabras. El Padre hizo señal para que todos salieran. Los jóvenes más cercanos se aproximaban para besarle la mano, como era costumbre por entonces; mas Don Bosco enfundó entre sus mangas las dos.

Aquella noche la casa parecía el reino del silencio y de la pena. Sollozos de quienes se tenían por responsables de sanción tan desusada y eficaz fueron los únicos ruidos.

* * *

Castigo más terrible no pudo nunca imaginar un pedagogo como el nuestro. Desde entonces no se necesitó campana en el Oratorio; el solo pensamiento de volver a oír aquellas palabras del queridísimo Padre ponían miedo en todos los corazones, sellaban todos los labios. Es que el Santo, que recibió del Corazón de Jesús los principios de su genial pedagogía, quería ser consecuente con el divino Mentor, del que dice un refrán en nuestra tierra que «castiga sin piedra ni palo».



64

De cómo reaccionaba nuestro Padre ante groserías de sus hijos.

Casi organizada en el Oratorio la vida de comunidad —pues andaban ya por Roma las Constituciones de la Sociedad Salesiana a la espera de aprobación— íbase formando el plan de comidas convenientes a la edad y a los trabajos de los nuevos religiosos. Mientras fueron sacerdotes ya formados los obreros de aquel campo, un sistema simple y rígido presidió todas las mesas. A la larga fué menester amainar.

Había sido costumbre que los viernes se tomara una taza de café por desayuno. Parecióle poco al Santo y ordenó al cocinero que a determinados jóvenes, más endebles de salud o en período de desarrollo, se les diera también leche. El cocinero, en demasía celoso de lo que suyo no era, obedeció, pero disponía todo en cantidad tan mezquina que los últimos apenas desayunaban. Tres jóvenes —cosa de la edad y el hambre— proyectaron presentarse en comisión a nuestro Padre para exponerle sus quejas, ignorantes de que él estaba ajeno a la mezquindad cocineral,

pues los viernes ni siquiera entraba en el refectorio para tomar su café, y de que era su deseo que en asuntos de comer no se escatimase nada.

Llegada la comisión hasta la puerta del Padre, decidieron que uno solo entrase; los restantes se quedaron a la escucha.

Don Bosco recibió con suma amabilidad, según era su costumbre, al diputado, que, tras los saludos rituales, espetó un monólogo, como aprendido de memoria. «Nosotros, a la verdad, aquí estamos muy contentos, pero quisiéramos que se mirase un poco más la comida. El cocinero es avaro; referente al desayuno, que es lo que me trae a usted, nos raciona el café con leche de una manera ridícula; cuando no falta para uno, falta para dos o tres... A la verdad, Don Bosco, resulta duro tener que vivir así...».

Los de afuera se miraban con espanto por la audacia del de dentro. El sacerdote escuchaba con los ojos en el suelo, como velados de pena. Pero el espanto de aquellos y la pena de nuestro Padre llegaron al colmo cuando el atrevido mozuelo concluyó con una salida brutal: «A última hora, Don Bosco, en nuestra casa no falta un buen plato de cocido...».

Oído este disparate, los de fuera huyeron presas de pánico. Don Bosco, herido profundamente en su tierno corazón, quedó de piedra, contempló al joven con los ojos humedecidos en llanto, pero no dijo palabra. El audaz se retiró confuso y arrepentido. Muy pronto se convenció de que la falta era ajena a la voluntad del Santo... Y dieron fin las protestas.

* * *

Los santos como Don Bosco delante de agravios personales no pierden la dulce calma, sostenida por una humildad sincera que es base de perfección.



65

De cómo nuestro Padre sufría con la ofensa a Dios hasta de manera hu- mana.

Era sacristán de San Francisco el clérigo Juan Cagliero que luego fué cardenal; éste, por razón de ser aquel lugar de servicio —la sacristía— el preferido por D. Bosco para confesar a sus muchachos, hacía también de asistente, matando dos pájaros de un tiro.

Cierta noche, mientras el buen sacristán, minutos antes de la cena, disponía los ornamentos para la misa de la mañana siguiente, yendo y viniendo afanoso entre los pocos penitentes que aún quedaban, por instinto filial —porque amaba tiernamente al Padre y los ojos se le iban tras de su rostro bendito— miró el grupo que formaban un niño de pocos años y el confesor, llamándole la atención el que mientras aquél hablaba, éste sin rebozo lloraba.

Cagliero, bien pensado, como tiene que ser todo cristiano, dijo para su capote: «Don Bosco llora de gozo ante los inocentes pecados de ese angelito».

Terminaron las confesiones, sonó el toque de campana para cenar: salieron todos, hasta Don Bosco y el último penitente, menos el niño, que había permanecido largos minutos ante el sagrario, y el sacristán que, viéndose a solas con él, no resistió a la fuerte tentación de curiosidad que le vino:

—Picarillo — díjole en tono festivo —, ¡qué pecados enormes confesabas a Don Bosco!

—Pero ¿cómo sabe usted?...

—Claro, si lloraba a lágrima viva... ¡Pecador, pecadorazo!

El niño rompió en deshecho llanto con el mayor desconsuelo.

—Tonto, si es broma... De sobra sé yo que tú eres un niño bueno.

—¡Un niño bueno! —recalcó entre suspiros el pequeño—. Lo era, pero ya dejé de serlo, por culpa de Fulano, que me lleva más de quince años... Es un canalla. Jamás en la vida le volveré a hablar! ¡Es un canalla! ¡Es un canalla!

El clérigo quedó espantado viendo que las lágrimas del Padre, lejos de ser de alegría, eran de pena y dolor. Animó al niño con las palabras más dulces, le dió un vasito de vino, díjole que a nadie le hablara de aquel asunto tan triste y, lleno de pesadumbre, apenas probó bocado en la cena. También él estaba herido por el dolor de su Padre.

* * *

Una vez más en la vida será bueno recordar las palabras del mejor de los amigos de las almas: *¡Ay de aquél que escandalice a un pequeño!*



66

De cómo nuestro Padre recomendaba se invocase a su alumno Domingo Savio.

Hacía casi tres años de la muerte de Domingo, pero la fama de sus virtudes crecía de modo consolador, resultante sobre todo de los favores que ya se iban divulgando como otorgados por él. De ellos es una muestra la presente florecilla.

Eduardo Donato, alumno del Oratorio, forzado por un ataque a los ojos hubo de suspender los estudios y retirarse a su aldea para vivir en inacción absoluta, lejos de toda luz que agravase su dolencia.

Pero en casa la nostalgia de Don Bosco era más dura para él que la misma enfermedad, por lo que recién empezado el nuevo curso, y habiendo cedido por otra parte el mal, regresó a Turín con la esperanza de reanudar los estudios normalmente.

Transcurridos breves días, sin embargo, el ataque retornó.

Pasaba el triste muchacho las horas de cada jornada dominado de invencible melancolía, pues era amigo de cumplir con su deber, pensando en el porvenir. Una vez en que el Padre le vió más descorazonado, sin más así le abordó:

—Eduardo, esto debe concluir. Vamos a agarrar a Domingo Savio por el copete y no le soltaremos hasta que no nos consiga del cielo tu curación.

El joven alzó la frente, ceñida por un pañuelo que le tapaba los ojos y, como si a través de la venda pudiese ver a Don Bosco, quedó erguido sin decir una palabra.

—¿Tienes fe? —le dijo el Santo— ¿Crees en Domingo Savio?

—Padre —respondió el muchacho entonces—, yo creo que Domingo Savio fué un joven muy virtuoso.

—¿Crees que podrá curarte si es voluntad del Señor?

—Creo, sí. ¿No voy a creerlo siendo usted quien me lo afirma?

—Pues a rezarle enseguida.

Allí mismo comenzaron una novena de rodillas. Apenas se levantaron, Donato sintió cierto placentero alivio al ceder los molestísimos dolores. Don Bosco, mientras se despedía de él, así le hablaba: «Lo dicho ¿eh? Domingo Savio no se escapa sin que te haya sanado. Sigue haciendo la novena; mantén-te en gracia de Dios. Yo pediré todo los días en la misa... Todo es cuestión de esperanza y de paciencia».

¡Oh poder de la oración y la fe! Donato día por día fué de tal modo mejorando que al último de la novena no le quedaba ni rastro de dolor. Sus ojos se hicieron límpidos, pudo estudiar como nunca y desde entonces no volvió a sentir molestias.

* * *

Desde entonces también, hasta los presentes días, fué creciendo el prestigio celestial del confesor más joven, colocado en los altares por la Iglesia al empuje de Don Bosco.



67

De cómo nuestro Padre dedicó al rey una carta con acentos de profeta.

Por aquellas calendas, papeles revolucionarios esparcían simiente de rebelión contra la Iglesia y el Papa. Dolor causa al alma el ojear tanta letra maldiciente que envenenaba al pueblo, Y el pueblo, el dócil pueblo, por un extraño fenómeno sigue preferiblemente al que le engaña con el cebo de sacudir su miseria.

Tristes jornadas tocó vivir a la dinastía de Saboya, ilustre por notables precedentes, que contaba en su historial hasta miembros sobre altares, y que a la sazón tenía familiares muy honrosos. El mismo Víctor Manuel naturalmente era bueno, pero débil; juguete de las sectas, firmaba duros decretos lesivos a la religión como quien ara en barbecho.

No era de extrañar que Don Bosco insistiese con fuertes al-dabonazos delante de su conciencia.

Lo pensó bien nuestro Padre; rezó e hizo rezar mucho y una noche se encerró tras la consigna de no ser interrumpido.

¿Qué hacía el Santo bajo llave? Obedecer en cumplir una misión de lo alto. Misión parecida en mucho a la misión de Jeremías ante los reyes de Judá. Estaban para caer los Estados Pontificios bajo manos detentadoras; estaba para consumarse el sacrilego despojo de la propiedad más santa; estaba para fulminarse desde Roma la más justa excomunión que los siglos escucharon... y por orden del Altísimo Don Bosco brindaba remedio.

Dejó el Santo su retiro y, llamando a los más íntimos de sus fieles operarios con Don Rua a la cabeza, les leyó, bajo precepto de conservar el sigilo, el mensaje al soberano.

Dicit Dominus; Regi nostro vita brevis... (1) Así empezaba el mensaje. Los conceptos que seguían era terribles amenazas; invitación a reaccionar mientras no faltara el tiempo; de lo contrario, más desgracias sobrevendrían a la dinastía saboyana; los derechos del Papa eran sacratísimos; había que suspender la guerra; la vida del monarca estaba sujeta a consumarse o no el impío latrocinio...

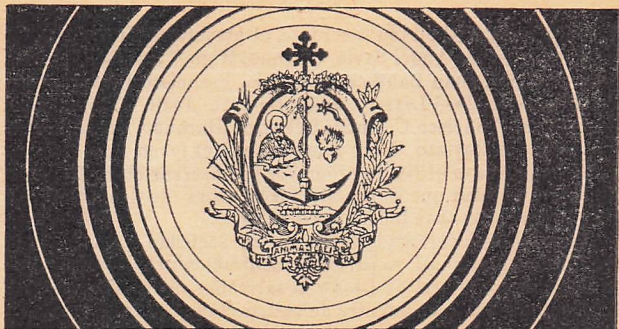
Por conductos que garantizaban el que la carta llegaría hasta las manos del rey, Don Bosco la envió a Palacio. Tras de ello quedó pensativo, pesimista, como oteando un próximo porvenir sumido en sombras. El al menos había obedecido a Dios.

Víctor Manuel, en cambio, se turbó con mensaje tan audaz cuanto preciso.

* * *

Lo que los hombres a la sazón no quisieron lo realizaron hombres buenos de nuestro siglo. El «Pacto de Letrán», firmado mientras Don Bosco subía a los altares, fué la prueba de una Iglesia católica agradecida — por medio de Pío XI, que dispuso la coincidencia de fechas — al celosísimo defensor de sus deberes sagrados, reconocidos entonces a la faz del mundo entero.

(1) *Dice el Señor. A nuestro rey, vida breve.*



68

De cómo nuestro Padre formó el primer Capítulo Superior de la Sociedad Sa- lesiana.

Fiel Don Bosco a las orientaciones de criterios tan encontrados cual lo eran el de Pío IX y el de Ratazzi —delegados, cada uno por su parte, de la voluntad divina—, congregó una asamblea que fuese célula madre de su obra providencial.

En este manojito de florecillas, que tienen la santa pretensión de no marchitarse con el correr de los siglos, es justo que se perpetúen los nombres de aquellos colaboradores «de prima hora», unidos al amantísimo Padre en los dolores de una espiritual gestación y en las esperanzas de lo que el siglo en que nosotros vivimos ha trocado en realidad venturosa.

Esos nombres aparecen en el acta de la primera reunión, que a la letra dice así:

«El año del Señor mil ochocientos ochenta y nueve, a 18 de diciembre, en este Oratorio de San Francisco de Sales, habitación del presbítero Juan Bosco, siendo las nueve de la noche,

se congregaron: El citado sacerdote, el presbítero Víctor Alasonatti, los clérigos Angel Savio, diácono, Miguel Rua, subdiácono, Juan Cagliero, Juan Bautista Francesia, Francisco Provera, Carlos Ghivarello, José Lazzero, Juan Bonetti, Juan Anfossi, Luis Marcellino, Francisco Cerrutti, Celestino Durando, Segundo Pettiva, Antonio Rovetto, César Bongiovanni, el joven Luis Chiapale, todos ellos con el fin de promover y conservar el espíritu de verdadera caridad que se necesita en la Obra de los Oratorios para la juventud abandonada y en peligro...

Plugo a los congregados erigirse en sociedad que, teniendo por mira el mutuo apoyo para la santificación propia, se proponga promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, especialmente de las más carentes de instrucción y educación...».

Después de este encabezamiento el acta dice que, invocadas las luces del Espíritu Santo, se habían elegido los miembros directivos de la naciente Sociedad. Era lógico que para Superior Mayor Don Bosco tuviera todos los votos; nuestro Padre aceptó el cargo bajo condición de que se le otorgase derecho a nombrarse su Vicario, lo que nadie le negó, por lo cual propuso a Don Alasonatti. Tras sucesivas votaciones, Don Rua quedó como Director espiritual; Don Savio, como ecónomo; Cagliero, Bonetti y Ghivarello, como consejeros.

Así fué constituido el Primer Capítulo Superior.

* * *

Ya Don Bosco no era solo. Ciertó que desde el primer momento almas generosas le ayudaron, pero iban y venían... mejor dicho, se marchaban. El desarrollo de esta célula en el mundo —lo diría mucho después Pío IX— es el milagro más grande del Fundador, que tantos milagros hizo.



69

De cómo nuestro Padre sembraba inquietudes ministeriales con los vaticinios de su almanaque.

Discípulo de la experiencia, Don Bosco adivinó la trama de intrigas nuevas, orientadas a un definitivo expolio de los Estados Pontificios por la corte de Turín. Todo quedó manifiesto bajo un estilo festivo en su Almanaque «Il Galantuomo» con esta terna de frases: «En plan de historiador os contaré el pasado. En plan de político, os hablaré del presente. En plan de profeta os descubriré el porvenir».

El porvenir se revelaba con las siguientes noticias: «Vendrá otra guerra sangrienta. Sufriremos dos terribles enfermedades. Dos personajes destacados morirán». Y hasta se rozaba con la economía nacional asegurando que el vino bajaría y el pan se pondría más caro.

Apenas el almanaque comenzó a correr de mano en mano, nuestro Padre fué llamado al Ministerio del Interior y un alto cargo del mismo le pidió cuenta de aquello. Fué coloquio curiosísimo.

—¿Usted es quien publica esto?

—Sí, yo he sido, caballero.

—¿Por qué se mete a profeta? ¿Qué entiende usted de estas cosas?

—Permítame que le diga que son temas de calendario...

—Y ¿de dónde saca los sucesos que afirma con tanto aplomo?

—¿Es que falté a la verdad?

—No se trata de eso ahora. Le pregunto cómo las sabe. Usted tiene informadores secretos.

—No sabría qué responderle, pero nadie me ha vendido ningún secreto de estado.

—Usted tiene alguna base en que apoyar sus predicciones. Le hubiera sido mejor no entrometerse en ciertos pormenores.

—¡Ah! Siendo así... Si yo lo hubiera sabido... Esté seguro de que no deseo molestar. De todos modos le repito que nadie se ha comprometido en mi favor.

—Entonces ¿va usted a hacerme creer que lee en el porvenir?

—Usted es dueño de creer lo que mejor le parezca.

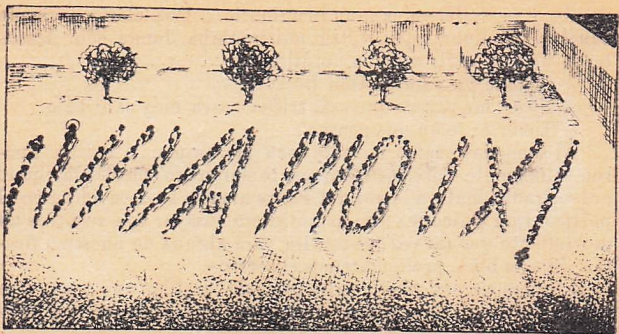
—En fin, le he llamado para avisarle que no le conviene inmiscuirse en controversias referentes al Gobierno.

—Perdón, caballero; no entiendo esas palabras. O el Gobierno me cree profeta, y entonces debe proveer al bien de la Patria con mis profecías, o me cree un farsante y entonces, que se ría de mis cosas.

Sonrió el ministerial ante salida tan franca y dió por concluido el diálogo.

* * *

Si el Piamonte hubiera creído a Don Bosco, que era en realidad profeta, habría observado lo primero de aquel dilema tan lógico: Proveer urgentemente al mayor bien de la Patria no persiguiendo a la Iglesia.



70

De cómo nuestro Padre se ingeniaba para trocar en hablador al silencio.

Llegó la tiranía a grado tal, en aquellos tristes años de persecución a la Iglesia, que era crimen de lesa patria dar vivas al angélico Pontífice. Don Bosco no se detenía en barras cuando, más que barras, eran barreras a su espíritu católico las arbitrariedades de quienes cuidaban la cosa pública con celo digno de mejor causa; y en su Oratorio se vitoreaba al Papa.

Los capitostes de diversos ministerios conocían las veredas que llevaban a Valdocco; como que por sí o por delegados suyos las tenían bien trilladas. Uno de esos delegados cierto día le llevó el veto a cuantas expansiones juveniles tuvieran el obligado «ritornello». Pesaroso quedó el Padre. ¿Cómo cerrar las gargantas de los cientos de muchachos que por él amaban con alma y vida a aquel Papa, mártir de tantas perfidias?

Enseguida halló el escape.

Bajó al patio en el estudio; con una vara fué trazando, al par que daba vueltas y vueltas, señales imperceptibles como hitos;

pasaba y repasaba un camino imaginario... Dos clérigos, viendo aquellas maniobras que el Santo disimulaba, donde sólo descubrían un ir y venir extraño, se dijeron:

—¿Qué le pasa hoy a Don Bosco?

—No sé; me parece que está triste; pasea muy cabizbajo.

—Tiene tanto en qué pensar...

Al sonar las cuatro y media tocó la campana a recreo. Fueron saliendo de clase los alumnos, tomaron su merienda con el orden tradicional y a la voz del Padre amado, se detuvieron en el pórtico. Don Bosco les dijo así: «Quiero ensayar con vosotros un movimiento que tal vez nos servirá para alguna de nuestras fiestas. Si sale bien, prolongaremos el recreo».

El ejercicio era fácil; se trataba de desfilar uno tras otro siguiendo el mismo caminar del sacerdote. Todo salió a maravilla.

Llegada la evolución a su punto culminante, el santo guía se detuvo y todos se detuvieron tras él. Los clérigos de marras, intrigados todavía, estaban subidos en la azotea paralela al pabellón; desde aquel observatorio les fué posible leer sobre el área del gran patio esta aclamación formada por centenares de cabezas juveniles: ¡VIVA PIO IX!

* * *

Para los perseguidores no eran la misma persona Papa y Pío. En su sistema diabólico Pío IX era un rey cuya sagrada soberanía tenía que fenecer. El Papa, sí... era el Vicario de Cristo; pero sin cetro de rey, ¡Oh daños irreparables del Liberalismo, que es pecado!



71

De cómo la mirada de nuestro Padre ahuyentó el sueño de un alumno.

Horas antes el asistente había encendido la lámpara de noche, que disipaba el horror de las tinieblas; los inquilinos de uno de los dormitorios de Valdocco, contestando «Deo gratias» al «Tu autem Domine, miserere nobis» del lector, se habían arropado en sus lechos lo mejor posible, porque el invierno apretaba, y hasta el mismo asistente gozaba la paz del sueño tras jornada laboriosa, cuando un joven percibió desde su cama suspiros entrecortados de otro que no dormía. Temió que se hubiera puesto enfermo, se irguió y desde su puesto descubrió qué vecino era la causa. Mirando con atención, notó que se revolvía, se alzaba, se cubría con la almohada, llegaba a morder la sábana, todo sin dejar los suspiros y hasta pronunciando palabras que el oyente no entendía.

—¿Qué te pasa, estás enfermo, Marino?

— ¡Ay! — fué la respuesta.

—Pero dime —insistió el primero—, ¿es que no te encuentras bien? ¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Que ayer Don Bosco me ha mirado.

—¡Vaya qué ocurrencia, hombre! Que Don Bosco te ha mirado. Ayer ha mirado a tantos...

—Pero a mí, de una manera especial. Conozco bien sus miradas, Casale.

—Bueno, déjalo para mañana y no llares la atención.

Bien o mal, el muchacho se contuvo y así terminó el diálogo. Pero llegada la mañana Casale se acercó al Padre y le dijo.

—Don Bosco ¿con qué intención miró ayer tarde a Marino?

—Pregúntale —contestó— qué le dice la conciencia.

Casale quedó intrigado y, no dándose por vencido, quiso Negar hasta el fin. Acercándose a Marino, le abordó:

—¿Qué te dice la conciencia?

—Pero...

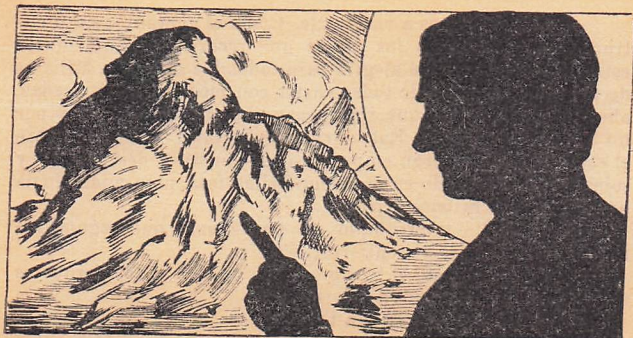
—Te lo pregunta Don Bosco. —Y le contó el motivo de aquella interpelación.

—¡Ah! —concluyó el joven, corriendo al confesonario, donde el Santo le esperaba como el buen pastor espera a la oveja descarriada.

Marino durmió a la noche siguiente sin despertar ni un segundo.

* * *

Con frecuencia nuestro Padre repetía un dicho muy popular, compendio de la más clara doctrina: «La mejor almohada es una conciencia tranquila». Para él, como para cualquier cristiano que ame a Dios, era peligroso dormir con el pecado en el alma; pues si el sueño es imagen de la muerte, con frecuencia se convierte en realidad.



72

De cómo nuestro Padre entretenía a los suyos los domingos del verano.

Es la tarde de un domingo cualquiera durante los meses de calor. Se han cantado las Vísperas, se ha recibido la Bendición tras la plática sabrosa y ejemplar, y se ha tomado la merienda. El Padre, con los primeros muchachos que corren a saludarle, acércase a una pared buscando sombra y se sienta en el mismo suelo, haciendo corro los jóvenes. Enseguida, como moscas a la miel, todos los demás acuden con prisa buscando el mejor puesto junto a él. Por lo visto va a haber cuentos. Y los cuentos de Don Bosco son un primor de expresión y contenido.

Cuando todos se han sentado, el silencio viene enseguida. Los ojos de la asamblea se clavan en la faz del narrador, que comienza:

—Amigos de Dios: Quedamos el otro día... ¿En qué quedamos, Canavesio?

—Pues quedamos —respondió el interpelado — en enterrar al gigante Gargantúa.

—Es verdad. Pues a enterrarle. Como el gigante fué tan entrometido y por todos los países que recorrió produjo tantos estragos, su muerte fué alegría para todos los mortales. Millares de personas, llegadas de todas partes con picos, palas y azadas, abrieron la sepultura que tenía cuarenta metros de honda por un kilómetro de larga. Entre gritos de victoria y danzas sobre el cadáver, todos fueron empujando al monstruo descomunal y soberbio para meterlo en la profundísima fosa, pero cuidando de que permaneciera boca arriba...

¿Y «cabió»? —interrumpió un pequeñuelo que seguía sin respirar los detalles del entierro.

—Cupo —contestó el Santo—; pero no del todo, porque se quedó fuera la nariz, que todavía se ve.

—¿Dónde? —preguntaban todos.

—Miradlo: es el Montblanc. Y señalaba la cima, toda entre nieve, del pico más alto de Europa, en los Alpes de Saboya, que desde aquel preciso lugar se destacaba, brillando con los reflejos del poniente.

Los cuentos, las historias, las leyendas y los chistes se enlazaron y salieron de aquellos labios benditos que siempre dejaban la oportuna moraleja como postre.



No es una empresa imposible emular el método de Don Bosco. Lo han seguido tantos discípulos suyos... Y siempre con éxito, porque la Gracia da palabras a quien las siembra por El.



73

De cómo nuestro Padre decía la buena- ventura a sus muchachos.

Un juego muy del agrado de pequeños y mayores en Valdocco era el de adivinanzas, a cargo de Don Bosco todas las soluciones. De manera especial se quería saber de sus labios el porvenir, el tiempo de vida que quedaba, y hasta los kilos que uno pesaría cuando llegase a la edad de treinta años. Eran momentos divertidísimos y felices, con su deje de preocupación para algunos, pues aunque el Padre siempre anticipaba la declaración de que todo era simple broma y pasatiempo, los sucesos posteriores definían que se trataba con frecuencia de verdaderas profecías.

Una tarde de domingo fueron tantos los preguntones del porvenir, que se hubo de hacer cola. Ante un corro de consultantes, rodeado de otro corro de curiosos, nuestro Padre iba diciendo la buenaventura, haciendo que el interesado le mostrase la palma de la mano. Se vivieron momentos inolvidables en días como los siguientes:

Cervino, ¿cuántos años tienes?

—Diecisiete, Don Bosco.

—Esta M de tu mano dice «Muerte». Morirás antes que se acabe el mundo.

--¡Vaya! Dígame cuántos años viviré.

—La mitad multiplicada por dos. Lo que importa es vivir bien. A ver tú, Merlo.

—Yô quiero que me diga qué seré.

Serás feliz si guardas los mandamientos. Serás un sabio si estudias. Serás un burro si rebuznas... ¿Verdad que nunca serás burro? Esta mano es de racional. ¿Y tú, Fortini?

—Don Bosco, dígame la fecha de mi muerte.

—¿Cuántos años tienes?

--Quince.

—Haz la cuenta: quince más diez, menos siete, más tres, más doce, menos diecinueve, adivina cuántos son.

—Imposible. ¿Quiere repetir despacico?

—Estas cosas son como el tiempo, que cuando pasa no vuelve.

—Pero...

—Si tú no sabes sumar ni restar, ¿cómo yo te voy a hacer cálculos? Ahora pregunto yo: Ernesto ¿que hora es? Si coincide con la mía, ganarás un queso parmesano. — Y sacaba su reloj. El joven iba y venía preguntando; la pregunta se extendió a todos los presentes, con derecho a ganar el queso quien primero respondiese con exactitud, pero nadie contestaba a plena satisfacción del preguntante. Finalmente, hecho silencio, daba el Padre la oportuna solución:

—Es la hora de amar a Dios.

* * *

Así pasaba Don Bosco largas horas entre sus hijos. Con semejantes sistemas los recreos no aburrían, la piedad se hacía amable y aumentaba la doctrina. El cronista se encarga de hacernos ver que la formación cristiana en el Oratorio excluía la mínima superstición y que su fruto era una fe sencilla y franca, hostil a todo embeleco.



74

De cómo nuestro Padre alejó una pesadilla del alma de un colegial.

Cierto día, a la hora de comer, notó Don Bosco que un alumno se mantenía arrinconado sin querer la compañía de los demás. Con un pretexto cualquiera hizo que varios muchachos se lo llevaran. No desconocía el Santo la causa de aquel aislamiento, que era una desgracia familiar, y había agotado todo el caudal de frases suyas para darle algún consuelo, pero el muchacho se mantenía cerrado. Finalmente Don Bosco, apenas le tuvo junto, acercó su boca al oído del alumno y le dijo, tan quedo que sólo él se enteró, arrancando ya la sonrisa deseada y un gesto de complacencia: «Luego, si me prometes abandonar la tristeza, haré el payaso por tí».

Corrió la grata noticia como la pólvora y aquella vez la comida duró poco, pues todos se estimulaban a terminar cuanto antes. Salidos del comedor y hecha la visita a Jesús y a la Virgen, como era santa costumbre, los muchachos estaban a la expectativa, en el preciso momento en que un respetable señor vino a

hablar con nuestro Padre. Este le atendió con maneras muy corteses y le invitó a presidir el recreo extraordinario. La función era en el pórtico.

Los muchachos se sentaron en el suelo; al señor le trajeron una silla. Se formó un cerco y aquellos que no habían sentados formaron segunda fila de pie. Todo estaba ya en su punto. Llevaba aquel caballero un elegante bastón que Don Bosco le suplicó dejárselo breves momentos. Y vino la hora; nuestro Padre se sentó también sobre las losas del pórtico y entretuvo a los presentes con juegos difficilísimos. Ya hacía saltar el bastón de la punta de un dedo a la de otro; ya lo ponía con un movimiento rápido sobre los brazos, sobre un codo, sobre otro codo, sobre pecho y sobre espaldas... hasta que vino lo mejor pues, irguiéndose de golpe, puso el bastón en sus reverendas narices y, así prolongadas éstas por arte de birlibirloque, dió varias vueltas al ruedo con las manos en jarra, entre una delirante explosión de aplausos enardecidos que le hacían sonreír lleno de felicidad, mientras con el rabillo del ojo observaba al festejado, cuya tristeza había cedido a la franca carcajada y cuyas manos aplaudían con frenesí. Era lo que el Padre buscaba, y el acto había de terminar, pero la turba pidió el «bis» repetidamente y los difíciles alardes de prestidigitación prosiguieron siempre con nuevos detalles hasta que la cruel campana tocó a estudio...

La pena de aquel muchacho no volvió a rondar sus días.

* * *

Para Don Bosco cada alumno más que número era persona. Su cerebro poderoso retenía los detalles de cada fisonomía moral. En su corazón cabían todas las almas. Era un santo educador.



75

De cómo nuestro Padre enderezaba por un discreto camino los afectos juveniles.

El clérigo Pablo Albera —que con el tiempo sería Rector Mayor salesiano— a la sazón era uno de los mejores auxiliares de Don Bosco entre los jóvenes por su índole angelical y su paciencia incansable. A su celo confiaba el Fundador los puntos más delicados de la asistencia, y el joven tan fielmente interpretaba los criterios y ofrecía soluciones, que a veces se adelantaba.

Un día, en el secreto más íntimo, nuestro Padre le indicó extremada vigilancia sobre dos buenos muchachos. «Haz el oficio de hermano, no de guardia», le recomendó.

Se trataba de un alumno, a quien las crónicas dan el epíteto de óptimo —y con ello queda dicho el más perfecto elogio del interesado, por aquello de «bonum ex integra causa»— que había simpatizado con otro de las mismas cualidades. Era tan noble amistad que todos los colegiales los tenían por modelos, buscaban su compañía, siempre grata, y algunos llegaron a compararlos con Domingo Savio.

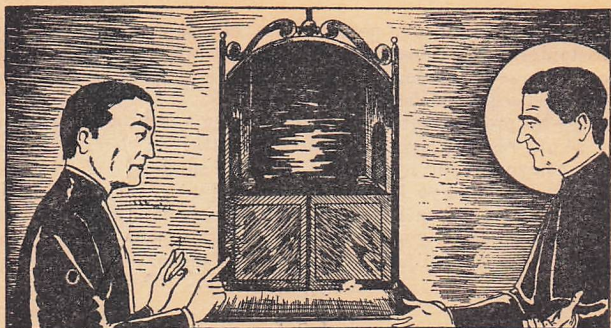
Pero la misma delicadeza de sentimientos puso en alarma a uno de ellos, que empezó a sentir escrúpulos de aquel afecto —por las mencionadas crónicas calificado de honestísimo— y se abrió del todo a Albera. Albera, después de darle certeras orientaciones por espacio de varios días, le aconsejó decírselo todo a Don Bosco y el muchacho obedeció sin dificultad alguna, pues lo estaba deseando y no sabía por dónde iniciar la cosa.

—...Y nada más —concluyó el joven, después de haber volcado su corazón en el corazón del Padre—. Ahora dígame usted qué es lo que debo hacer, porque siempre quiero ser digno de Dios.

—Hijo mío —le contestó el sacerdote—, estaba al tanto de todo y vivía un poco preocupado: pero ya no temo nada; te has abierto y eso es todo. Sigue tranquilo por consiguiente.

* * *

En Don Bosco la confianza de los alumnos con sus educadores era detalle fundamental. Por esto su fundación es sociedad clerical. Convenía para el triunfo de sus métodos, proyectados siempre al alma, que los responsables tuvieran la llave de las conciencias, esa llave que da el obispo al sacerdote cuando le unge y consagra.



76

De cómo nuestro Padre defendía ante los varones doctos su posición de penitenciario.

Un teólogo muy grave, famoso por su saber y también por sus virtudes macizas, fué testigo varias veces de la afluencia continua de adolescentes y jóvenes en torno al confesonario de Don Bosco. Ya por laudable prudencia o por no estar muy seguro sobre cuál de las dos opiniones era la más acertada — si la suya o la del Padre — puso un candado a su lengua durante unos días, hasta que finalmente inició una sencilla disputa.

— Yo en su caso, Padre mío, me abstendría de confesarlos.

— Señor teólogo, su opinión es para mí muy respetable. ¿Quisiera darme razones?

— Muy sencillo. Estos muchachos están día y noche con usted. Aquí forman una familia. Tal vez ello sea obstáculo a la sinceridad cuando se acercan al confesor.

— No comprendo, francamente.

—Mire, Padre, ¿no podría darse el caso de que algunos, y bastantes, favorecidos como están en el Oratorio por su grande caridad, se vean coaccionados moralmente por la presencia de aquel a quien deben todo y...

—No prosiga, por favor. Conozco bien a la juventud de hoy y sé qué resortes hay que tocar para entrar de lleno en todos los corazones. Por lo demás —concluyó sonriendo el Padre— habría que ver si yo les dejaría callar...

Tenía razón Don Bosco. Era voz común en el Oratorio que confesarse con él y querer ocultar pecados resultaban acciones contradictorias, porque el Santo conocía todos.

* * *

Antes de que nuestro Padre recibiese de la Iglesia el título de confesor —que supone santidad acrisolada, y se da tras de la muerte—fué confesor de por vida. Lo primero es confesarse a Dios delante de los hombres y ello se hace desde la gloria de los altares. Lo segundo es confesarse a los hombres delante de Dios y ello se hace en el santo tribunal. Son dos conceptos distintos, pero tan subordinados en nuestro Padre, que bien se puede afirmar que sus virtudes heroicas tienen raíces muy hondas en el confesonario.



77

De cómo un joven clérigo del Oratorio provocó el que nuestro Padre le quitara los escrúpulos.

Una tarde el coro de San Francisco donde, como en la sacristía, Don Bosco acostumbraba confesar, veíase asediado de penitentes, entre los cuales, pero en turno con los últimos, uno de sus auxiliares, víctima de mil escrúpulos, que le alejaban, con inmenso dolor suyo, de la sagrada comunión.

El pobre joven, pese a que todos los penitentes, impulsados por respeto y cortesía, le iban dejando lado para que se adelantase, no se decidía nunca. Allí se estaba, clavado en el reclinatorio, la cabeza entre las manos, temblequeando nervioso y como fuera de sí, hasta el punto de que ya su proceder empezaba a maravillar a cuantos le estaban próximos en espera de su vez.

El cuitado, como recurso final, sugerido tal vez por su ángel de la guarda, mantuvo este soliloquio sin desplegar los labios, contra lo que parece costumbre en almas así turbadas: «Si

Don Bosco me leyera en el corazón... Si antes que yo me confiese me llamase y me dijera que esté tranquilo... y me ordenase ir mañana a comulgar sin confesarme, ¡qué feliz me haría! Sería la mejor señal de que las cosas de mi alma caminan bien. Si esto sucediera, ya no haría caso alguno de mis inquietudes, y me curaría...».

Apenas terminó de pensar esto, siente una mano que le toca suavemente por la espalda, y oye la voz de Don Bosco que le dice al oído: «Vé mañana a comulgar sin confesarte, y está tranquilo».

El Santo volvió a sentarse.

Aquel joven se alzó lleno de alegría y se dirigió al estudio.

Desde aquella feliz hora nunca sintió más escrúpulos; con el tiempo se ordenó de sacerdote y fué celoso director de almas en la escuela salesiana.

* * *

No una vez, sino muchas, por sistema, Don Bosco daba recetas así. Frases comunes en sus labios, a diversos destinatarios dirigidas, eran éstas: «Acércate a comulgar». «Comulga, que tu conciencia está limpia». «Lo que esta mañana querías confesar no es pecado», y tantas otras. Con seguridad tan cierta en el Oratorio se podía vivir tranquilo, se podía dormir sin miedo alguno. Los de ahora, si queremos, también podemos participar de aquel carisma del Padre llevando vida interior, recogiendo nuestro espíritu...



78

De cómo no faltaban en el Oratorio quienes discutían los carismas de nuestro Padre.

Un muchacho de Biella, provincia de Vercelli, llegó a Turín para comenzar sus estudios en Valdocco. Nadie le conocía y a nadie conocía él. Antes de ingresar en el Oratorio, entró en la «Consolata» y se confesó con el primer sacerdote que halló, bajando finalmente a su destino, donde Don Alasonatti, prefecto a la sazón, le hizo los honores, aposentándole y enseñándole la casa.

Terminaba la comida y ya con algunas amistades, se mezcló entre el grupo que rodeaba a Don Bosco. Ambos se desconocían y el prefecto sirvió de enlace, tras de lo cual el nuevo intervino como antiguo en la conversación que entre los hijos y el Padre transcurría.

Se hablaba de una manera o de otra sobre algunos casos recientes de escrutación de conciencias por Don Bosco. Tema ab-

surdo pareció al joven recién llegado que, por la trazas era más desenvuelto que tímido, y sin más dió su opinión:

—Don Bosco, yo le desafío a leerme mis pecados, y le invito a publicarlos en voz alta para que todos los oigan.

Los presentes se quedaron espantados por tamaña avilantez. El Padre, calmoso y lento, sencillamente le dijo:

—Ven aquí.

Apenas le vió delante, le miró a la frente y luego le dijo unas palabras al oído. El muchacho enrojeció como grana. Volvió a mirarle Don Bosco y nuevas palabras de la misma manera. En consecuencia el otro rompió a llorar escandalosamente mientras gritaba:

—Usted es el sacerdote que me confesó esta mañana. ¡No hay derecho! No se puede revelar la confesión...

A esta salida todos los muchachos comenzaron a reir con las mayores ganas, y una lluvia de protestas confundieron al novato:

—¡No digas disparates!

—Don Bosco no ha salido de casa.

—Ni siquiera sabía que te habías confesado.

—Tú no conoces a Don Bosco.

—Esto pasa aquí todos los días.

—¡Pídele perdón, granuja!

El joven estaba asustado. Miraba al Padre, que sonreía delante de aquel plebiscito; miraba a sus compañeros, que le querían acometer, y optó por lo más conveniente: acogerse a la sotana, besar humilde aquella mano y decir ingenuamente:

—He sido un necio.

* * *

¡Cuántos creyentes, muchos por ignorancia, algunos por malicia, faltan a la consideración que el sacerdote merece. ¡Enjuiciemos con verdad, en justicia y sólo por necesidad!



79

De cómo nuestro Padre desconcertaba a escépticos y reacios.

No todos en el Oratorio admitían a pie juntillas los dones celestiales de Don Bosco; especialmente se discutía en círculos de superhombres y dotados —tipo humano abundante entre personas de estudios— el poder, tantas veces manifiesto en diversos testimonios, de penetrar las conciencias. Los hechos luego mostraban que era cosa indiscutible.

Cierto joven ya mayor, más bien tirando hacia abajo que hacia arriba con su conducta poco recomendable, se jactaba en un grupo de que el Padre no sería capaz de adivinarle sus pecados. Era en el recreo moderado de unos Ejercicios espirituales, donde se hablaba de confesiones. A la invitación que algunos le sugerían de hacer personalmente la prueba contestó con petulancia: «Sí que la haré, pero convencido de que todo son patrañas y cuentos de niños sin experiencia en la vida».

Ciertamente aquel muchacho no se hallaba bien dispuesto para recibir la gracia más inmediata que trae al alma el retiro,

la cual, según nuestro Padre, es una buena confesión; pero Dios espera al hombre en cualquier recodo del camino, y a nuestro joven le redujo para sí en el confesonario de Don Bosco.

Insolente y con escaso respeto, entre risas y palabras zahirientes entró el muchacho en la capilla y, cuando llegó su turno, se colocó de rodillas.

El caso de escepticismo tan audaz se había divulgado por todo el Oratorio y con ansia se aguardaba el desenlace. Pasaron cinco minutos, pasó media hora, llegó la espera a los cuarenta minutos. Extrañaba confesión tan prolongada, lo que allí no era frecuente, y se hacían mil conjeturas en las que —cosas de jóvenes— no quedaba bien a salvo la fama del penitente.

Por fin la cosa acabó. El muchacho salió fuera con el cabello en desorden, los ojos enrojecidos y la mirada perdida. Sus compañeros le rodearon:

—¿Y qué? —le preguntó uno.

—¡Dejadme en paz! —contestó evasivo él.

—¿Qué es lo que te ha dicho Don Bosco?

—Os ruego que me dejéis tranquilo.

—¿Eran cuentos lo que te decíamos?

—¿Eran patrañas?

—¡Cuentos! ¡Patrañas! Todo me lo ha descubierto, ¡todo! Hasta lo que yo olvidaba. ¡Todo! Dejadme solo, por favor. Es para volverse loco.

El muchacho se puso a dar vueltas como desvariado de parte a parte del patio, repitiendo el estribillo: «¡Todo, todo!».

* * *

Cada uno de los hombres en la vida tiene su hora de Damasco. Con frecuencia, muchas horas. Lo importante es reconocer los yerros sin aferrarse al amor propio, levantarse y no despreciar la gracia que sin cesar aguijonea.



80

De cómo nuestro Padre despertaba con mensajes ciertas conciencias dormidas.

Había en el Oratorio un alumno, todavía adolescente pero ya muy pecador y, lo peor, no dispuesto a convertirse. Inútiles resultaban los esfuerzos de Don Bosco y sus colaboradores para llevarle al sagrado tribunal. El «tantillus homo tantusque peccator» de San Agustín (1) se daba en aquella menudencia de muchacho, que resistía a la gracia que pasaba.

«A grandes males, grandes remedios», se dijo un día nuestro Padre, viendo las de fracasar, a lo que no estaba hecho.

Aquella vez, cuando el contumaz muchacho, terminadas las oraciones de la noche y la plática del Padre, tras de haber probado la paciencia del asistente con sus charlas y sus bromas intempestivas camino del dormitorio, se acercó al lecho, grande fué su maravilla ante un papel doblado que apareció a sus ojos apenas levantó la sábana. Lleno de curiosidad, miró la firma, nada menos que la firma de Don Bosco. Inquieto ya, leyó

el texto que decía: «Si esta noche te sucediera la desgracia de morir, ¿a dónde iría tu alma?».

El joven quedó de piedra. Convulso y agitado comenzó a dar vueltas rápidas en torno del propio lecho. Se paraba, volvía a leer el escrito, tornaba a la agitación... finalmente, como estaba, en mangas ya de camisa, salió del dormitorio, corrió al cuarto de Don Bosco, se detuvo a la puerta, atisbó por las rendijas que dejaban escapar rayos de luz, y llamó. El mismo sacerdote fué a abrir, como el pastor abre el redil a la oveja descarriada que no quería volver... y vuelve... Le esperaba.

—Don Bosco —dijo el muchacho todo excitado— ¿quisiera usted confesarme?

—De mil amores, hijo mío —respondió conmovido el Santo.

—Yo, pecador...

.

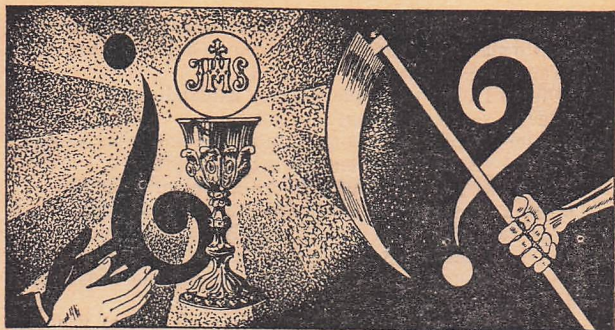
—*Ego te absolvo.*

Minutos después el muchacho regresaba al dormitorio, feliz y saltando de alegría. Durmió con la paz de nunca, bendiciendo a la divina Providencia por haberle colocado junto a un Santo como aquél que en muy contados minutos le había ordenado el alma. «Ya no me importa morirme —decía a su compañero de al lado en el dormitorio— porque estoy en gracia de Dios».

* * *

Bueno es formar un propósito después de esta florecilla: No entregarse nunca al sueño sin repetirse a uno mismo la pregunta de Don Bosco. Lo demás lo harán la gracia y la propia generosidad.

(I) Hombrecillo tan pequeño y tan grande pecador.



81

De cómo nuestro Padre anunciaba el porvenir con efectos encontrados.

Cierta señora de la aristocracia turinesa visitó a Don Bosco un día con cuatro pequeños hijos. Después de hablar unos minutos, la señora rogó al Santo que bendijese a toda la familia, especialmente a los pequeños que estaban allí presentes. Luego dijo:

—¿Qué será de cada uno el día de mañana?

—Señora, usted me hace una pregunta muy extraña —respondió tranquilo el Padre—; sólo Dios conoce lo porvenir.

—Sí, pero diga usted alguna cosa a manera de augurio.

Don Bosco, por dar gusto a la señora, fué llamando uno tras otro a los niños y con afectada solemnidad, en plan de broma iba diciendo:

—Este será un general.

—Este será un estadista notable.

—Este será un médico de nombre universal.

—Este... —Era el más joven de todos. El Santo se le quedó

fijo, mirándole con afecto. Este... —Y no se decidía a concluir.
—¿Este qué? —preguntó la dama con un deje de impaciencia.
—Temo que le desagrade saberlo...
—Dígalo Padre; ya ve que estamos hablando de broma.
—Bueno, será un excelente sacerdote.
La señora quedó aterrada durante breves momentos; enseguida reaccionó y furiosa, con energía salvaje, replicó:
—¿Sacerdote? ¡Eso jamás! Prefiero antes verle muerto.
La dama no se dió cuenta del insulto que había lanzado al venerable carácter de su interlocutor. El Santo quedó afligido y suspendió la entrevista, no sin decir a madre tan imprudente:
—Señora, usted desprecia la honra mayor que Dios hace a una familia.
—¡Ay, Padre, perdóneme! No sabe qué sinsabores vendrían a todos siendo sacerdote mi hijo.
—Adiós, señora. Sus palabras han sido recogidas en el cielo...

* * *

Pasados muy pocos días la dama entró presa de agitación en el Oratorio. El menor de los hijos se moría. Don Bosco voló a su cama y sólo pudo asistir al último suspiro del pequeño, víctima inocente de su madre...



82

De cómo la casa de nuestro Padre era puerto para náufragos de la herejía.

Entre bastantes extraviados reducidos por Don Bosco al aprisco de la verdad, nos habla la historia del Oratorio de un ministro protestante, que con frecuencia se presentaba para discutir con él.

A las primeras de cambio le atacó dicho ministro de la manera más cándida:

—La base de toda disputa, señor, es la Biblia. Sin ella no haremos nada.

—Pero ¿qué Biblia? —respondía nuestro Padre— ¿La de ustedes o la nuestra? ¿Quién ha tenido la Biblia en depósito sagrado durante tantos siglos? Ustedes han nacido ayer...

—Pero somos ya millones —replicaba el protestante—; y nos vamos extendiendo de manera arrolladora.

—Reste ceros a esos millones, amigo mío; tenga presente que a ustedes les falta unidad de credo y que cada protestante es, él solo, religión. No hay tal manera arrolladora.

—Pero la Biblia...

—Y no insista con la Biblia, por favor. Sólo la Iglesia católica, en siglos de tradición, ofrece pruebas palmarias de la autenticidad de los libros sagrados.

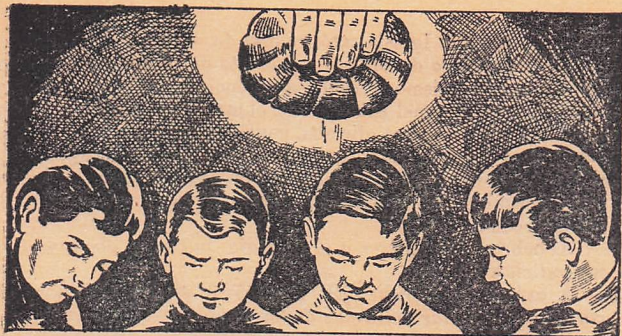
Del empaque doctrinal vino Don Bosco al lenguaje del corazón que, imitando a su ejemplar San Francisco de Sales, manejaba a maravilla.

El joven Jesús Reano rondaba por el pasillo, vigilando por temor de que, como otras veces había sucedido, el hereje pasara a vías de hecho viéndose tan malparado. Pero ignoraba el proceso de aquella conversación y, sobre todo, su desenlace; porque, extrañado de que las voces —al principio un poco fuertes, después algo amortiguadas— hubieran cedido a un alarmante silencio, empujó suavemente la puerta y retrocedió enseguida conmovido. No era la cosa para menos, pues lo que vio Reano fué a nuestro Padre sentado en su sillón y al visitante de rodillas ante él, confesándose contrito.

Y es que nadie resistía a su lenguaje de cristiana caridad.

* * *

La amabilidad de Don Bosco, su admirable paciencia en soportar agravios y malos tratos, lo sereno de su dialéctica, que tendía a convencer, nunca a humillar, y la amplitud de su menaguada bolsa que, en nombre de la divina Providencia, siempre tenía recursos para todos, vencían la dureza de muchos corazones y el orgullo de no menos cerebros, que se doblegaban a la autoridad de la Iglesia verdadera por su magisterio y por su ejemplo.



83

De cómo nuestro Padre organizó en el Oratorio la primera fiesta del titular.

Al mes siguiente de haberse constituido la Sociedad de San Francisco de Sales, que fué un diciembre ya vencido, se trataba de disponer la fiesta titular, el 29 de Enero, domingo a la sazón. Quiso Don Bosco que aquella conmemoración revistiese caracteres de máxima solemnidad, como punto de partida y precedente. Y a fe que lo consiguió.

Para que todos los actos revistiesen esplendor, mandóle la Providencia un excelente auxiliar en la persona del joven **Domingo Belmonte** que, vencido por la manera del Padre, cambió su primer propósito de ejercitarse en la música, por el de quedarse con el santo Fundador.

El acto más emotivo de la jornada fué el bautismo de cuatro adolescentes, tres protestantes y un hebreo, administrado en la iglesia del Oratorio con la pompa que Don Bosco solía dar a ceremonias de suyo tan de susadas. Con ello pensó ofrecer homenaje al gran Apóstol que, como el Santo recordaba en la plática

final, retornó a la Iglesia católica más de setenta mil herejes.

Todo bautismo de adultos —y el rito de los adultos se empleó en aquel bautismo— resulta muy emocionante; pero más emocionante resultó aquel bautismo en el marco de fiesta tan singular. Nuestro Padre, que oficiaba, ponía su alma entera en las palabras y en los gestos, de manera muy especial cuando llegó al punto de exhortar a la renuncia de los antiguos errores. Delante de él estaban los cuatro bautizados. A cada uno de ellos le conminó con la Iglesia.

Al hebreo: *Ten horror a la perfidia judaica; abandona la superstición hebrea.*

A cada uno de los herejes: *Ten horror de la heretical malicia; huye las sectas malvadas de los impíos.*

Finalmente derramó el agua de la salud mientras el modesto armonium, bajo las manos de Belmonte, desparramaba por el templo notas festivas y alegres, cerrando la solemnidad.

* * *

Entonces era Don Bosco, más que nunca, sacerdote: cuando en nombre de la Iglesia daba a las almas vigor con la gracia de los santos sacramentos.



84

De cómo nuestro Padre y su Capítulo admitieron al primer coadjutor salesiano.

Un joven muy piadoso, trabajador y ejemplar, llamado José Rossi, fué por divina voluntad el que primero ingresó en la nueva Sociedad, admitido por el Capítulo ya formado.

Se trataba de aceptarle para ensayar el sencillo reglamento que a la sazón se estilaba mientras de Roma venía la aprobación de las Constituciones.

Ante todo se invocó la asistencia del Espíritu Santo con el máximo fervor. Eran siete corazones unidos en la oración, conscientes de lo que representaban...

Dióse suma importancia a aquella primera reunión. Don Bosco, que presidía, habló durante cortos minutos a los congregados, que le escuchaban atentos y reverentes. Glosó las palabras de Isaías: *Sión es la ciudad de nuestra fortaleza; el Salvador será colocado en ella por muro y por baluarte*, para luego presentar a Santo Tomás diciendo que es difícil para el hombre cumplir los divinos mandamientos, por los que se entra en

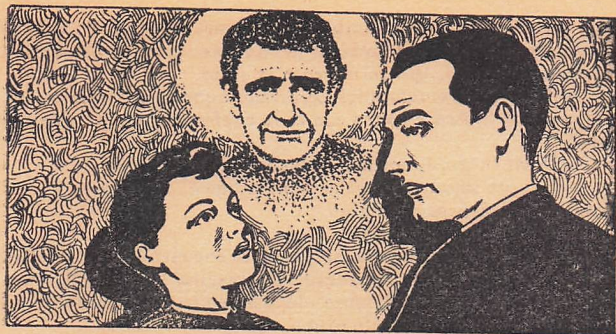
el cielo, si no se abandonan las riquezas observando los consejos evangélicos. Concluyó con San Agustín afirmando que las Reglas de la Pía Sociedad son alas con que se vuela, son ruedas con que se conduce el carro.

Aquella Sociedad, recién nacida para la Iglesia, con la votación entonces realizada, admitió al prototipo de unos religiosos que se llaman coadjutores, tan provechoso para el apostolado de la juventud menesterosa como los mismos presbíteros, salva siempre la misión sacerdotal. José Rossi fué nombrado Proveedor general de la joven Congregación para los asuntos materiales, y cumplió su ministerio con exactitud y escrúpulo.

Ya Don Bosco tenía en quién descansar para consumir su tiempo en menesteres más altos.

* * *

Esta simple florecilla quiere ser un homenaje sentido a tantos hombres beneméritos que en el campo salesiano, sin sotana y sin sacerdocio, han llevado y continúan llevando muchas almas juveniles por los caminos del bien, siempre humildes y modestos, sin pretensiones humanas, con la esperanza en el cielo que Don Bosco les promete con el trabajo y el pan...



85

De cómo un joven, acogido por la caridad de nuestro Padre, se convirtió de repente.

Como buen cazador de almas, Don Bosco muy a menudo regresaba al Oratorio ya con uno, ya con varios mozalbetes encontrados por las calles al azar. Uno de éstos, rebelde ya en demasía, tuvo la envidiable suerte de que el clérigo asistente hiciera al Señor la ofrenda de un sacrificio para traerle al redil.

Avanzaba el mes de Mayo. Cierta tarde, terminado el ejercicio de las Flores en honor de la Stma. Virgen, el muchacho le pidió una entrevista al clérigo, ignorante de la ofrenda dolorosa que por él había hecho al Señor. Paseando por el patio de recreo, como dos buenos amigos, sostuvieron este diálogo:

—Yo quisiera que usted me enseñara el modo de cambiar de vida.

—Por mi parte con mucho gusto lo haré.

—Porque verá: no sé si ha sido ilusión o aparición verdadera;

esta tarde, mientras se cantaba «Bendita sea» después de la Bendición, la Virgen desde su altar me ha extendido los brazos con ademán de cariño. Quiero merecer su amor.

—¡Magnífico, amigo mío! Lo primero que te aconsejo es que vayas a Don Bosco y hagas con él la confesión general. ¿Te parece?

—Desde luego, lo mismo pensaba yo.

—Y luego seguiremos el programa que él nos trace. Por lo pronto confesarse es el camino.

—Mañana es tarde. Hasta luego.

Sin pasar la media hora el joven se encontraba de rodillas ante el santo confesor. Seguramente resultó tarea fácil, pues Don Bosco tenía la costumbre de adelantarse al penitente en la acusación, y únicamente exigía docilidad y dolor.

Desde entonces el Oratorio adquirió un elemento valioso; el muchacho fué constante después de su conversión y era luz de buen ejemplo, especialmente sobre el punto donde antes más gravemente faltaba: el respeto a los Superiores y la compostura en el templo.

* * *

Iba llegando la hora de encontrarse nuestro santo Fundador suplido y representado por los fieles seguidores de sus huellas, multiplicándose con ello las victorias contra el mal. Así empezaba a cumplirse el deseo del Papa y hasta del mismo Ratazzi: fundar una Sociedad.



86

De cómo nuestro Padre convertía a un albañil.

Iba el Santo por las calles de Turín y, al llegar al desembocadero de Santo Domingo a Milán, se cruzó con un peón de albañil, viejo ya, que en aquel preciso momento dando un traspies iba a desplomarse con su carga de material sobre la acera, mas el Padre, con una de aquellas evoluciones que eran su especialidad, retuvo al hombre sosteniéndole de los brazos a pulso vigoroso, mientras con suma destreza evitó que el material se le viniese a él encima. El albañil, lleno de agradecimiento, así le dijo:

—Si no hubiese sido por usted, me habría caído al suelo. Gracias, Padre.

—¡Ojalá pudiera yo —le repuso el sacerdote— librarle también de caer en el infierno!

El buen hombre permaneció pensativo, sin atender a las voces de los otros albañiles que, desde lo alto de los andamios,

le pedían material. Tras unos segundos de silencio, rogó al Padre que esperase, subió arriba el cesto lleno y fué donde estaba el capataz para pedirle unos minutos de descanso, pues «tenía que resolver un asunto muy importante con el cura».

Cuando todo estuvo a punto, el albañil se reunió al sacerdote para continuar hablando:

—Padre, por eso que usted me ha dicho he visto que me puedo condenar. ¿Qué hay que hacer?

—Confesarse, amigo mío —respondió el Santo—. ¿Hace mucho de su última confesión?

—Mucho, mucho... Pero quiero confesarme. Diga cómo.

—¿Ahora o cuándo?

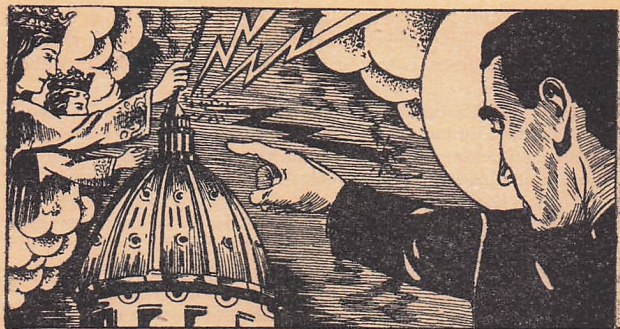
—Si es que puede ser ahora, mejor que luego. Yo no sé nada de esto.

—Venga entonces. Verá qué fácil resulta.

Don Bosco condujo al hombre hasta un rincón de la obra; se sentó él sobre un montón de ladrillos, hizo que se arrodillara... y otra vez más en la vida el buen Pastor vió llegar a su redil una oveja rescatada.

* * *

Fiel discípulo de Cristo, nuestro Padre hacía el bien por dondequiera pasaba. Todo era cuestión de sacrificar un tiempo nunca mejor empleado que en llevar a Dios las almas.



87

Decómo nuestro Padre tenía escuela formada en la devoción al Papa.

Una persona de buen corazón y de abundantes posibles, visitó el Oratorio de Valdocco y quedó maravillada contemplando el fervor con que los muchachos rezaban, y la sincera alegría con que para ellos transcurrían las horas de recreación. Tras una detenida visita a todas las dependencias de la casa, puso en manos de Don Bosco al despedirse respetable cantidad de liras para que se obsequiase espléndidamente a los muchachos con suculenta merienda.

Eran días angustiosos aquellos para la Iglesia. El Papa seguía amenazado por las sectas, que pretendían arrancarle sus dominios temporales, y toda ayuda económica de la cristiandad era poca consideradas las miserias propias y ajenas que había de remediar. Es por lo que una comisión de jóvenes se presentó en nombre de todos a Don Bosco para decirle que renunciaban gustosos a la merienda con tal que el dinero aquel se enviara al Santo Padre. No aceptaba D. Bosco el generoso sacrificio,

y se mantuvo un forcejeo que llegó a oídos de la persona donante. Esta quedó más y más maravillada del espíritu que reinaba allí y dobló su donativo, con lo cual hubo para cumplir ambos fines.

Lleno de consolación nuestro Padre redactó en nombre de los muchachos un mensaje a Pío IX, presentando aquel obsequio. Y luego, particularmente se atrevió, por la confianza que el soberano Pontífice le ofrecía, a incluir otro mensaje con tintes apocalípticos: «Estaba para caer sobre la Iglesia una grave desventura. Por los acontecimientos futuros la fe de muchos creyentes se pondría en grave riesgo. Correría la sangre de los más fieles, mas por encima de todo la Virgen Santísima preparaba un grande triunfo a la Iglesia, que ya no estaba lejano».

Los acontecimientos políticos se acumulaban; las ideas revolucionarias prendían con facilidad en el pueblo seducido; la impiedad ganaba terreno... según el plan misterioso de la adorable Providencia. Mientras tanto en un rincón del foco de rebeldía —la capital del Piamonte, oasis de espiritual bienestar,— el Oratorio de Valdocco, vivía y se alimentaba de amor a Dios y a su Vicario en la tierra.

* * *

Sólo un hombre tesorero, como lo fué nuestro Padre, era capaz de mantener en los suyos el firme arraigo a la roca donde se estrellan los grandes y los pequeños perseguidores del Papa, cuyo imperio no reconoce fronteras.



De cómo nuestro Padre conocía qué jóvenes del Oratorio tenían que morir.

Cierto día de los primeros de abril, el Santo, según testimonio de Don Ruffino, varias veces anunció: «Uno de casa morirá durante el corriente mes».

A poco era admitido el joven Alejandro Trona, obligado a dejar su casa por un amigo de la familia, que deseaba sustraerle al influjo moralmente irrespirable de un hogar carente de temor de Dios. Siete años hacía que no cumplía con Pascua y Don Bosco procuró que lo más pronto posible se pusiera en gracia.

Al día siguiente de comulgar Alejandro cayó enfermo de sarampión. Poco después la dolencia se complicaba con tífus y pareció conveniente llevarle el santo Viático y administrarle la extremaunción. El buen Padre apenas se separaba del enfermo,

que moría al día siguiente de recibir los sacramentos en la paz de las almas felices. Don Bosco le cerró los ojos...

Mientras veleba el cadáver alguien se atrevió a preguntarle cómo sabía de antemano quien tenía que morir en el Oratorio. El, tomando su palabra acento de profunda gravedad, así dijo:

—«De pronto se me aparecen varios senderos, cada uno de los cuales está recorrido por un joven. Cada sendero tiene un foso, cuál, hacia la mitad, cuál en su tercera parte, cuál casi al fin de su longitud. A veces los senderos en diferentes distancias llevan la cifra del año, del mes, del día».

Entonces Carlos Gastini se decidió a preguntarle hasta qué edad viviría. Era grande la confianza que el joven tenía con su buen Padre. Este sin más, le contestó: «Hasta los setenta años». (1)



Las profecías del Santo no alteraban en aquella vida amable el optimismo y la paz espiritual, porque todos se arreglaban para estar bien preparados, y sabían que al amparo de Don Bosco ni se vivía en pecado ni se moría en desgracia.

(1) Murió en 1901 al día siguiente de haber cumplido los sesenta y nueve. Dada la costumbre italiana de contar los años desde el momento en que empieza cada uno, Don Bosco expresó una exacta profecía.



89

De cómo sobre un departamento de tercera nuestro Padre hizo descender la gracia.

Viajaba Don Bosco rumbo a Bérgamo y en el tren se topó con el único compañero de viaje de todo el departamento, un burgués que, embaucado por la prensa anticristiana, sentía invencible fobia contra la Iglesia y el clero. Ello no obstó para que, como sucede en los viajes, entablase conversación con el único viajero disponible.

Había comprado nuestro hombre «La Opinión», periódico rabiosamente enemigo de sotanas que, desaprensivamente, ofreció al Santo.

—Gracias, amigo —le respondió nuestro Padre—, pero no leo semejantes papeles, y me sorprende que usted guste de leerlo.

—¿Y por qué?

—Es un periódico que habla mal de la religión y de sus ministros.

—Ya se sabe que, tratándose de diarios, no se puede hilar delgado.

—Lo bueno es bueno siempre; lo malo, malo.

—Pues todo el mundo lo lee.

—Despacio, amigo. Todo el mundo, no. De novecientos mil cristianos no encontrará dos millares que lean esa basura.

—Diga usted lo que quiera; muchos lo leen, luego no es malo.

—No hable así. Si muchos lo leen, muchos obran mal. Si pudiéramos abrir ahora mismo las puertas del infierno, oiríamos quejarse a muchos que se condenaron por malas lecturas.

—¿Sabe, Padre, que me da miedo? Siendo así, ¡al diablo «La Opinión», para que el diablo no me lleve a mí!

Y, uniendo el burgués la acción a la palabra, desmenuzó en mil trocitos el periódico y lo tiró por la ventana. Tras semejante acto de generosidad, la conversación fué metiéndose por temas de moralidad, desembocando a los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Tan persuasiva era siempre la palabra de nuestro Padre que allí no era posible un fracaso. Llegados a cierto punto, el hombre dijo:

—Me gustaría confesarme.

—Con alma y vida, amigo mío—, replicó el Santo más contento que unas castañuelas. Y en aquel mismo lugar, mientras el ferrocarril deberaba los kilómetros acercándose a Milán, la gracia que perdona los pecados bajó del cielo hasta las manos del bendito sacerdote.

* * *

Don Bosco era providencialista, y a cosas de la divina Providencia atribuyó el que un señor que tenía su equipaje en aquel departamento y se había retirado a otro distinto, no regresara hasta el preciso momento en que el recién convertido se limpiaba las rodillas del polvo que habían tomado.



90

De cómo nuestro Padre contaba lo que le sucedió con un obispo.

Don Bosco hizo una visita al venerable Pastor de la diócesis de Bérgamo, que reclamó su presencia de unos días para consultarle y recibir sus consuelos. Es muy curioso el relato que el buen Padre ofreció a sus hijos en torno a tan largo viaje, cuyos detalles están recogidos fielmente en las crónicas, escritas por Don Bonetti. De ellas tomamos a la letra el lance de esta simple florecilla. Es Don Bosco el mismo que habla.

«Llegados al palacio episcopal, el prelado encargó a su capellán que diese un florín al cochero... Vino la hora de cenar, pero yo no sentía apetito, aunque me encontraba bien. Como Su Ilustrísima tiene la santa costumbre de rezar el rosario antes de irse a acostar, quise rezarlo con él. Para ir más cómodamente a su oratorio se debía atravesar un corredor; a cierto punto dí tal golpe con mi cabeza en la pared que de primera intención pensé que me la había roto.

—Tenga cuidado —me dijo— que el paso es muy estrecho por aquí.

—Sí —le repliqué—, Ilustrísimo Señor, me he dado cuenta, pero tarde.

Monseñor llevaba en su mano la palinatoria y me puse más a su lado para ver mejor. Andando, andando, llegamos a un recodo que tenía dos escalones descendentes. Como el Prelado no se acordó de avisarme, di un traspiés, tropecé con Su Ilustrísima que por poco mide el suelo, y rodé delante de él.

—¿Qué está haciendo? -- me preguntó — ¿No teme caer en excomunión, chocando con un obispo tan aparatosamente?

—En ese caso, señor, caeríamos los dos juntos, como acaba de suceder, porque el golpe nos lo hemos dado mutuamente.

—Entonces —concluyó él— mutuamente nos levantamos la censura.

Reímos a más y mejor, aunque yo sentía fuerte dolor de cabeza y no leve molestia en la rodilla del golpe con el escalón. Rezamos el santo rosario y Su Ilustrísima en persona me acompañó hasta la alcoba que me habían destinado. Era una cámara regia; la cama parecía un trono real. Yo dije al Sr. Obispo:

—Monseñor, ¿No habría otro lecho para dormir?

—No, Don Bosco —respondió—. Si lo tuviera mejor se lo habría reservado.

—No digo eso, Monseñor. ¿Dónde está el cuarto de la ropasucia? Yo no puedo dormir en esta cama, y no duermo.

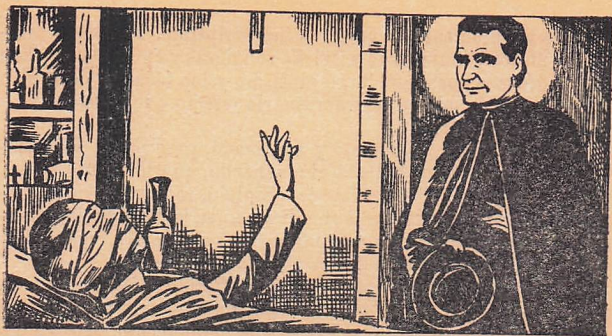
—Dejemos bromas a un lado. Usted está bajo mi jurisdicción y le mando en virtud de santa obediencia que use esta habitación.

—Siendo así —le dije para concluir la broma—, me resigno y ésta es mi cama.

Nos dimos las buenas noches y ¡a dormir, hasta mañana!

* * *

De este modo son los santos como Don Bosco; así seríamos nosotros si fuéramos santos como él



91

De cómo la presencia de nuestro Padre bastó para que un herido mudo se pudiera confesar.

Cierto pobre joven, antiguo oratoriano, yacía en el hospital Cottolengo, donde había sido llevado a causa del hundimiento de un edificio en construcción, de cuyas obras era peón albañil.

Había pasado desde la catástrofe una semana, durante la cual el herido no habló. Miraba a quien le dirigía la palabra, no apartaba los ojos de él, pero nadie conseguía que aquella lengua arrancase. Seguramente se había quedado mudo por la impresión o por algún trauma en regiones principales de su cuerpo.

Mucho se apenó Don Bosco al enterarse de la desgracia, y enseguida quiso visitar al joven, pero no pudo tan pronto, y transcurridos siete días, hizo un esfuerzo y fué a verle.

Estaba el herido sobre el lecho, boca arriba, toda la cabeza vendada, aunque descubiertos los ojos, de manera que, apenas el Padre se destacó bajo el marco de la puerta, dió un grito para decir: «¡Don Bosco! ¡Don Bosco!».

Fué un momento de emoción indescriptible. Médicos y sanitarios, mozos y mujeres de servicio, religiosas y enfermos estaban intrigadísimos por aquel largo mutismo y los técnicos no sabían explicárselo; de ahí el extraordinario efecto que causaron los gritos inesperados.

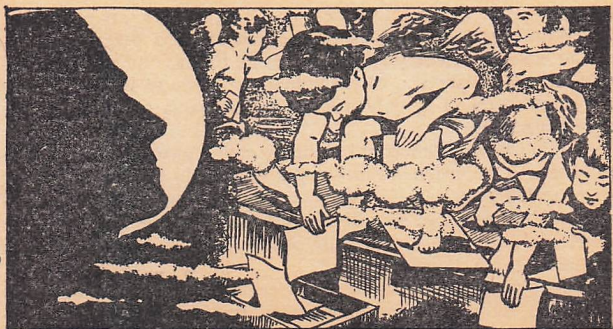
Nuestro Padre, saludando y sonriendo, pasó por la sala hasta el rincón donde se hallaba el muchacho, que le expuso su deseo de confesarse. El sacerdote le absolvió, rezó con él a la Virgen, se entretuvo varios minutos junto a su lecho y le dejó momentáneamente para que cumpliera la penitencia, recorriendo mientras tanto las camas de los demás asistidos.

La Hermana se acercó entonces al herido ofreciéndole un cordial —del que aquél tomó varias gotas —pero no logró arrancarle una palabra; de nuevo había enmudecido. Enseguida, con la experiencia que da el trato repetido, notó que se hallaba en la agonía y llamó a Don Bosco por señas. El tiempo que transcurrió en salvar los pocos metros de distancia fué aprovechado por la muerte para llevarse una presa que, por disposición providencial, se resistió algunos días hasta ser vencido en gracia.

Los circunstantes quedaron sobrecogidos en el ambiente sobrenatural que parecía rodearlos. Los enfermos aprovecharon la ocasión y todos se confesaron.

* * *

Don Bosco en todos sus pasos era guiado por Dios y él se dejaba conducir; por eso nunca falló. Los que fallaban eran los hombres de mala voluntad y escasa vista que no querían reconocer su misión providencial de mensajero divino. Pocos hombres, por fortuna; los necesarios para servir de sombra a su figura todo luz.



92

De cómo nuestro Padre fué prevenido en un sueño a retirar documentos de- licados.

Cierto día se divulgaron por el Oratorio rumores de que el Gobierno preparaba un registro a las cosas de Don Bosco, sospechando que tuviese escritos del Papa y del arzobispo Fransoni, con los cuales se decía que intrigaba contra el poder constituido. Los escritos existían, pero todos tan dignos y tan exentos de arterias de bajo fondo político, que nuestro Padre no echó cuenta para retirarlos de la posible requisa gubernamental.

Fuese porque su cerebro trabajara con semejantes ideas o porque la Providencia le quiso avisar así —y esto parece lo más probable—, aquella noche soñó. El mismo lo va a contar:

«Parecióme contemplar una turba de malandrines que invadieron mi despacho, se apoderaron de mí, registraron hasta el último cajón y se llevaron consigo todo papel manuscrito. Uno de aquellos, con benévolo ademán, me dijo: «¿Por qué no quitó

del medio éste y aquel documento? ¿Le agradaría que se encontrase la tal carta del arzobispo, lo que acarrearía perjuicios tanto a él como a usted? ¿Y tales cartas de Roma, que casi tiene olvidadas? ¿Y las otras?... Si las hubiera retirado se vería libre de molestias ahora (Y mientras hablaba, me hacía ver el lugar de aquellos papeles).

Venida la mañana, conté el sueño como pura fantasía; ello no obstante, he ordenado mis cosas, separando ciertos documentos confidenciales totalmente ajenos a política pero que, siendo normas del Papa y el arzobispo sobre el modo de regularse los clérigos en dudas y casos de conciencia, su posesión podía estimarse como delito».

Pocas horas más tarde de aquel escrutinio propio en el despacho del Santo, llamaba la policía a las puertas del Oratorio y procedía al registro ignominioso de que nos habla la historia. Don Bosco sonreía sin perder la calma; y lo que más le admiró fué que los sabuesos humanos se fueron directamente a los puntos donde durante largos días se mantuvieron archivados los papeles previamente recogidos, según la orientación del sueño.

* * *

Es natural que nada pueda la malicia de los hombres contra los planes de Dios. No convenía que en aquellos tristes días el Oratorio se clausurase ni Don Bosco fuera reducido a prisión; por eso sufrieron quiebras las intrigas de la sectas, que eran quienes removían indagaciones, registros y persecuciones bajo capa de amor al orden y a la utilidad del pueblo.



93

De cómo nuestro Padre mantuvo sus derechos ciudadanos delante de la policía.

El Gobierno perseguidor de la Iglesia veía gigantes, como Don Quijote, donde sólo había molinos, y un mal día el Oratorio se vió copado por docenas de corchetes, escolta de tres señores, encargados, por las trazas, de practicar allí una visita domiciliaria.

Tras las primeras palabras, el Padre se metió en materia:
—Pero ¿ustedes quiénes son?

—Grasso, Tua y Grasselli, jurídicos del estado, responsables de la seguridad pública, representantes del Fisco— dijo el primero, mientras señalaba a los nombrados.

—Muy señores míos. ¿Tienen algún documento como prescribe la ley?

—No.

—Y entonces ¿quién les autoriza a hacerme esta visita domiciliaria?

—Las autoridades no tienen necesidad de ser autorizadas
—Perdón señores. Les creo personas dignas, pero me podría engañar. Hasta que no vea un mandamiento firmado no les permito proceder.

—Pues ¿cómo? ¿Resiste a la autoridad?

—Soy un súbdito fiel; respeto a la autoridad y la hago respetar, pero no tolero abusos.

—Nada de abusos. ¿Nos obliga usted a emplear la fuerza?

—Ya se librarán dentro de mi casa. El Estatuto garantiza la inviolabilidad del domicilio a los ciudadanos pacíficos; cualquier acto de violencia lo estimaría como allanamiento de morada y presentaría la denuncia contra ustedes.

El jefe de la comisión, para atemorizar a Don Bosco, llamó a varios guardias y luego, con tono imperativo le interpelló:

—¿Nos guía, sí o no, a su despacho?

—Cuando se cumpla lo que he dicho. Y guárdense bien de llegar a vías de hecho, como pretende ese honrado policía que se dispone a apresarme, porque al mínimo gesto comenzaré a gritar «¡Ladrones, ladrones!», mandaré tocar a rebato, pediré auxilio a mis jóvenes y a los vecinos y entonces les costará caro...

Comisionados y guardias depusieron pretensiones ante la postura del Santo, se retiraron del Oratorio entre las miradas hostiles de los muchachos, que ya estaban prevenidos para defender los derechos de su Padre como fuera, y devolvieron la calma a aquel refugio de paz, al menos, por el momento.

* * *

Don Bosco es modelo en todo. Hasta en mantenerse tieso contra el abuso y la fuerza, porque no se defendía a sí mismo, sino tantos intereses de centenares de almas, y de bocas; almas, bocas de hijos suyos.



94

De cómo nuestro Padre se divertía a expensas de unos ministriles.

Como el celo de quien tutela la cosa pública para medrar y crecer es terco como las moscas, que retornan una vez y veinte veces a una calva venerable, el delegado del Gobierno con su mesnada, previa la presentación de mandamiento oficial, procedió a registrar el Oratorio.

Todas las cosas en orden, habiéndose aprovechado la dilación para esconder material de suyo innocuo, pero posiblemente dañoso por la torpe interpretación que se le diese, Don Bosco dejó mirar cuanto el fisco pretendió. Tras de hurgar inútilmente por espacio de dos horas, revolviendo como fieras, llegaron a una cómoda cuyos cajones estaban abiertos menos el primero.

—¿Qué hay aquí dentro?— preguntó Grasso, delegado de Seguridad Pública.

—Papeles secretos. Deseo que nadie los examine— respondió sereno el Padre.

—¡Nada de cosas secretas! ¡Abrasel!

—No, de ninguna manera. Cada uno tiene derecho a ocultar cuantos documentos puedan servirle de infamia o deshonor. Os ruego que respetéis los secretos de familia.

—¡Qué secretos ni ocho cuartos! Abra usted o rompemos el cajón.

—Cedo a la fuerza, señores...

Don Bosco tomó el manojo de llaves, escogió una, abrió con ella el cajón y se lo dejó al arbitrio de aquella gente que se tiraron a ver como buitres al cadáver. El se apartó silencioso. Los fieros inquisidores, seguros de haber llegado al fondo de sus afanes, pusieron los ojos en un bloque de legajos que Tua, representante fiscal, declaró enseguida suyos. Desata la cinta que aprisiona los papeles, abre y extiende el primero, y el segundo —diez o doce— y los superpone en orden con cierto placer mal-sano; toma uno —mientras los otros señores, conteniendo la respiración, se disponen a gozar de aquella fruta prohibida y el escribano se sienta para tomar oportunas notas— y lee, pausado, grave, solemne:

—Don Juan Bosco, por el pan suministrado a cargo del tahonero Magra, debe siete mil ochocientas liras.

—Bueno... eso no interesa al fisco— interrumpe el delegado. Otro.

—Don Juan Bosco, por la suela servida a su taller de Zapatería, debe dos mil ciento cincuenta liras.

—Pero ¿qué engaños son éstos?— grita al Santo el delegado

—Continúen y lo sabrán—respondo calmoso aquél.

Sale otra hoja, y otra, y otra... y se llenan de rubor viendo que sólo se trata de deudas de aceite, arroz, fideos y diversos comestibles, todos aún sin pagar.

—Usted se burla de nosotros— rugió Grasso.

—No me burlo. Deseaba que mis trampas permaneciesen ocultas; ustedes se han empeñado en conocerlas. Siquiera páguenme algunas... Al menos háblenle de mis apuros al Ministro..

* * *

Quien tenga las cuentas claras en su conciencia, podrá hacer como Don Bosco ante la justicia humana.



De cómo nuestro Padre, en sus trances con la justicia civil, esgrimió recursos lógicos.

El fisco gubernativo, a pesar de que ningún documento hallaba en la casa de Don Bosco que pudiera darle luz para descubrir la trama de conspiraciones contra el poder constituido entre el Papa, el arzobispo, los jesuitas y el Santo, no dió su brazo a torcer; proseguía molestando y privaba al sacerdote de sus horas preciosísimas, siempre escasas para el bien.

Nuestro Padre, sin embargo, se mantenía sereno, respetuoso, sin desaprovechar la mínima contingencia que le permitiera cumplir como sacerdote.

Un inquisidor de aquellos tres mandados por el Gobierno — Grasso, Tua y Grassi — daba, hurgando entre papeles, con un escrito que al punto decomisó gritando con aire triunfal:

— ¡Esto vale un Potosí!

— Lea — le dijo Grasso.

—Es un pregón clerical. Seguramente el resumen de una asamblea secreta para destronar al rey.

—Lea sin más— repitió impaciente el otro.

Oigan: *En todos, los tiempos, cuando se quiso perseguir la religión, se empezó por sus ministros.*

—«Marco Aurelio» —completó Tua—. ¿Quién es este Marco Aurelio? No me suena entre los conspiradores cuya lista poseemos.

—Es menester detenerle— concluyó un agente que hasta entonces había estado callado.

—Señores, si me permiten —les interrumpió Don Bosco— le podré dar una pista sobre el autor de eso frase.

—Hable, hable, desde luego.

—Marco Aurelio fué un emperador romano. Vivió en el siglo II de nuestra era. Prohibió nuevas religiones y persiguió a los cristianos. Fué un filósofo estoico.. Mas ¿para qué abrumarles ahora que están cansados? Tomen este volumen que contiene su obra «Meditaciones» y por él sabrán quién es.

—¿Podremos ver en sus páginas qué clase de persona era?

—Desde luego: y hallarán que Marco Aurelio ordenaba hacer registros en la casa de los cristianos buscando pruebas con las cuales condenarlos.

-- Es oportuno... —murmuró Tua.

—Es de actualidad— repuso Graselli.

—Mucho más de lo que piensan— concluyó sonriendo el Santo.

* * *

La ignorancia es atrevida, decimos ahora nosotros para completar el cuadro. Hombres de carrera mostraban tal ignorancia en cosas de religión. Igual sucede en nuestros días. ¡Y son gentes bautizadas!



De cómo un joven perdió momentáneamente la razón creyendo encarcelado a nuestro Padre.

El tesón con que en privado y en público defendía Don Bosco al Papa, la santa audacia que ponía en burlar leyes injustas y, sobre todo, la eficacia de su labor entre las masas del pueblo, insinuaron en las sectas, y las sectas en el gobierno, la conveniencia de encarcelarlo. Y tanto cundió la idea y tal resultado obtuvo que una mañana del florido mes de mayo el periódico «La Perseverancia» publicó la gran noticia en caracteres cubitales: «Don Bosco, en la cárcel del Senado»,

Gastini, aquel famoso Gastini, cuya garganta encerraba toda el Arca de Noé, como festivamente nos lo declaran los cronistas —expresando con tal frase su arte para imitar la voz de todos los animales— trabajaba con algunos compañeros fuera del Oratorio, pero comía, moraba y dormía en él. La mañana de autos, después de haber comulgado, desayunó, salió fuera y ya

en su taller se hallaba entregado a la faena correspondiente cuando uno de los aprendices, por hallarse junto a la puerta, tomó el diario que en aquel preciso instante el repartidor llevaba y lo hojeó por encima, topando pronto con la noticia.

—Tu Don Bosco está en la cárcel —dijo a Gastini apenas leyó un momento.

A Gastini se le cayeron las herramientas, se puso densamente pálido y murmuró con angustia:

—¿Que has dicho?

—¡Que Don Bosco está en la cárcel! —respondió el otro elevando su voz como si hablara a sordos, mientras daba el periódico al muchacho.

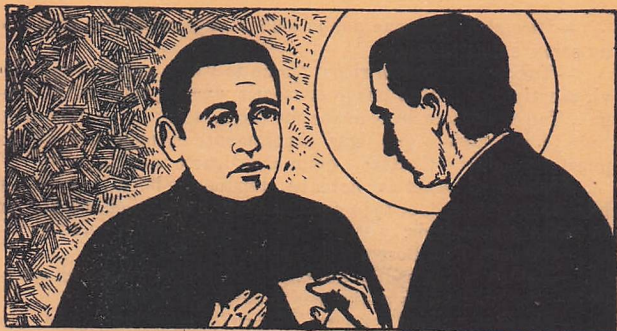
Gastini leyó, tuvo que apoyarse para no caer redondo, tiró la herramienta al suelo, abandonó su taller y emprendió una carrera de loco por las calles, entre el susto y la sorpresa de los transeuntes, llegando al Oratorio sin aliento. Ya en él, sus ojos casi fuera de las órbitas —como lo que estaba, demente— miraron y remiraron, entró en el patio, vió en los pórticos un grupo, se acercó poniendo espanto y preguntó con la vista en el vacío:

—¡Don Bosco! ¿Dónde esta Don Bosco?

Don Bosco estaba allí, pero el joven no lo veía. Sus compañeros se lo mostraron y él no le reconoció. Mientras tanto la pregunta angustiosa no se desprendía de sus labios: «¿Dónde está Don Bosco?» Fué menester que dos de los más fuertes le tomaran por los brazos, mientras otro por detrás, poniéndole sus manos en los flancos de la cara, como pantallas para enderezar la vista, le obligó a fijarse en él, que sonreía al muchacho. Este se le quedó mirando durante algunos segundos, por fin le reconoció, rompió en llanto, echóse a sus brazos, estrechándole con ímpetu nervioso, como quien defiende algo que teme puedan robarle, y gritó: «¡Don Bosco! Pero ¿es usted?»

* * *

No corresponde revelar aquí el por qué fracasó lo de la cárcel. Bástenos la contemplación de esa locura fugaz para saber cómo eran de agradecidos al buen Padre los muchachos de alma noble, aunque de apariencias toscas.



97

De cómo los necesitados tenían siempre reservas en el bolsillo de nuestro Padre.

Cierto estudiante de Filosofía, que aspiraba al sacerdocio bajo la guía segura de Don Bosco, tuvo que ausentarse del Oratorio una temporada para restaurar en su aldea montañesa la salud, bastante debilitada.

Hechos los preparativos y después de haber estado largo tiempo en la capilla —pues era muy piadoso y formal— subió a despedirse del Padre. Lo primero que éste hizo fué preguntarle:

—¿Tienes ya el dinero del viaje?

—Sí, señor —contestó el joven—. Ya me lo ha dado el Prefecto.

—¿No llevas más que lo preciso para él?

—Nada más.

—¿Qué tiempo has de estar en casa?

—Dice el médico que por lo menos dos meses, pero creo que no serán suficientes...

—Tus padres no son ricos; ¿cómo te vas a arreglar para vivir ese tiempo? Yo no puedo consentir que les resultes de carga... Toma. Cuando se te acabe me escribes para mandarte más. Sólo te recomiendo que sigas exactamente el plan que te ha puesto el médico. Cuidate y evita el fatigarte mucho...

Mientras el Santo así hablaba, tendía un buen puñado de billetes al joven que, todo conmovido y besando su mano, no acertaba sino a decir:

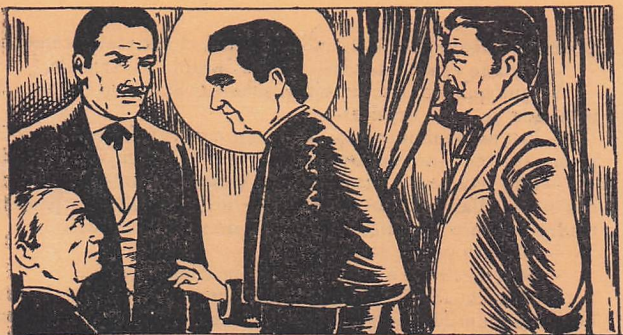
—Gracias, Don Bosco, mil gracias.

—Saluda a tus padres de parte mía —continuaba el sacerdote—; todos los días pediré por ti en la santa misa.

—Gracias, gracias —repetía el viajero mientras bajaba por la escalera, con el dolor de separarse de aquel santazo.

* * *

¡Bendito Padre Don Bosco! Su caridad recreaba el espíritu, apacentaba el alma, nutría y restauraba el cuerpo de tal manera que se le pueden atribuir las palabras de los Proverbios: *El corazón del hombre sabio presta doctrina a su boca y unge de gracia sus labios. Panal de miel son sus palabras, y dulzura del alma, y medicina de los huesos.*



De cómo nuestro Padre defendía a los suyos con braveza.

Cierta mañana de junio tres señores del Gobierno, escoltados por una escuadra de polizontes, llegaron hasta Valdocco.

Fuese porque quisieran aprovecharse de la ausencia de Don Bosco, que había salido, o porque no se les cocía el pan a los de las sectas por la prisa de empapelar al Oratorio, iniciaron las pesquisas sin intervenir el Padre.

El bondadoso Prefecto, Don Víctor Alasonatti, hombre anciano y lleno de timidez, debió hacerles los honores.

El primero de los tres, un tal señor Malusardi, le exigió sin más:

—Enseñe el libro de cuentas.

—Véanlos —dijo Don Alasonatti, que todo lo tenía en orden, hasta el mínimo detalle —: éste es el registro general, con los datos del alumno; éste otro es el diario; en éste de aquí se consignan las condiciones de admisión de cada uno.

Aquellos señores toman en sus manos los libros, lo hojean

de arriba a abajo y, tras algunos minutos, el secretario comenta:

— Pero de esta contabilidad no es posible sacar nada.

Y ¿qué quieren que les haga, señores? Si tienen un poco de paciencia yo se lo explicaré.

— Eso es, explíquenoslo, pero con pocas palabras. Díganos primeramente qué número de acogidos existe en este edificio.

— Hay setecientos externos, más trescientos internos, divididos en estudiantes y artesanos. De ellos, cuarenta sin padre ni madre y ciento ventisiete, huérfanos de padre o madre.

— ¿Cuánto pagan de pensión?

— Sólo diecisiete alumnos pagan pensión regular...

Así continuaba el diálogo, respondiendo el santo hombre con docilidad humilde, preguntando los intrusos con descaro, hasta que el ruin Malusardi, tomándole por un brazo, le sacudió con violencia, mientras decía:

— Usted nos está engañando...

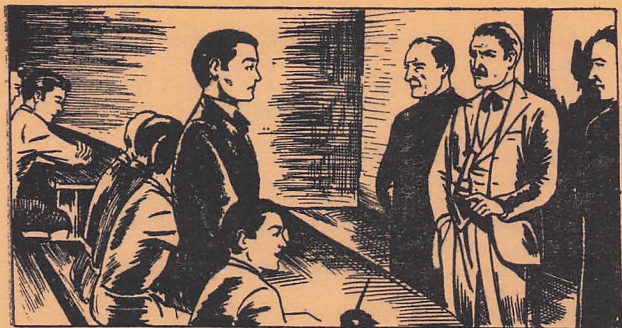
Ante trato tan villano, Don Alasonatti sintió faltarle las fuerzas y cayó desvanecido. En aquel crítico instante Don Bosco entraba y, viendo en tan lastimoso estado a su fidelísimo colaborador, sintió muy hondo pesar; le tomó de la mano, le llamó por su nombre. Don Alasonatti, oyendo la voz querida, dió señales de volver en sí y con desmayado acento, susurró: «Don Bosco, ayúdeme...»

Nuestro Padre, vuelto a aquellos malos caballeros, les reprendió con energía su proceder, el abuso de un pobre anciano, el allanamiento inicuo de morada; llamóles verdugos más que jueces, opresores de ciudadanos pacíficos más que defensores de la ley. «Protestaré ante los ministros, ante el mismo rey...», terminó el Santo.

Los hombres dieron toda clase de explicaciones y se retiraron con su tropa.

* * *

La verdad es una, y nuestro Padre la defendía sin miramientos, máxime cuando, como ahora, la defensa era obligada por razones de caridad.



99

De cómo la prudencia de nuestro Padre se reflejaba en sus alumnos.

Malusardi, Gatti y Petitti, los tres delegados del Gobierno terne que terne en buscar cotufas en el golfo, exigieron un examen de ideas a sus alumnos para constatarlas con las vigentes del Estado, sectarias y hostiles a la Iglesia. El Santo facilitó la entrevista y héteos a los inquisidores ante una clase, lanzando preguntas capciosas que el Espíritu Santo, por los ruegos de Don Bosco y las bocas de los niños, contestaba:

—¿No te parece mejor el gobierno absoluto que el constitucional?

—Cualquier forma de gobierno es buena si el que gobierna lo es.

—¿Verdad que Bruto hizo bien matando a Julio César, opresor de la libertad?

—Hizo mal, porque el súbdito nunca debe rebelarse contra su soberano, y menos quitarle la vida.

—¿Conoces al rey?

—Jamás lo he visto, pero sé que Víctor Manuel es nuestro monarca.

—Monarca perverso que persigue a la Iglesia, ¿verdad?

—Esta materia no pertenece al programa del presente curso, y no sé qué responder.

—¿Con quién te confiesas?

—Con Don Bosco.

—¿Que te dice en el confesonario?

—Las cosas de confesión no se deben repetir fuera. Si usted desea saberlas, confiese con él y quedará contento.

—¿No te enseña que son criminales los que usurpan el poder temporal del Papa?

—Esas cosas no son propias de la confesión.

—Pero ¿no son pecados?

—Si son pecados o no, allá los culpables. Como yo no hago nada de eso, no estoy obligado a confesarme de ello.

No era posible coger en renuncio alguno a nadie. Parecía como si todos hubieran tenido ensayos para responder adecuadamente a un examen de tal categoría.

Los gubernamentales fracasados, abusando de un poder que no tenían, curiosearon todo, hasta las ollas de la cocina. Don Bosco les toleraba mientras no se atacara a la verdad ni al derecho. Gatti, pasando por el corredor, vió una loseta recién adosada al suelo, sospechó y dió varios puntapiés por si sonaba a vacío. Abriendo un armario, escaparon dos ratoncillos, lo que hizo reír a Don Bosco, que llamó al delegado «espanta-ratones». Viendo éste una gruesa tinaja, sospechó que estuviera llena de armas... ¡Puerilidades de gente que por su cargo debiera ser gente grave!

La última pregunta a un joven fué un homenaje al Pontífice:

—¿Verdad que Don Bosco dice que el Papa es santo?

—Dice que se llama Padre Santo; yo creo que es santo, porque es muy bueno y es el Vicario de Jesucristo.

* * *

Unido como estaba nuestro Fundador a la Iglesia, por cuya causa sufría persecución, participaba de su inquebrantable resistencia y no se le tomaría a jactancia el que dijese, si lo dijo, «*Non praevalerunt... contra mí*».



100

De cómo el «Alter ego» de nuestro Padre celebró su primera misa.

Miguel Rua, el incondicional y fidelísimo secretario de Don Bosco, estaba ordenado de sacerdote. Circunstancias especiales habían hecho intervenir personalmente a Pío IX, que con rescripto firmado por su augusta mano, le dispensaba la edad canónica. Era la primera misa nueva de un sacerdote en el Oratorio y nuestro Padre quiso que se celebrara con esplendidez insuperable.

Muy de mañana un entusiasmo febril dominaba a los muchachos que se deshacían por demostrar al misacantano los purísimos afectos de sus corazones nobles. La pobreza dominante no permitía obsequios de alto valor humano, pero los ramos de flores que pequeños y mayores le ofrecían fueron claro testimonio de su buena voluntad.

La misa resultó solemnísimas. Don Bosco intervino como Presbítero asistente, lleno de viva emoción, recordando tantas cosas... Muy cerca de su hijo, la madre, saboreando dulcísimas emocio-

nes, mientras su padre y sus tres hermanos difuntos no faltarían en espíritu. Los condes de Maistre fueron los padrinos.

Los cantores se superaban bajo la diestra batuta del clérigo Domingo Belmonte. El «Te Deum» y el besamanos resultaron emotivos en extremo. La comida tuvo sus extraordinarios, gracias a unos bienhechores generosos. Todo el día fué un continuo gritar «¡Viva Don Rua!», que se esforzaba por retornar al amantísimo Padre aquellas demostraciones.

Por la tarde se celebró una velada-homenaje al sacerdocio. Espantará a un lector de nuestros días enterarse de que se leyeron ventisiete composiciones, lo que se explica recordando aquel ambiente en que las cosas y los trabajos iban sin prisas, pues se gozaba del tiempo. Allí Cagliero se ocupó del piano, el clérigo Francesia dedicó a su compañero una poesía rezumando petrarquismo, y Vaschetti leía conceptos, aunque barrocos, que bien pueden estimarse como temas del septenario que pronto los sacerdotes predicarán al hoy Venerable:

T De sacerdotes, modelo;
U de clérigos, maestro;
de estudiantes, orientador;
E de artistas, guía;
R de enfermos, alivio;
E de afligidos, consuelo;
S de todos, alegría.

Bien mereció el novel sacerdote tales muestras de adhesión. Don Rua regía gran parte de la marcha del Oratorio con su firmeza de carácter. En él las más elevadas dotes se unían a una profunda humildad. Su espíritu era el más recto y práctico que podría darse; Don Bosco descansaba en él. Fué nuestro Padre quien caló hasta el fondo el inmenso valer espiritual de su vicario cuando dijo en ocasión solemne: «Don Miguel podría hacer milagros si quisiera».

* * *

Quien pone su cuidado en Dios, por muchos que sean sus afanes y por escaso que le resulte el tiempo, hallará colaboradores dignos en hombres de voluntad, como Don Bosco en Don Rua.

INDICE

	<u>Página</u>
De cómo un Papa desterrado fué socorrido por los pilluelos de nuestro Padre	9
De cómo nuestro Padre se mostraba siempre el mismo con sus amigos de joven	11
De cómo anunció nuestro Padre que su alumno Juan Cagliero no moría de una grave enfermedad.	13
De cómo nuestro Padre y su Discípulo predilecto mantuvieron sobre la tierra el último coloquio	15
De cómo nuestro Padre arrebatava víctimas juveniles a las sectas	17
De cómo los talaros de nuestro Padre no respondieron un día a las ordenanzas canónicas	19
De cómo nuestro Padre, vidente del porvenir, anunciava funerales en la corte.	21
De cómo nuestro Padre alguna vez imitaba el adorable rigor de Jesucristo contra los mercachifles del templo	23
De cómo, por ahorrarse unos cordones, se ataba sus zapatos nuestro Padre con algo que no lo eran.	25
De cómo nuestro Padre orientaba la vocación sacerdotal en sus jóvenes alumnos	27
De cómo el diablo se complacía en estorbar a nuestro Padre la fundación de su Obra	29
De cómo un perseguidor de la Iglesia dió pautas a nuestro Padre para su futura empresa	31
De cómo nuestro Padre situaba en las mansiones de la vida a sus pobres acogidos	33
De cómo en casa de nuestro Padre se cumplía un consejo de la buena Margarita a su hijo sacerdote.	35

De cómo entre los alumnos de nuestro Padre había confidentes y mensajeros de la Virgen . . . ,	37
De cómo nuestro Padre interpretaba unas palabras divinas referentes al calzado	39
De cómo respondía el Espíritu Santo a nuestro Padre en momentos especiales de su vida.	41
De cómo nuestro Padre mandaba a los enfermos dejar su enfermedad en la cama	43
De cómo nuestro Padre, amador de la pobreza, rehusaba prendas de vestir.	45
De cómo nuestro Padre quitó el miedo al Purgatorio de un alma ejemplar y buena.	47
De cómo nuestro Padre reclutó para su causa a un capitán de trece años	49
De cómo nuestro Padre pasó un día mil trabajos camino de unas Misiones.	51
De cómo nuestro Padre cierto día predicó un sermón de seis horas en un pueblo	53
De cómo nuestro Padre tenía una oratoria intuitiva y provechosa para las almas	55
De cómo nuestro Padre formaba para la vida cristiana muchachos de arraigadas convicciones.	57
De cómo nuestro Padre preparó su viaje a Roma para que el Papa le aprobase las Reglas de la futura Sociedad	59
De cómo nuestro Padre empleaba bien el tiempo en los ocios de sus viajes	61
De cómo atendía nuestro Padre al cuidado que se debe dar al cuerpo	63
De cómo a nuestro Padre le dolía en el bolsillo durante su primer viaje a Roma	65
De cómo nuestro Padre visitó por vez primera al Papa.	67
De cómo nuestro Padre se empeñó por ver en Roma lo que a otros no les era dado	69
De cómo nuestro Padre descubrió por ciertos boyeros la existencia de una Arcadia feliz, cristiana y pobre.	71
De cómo fiscalizaba Pío IX el celo ejemplar de nuestro Padre.	73
De cómo nuestro Padre daba lecciones de erudición en la corte pontificia.	75
De cómo nuestro Padre entretenía a los jóvenes con recursos extremadamente simples	77
De cómo nuestro Padre echaba sermones a cardenales como si fueran muchachos	79

De cómo un Domingo de Ramos nuestro Padre fué invitado por el Papa a recibir de sus manos la palma bendita . . .	81.
De cómo un día la cabeza de nuestro Padre fué momentáneo cojín de Pío IX.	83.
De cómo nuestro Padre rehusaba por una parte mercedes del Papa y por otra se las pedía	85
De cómo nuestro Padre introdujo en la etiqueta diplomática un idioma nuevo	87
De cómo cierto Domingo de Resurrección fué para nuestro Padre verdadera Pascua Florida	89
De cómo nuestro Padre se hizo digno de una broma de Pío IX.	91
De cómo nuestro Padre se despedía del Papa con el corazón feliz y las manos llenas de oro	93.
De cómo nuestro Padre con su ejemplo predicaba la unión fraterna entre las órdenes religiosas	95.
De cómo nuestra Padre ponía revulsivos en las almas a muchas leguas de distancia.	97
De cómo nuestro Padre abrió las puertas del cielo a un letrado moribundo	99
De cómo nuestro Padre hizo suyo a un joven desorientado	101
De cómo nuestro Padre usaba modos gentiles con ventaja para su desfallecido estómago	103.
De cómo a nuestro Padre le llenaban de consuelo ocurrencias de sus muchachos redimidos.	105
De cómo nuestro Padre fomentaba entre los suyos la vida más envidiable de familia cristiana	107
De cómo nuestro Padre defendía su honradez profesional en asunto biográficos	109
De cómo nuestro Padre, educador integral, defendía los derechos del silencio	111
De cómo la Providencia y nuestro Padre se topaban en el camino	113.
De cómo nuestro Padre ahuyentaba las orugas del huerto de una ancianita	115
De cómo nuestro Padre anunciaba un armisticio horas antes de firmarse	117
De cómo nuestro Padre predijo su vocación a cierta joven.	119.
De cómo nuestro Padre, sin buscarlo ni quererlo, fué causa de que un borrico se espantara	121
De cómo nuestro Padre y sus muchachos durmieron media hora menos una noche de excursión	123.

De cómo nuestro Padre, siendo el sacerdote más pobre, era generoso y liberal	125
De cómo nuestro Padre y su farándula sabían ganar partidas	127
De cómo nuestro Padre admitió en el Oratorio a un muchacho desenvuelto	129
De cómo nuestro Padre enseñaba a sus muchachos con auxilio de los sueños	131
De cómo nuestro Padre castigaba a sus alumnos sin usar piedra ni palo	133
De cómo reaccionaba nuestro Padre ante groserías de sus hijos.	135
De cómo nuestro Padre sufría con la ofensa a Dios hasta de manera humana	137
De cómo nuestra Padre recomendaba se invocase a su alumno Domingo Savio.	139
De cómo nuestro Padre dedicó al rey una carta con acentos de profeta	141
De cómo nuestro Padre formó el primer Capítulo Superior de la Sociedad salesiana	143
De cómo nuestro Padre sembraba inquietudes ministeriales con los vaticinios de su almanaque	145
De cómo nuestro Padre se ingeniaba para trocar en hablador al silencio	147
De cómo la mirada de nuestro Padre ahuyentó el sueño de un alumno	149
De cómo nuestro Padre entretenía a los suyos los domingos del verano	151
De cómo nuestro Padre decía la buenaventura a sus muchachos.	153
De cómo nuestro Padre alejó una pesadilla del alma da un colegial	155
De cómo nuestro Padre enderezaba por su camino los afectos juveniles	157
De cómo nuestro Padre defendía entre los varones doctos su posición de penitenciario.	159
De cómo un joven clérigo del Oratorio provocó el que nuestro Padre le quitara sus escrúpulos	161
De cómo no faltaba en el Oratorio quien discutiera los carismas de nuestro Padre.	163
De cómo nuestro Padre desconcertaba a escépticos y reacios	165
De cómo nuestro Padre despertaba con mensajes ciertas conciencias dormidas	167
De cómo nuestro Padre anunciaba el porvenir con efectos contrarios	169

De cómo la casa de nuestro Padre era puerto para náufragos de la herejía.	171
De cómo nuestro Padre organizó en el Oratorio la primera fiesta del titular.	173
De cómo nuestro Padre y su Capítulo admitieron al primer coadjutor salesiano	175
De cómo un joven, acogido por la caridad de nuestro Padre, se convirtió de repente	177
De cómo nuestro Padre convertía a un albañil	179
De cómo nuestro Padre tenía escuela formada en la devoción al Papa	181
De cómo nuestro Padre conocía qué jóvenes del Oratorio tenían que morir	183
De cómo sobre un departamento de tercera nuestro Padre hizo descender la gracia.	185
De cómo nuestro Padre contaba lo que le sucedió con un obispo	187
De cómo la presencia de nuestro Padre bastó para que un herido mudo se pudiera confesar	189
De cómo nuestro Padre fué prevenido en un sueño a retirar documentos delicados	191
De cómo nuestro Padre mantuvo sus derechos ciudadanos delante de la policía	193
De cómo nuestro Padre se divertía a expensas de unos ministros	195
De cómo nuestro Padre, en sus trances con la justicia civil, esgrimió recursos lógicos	197
De cómo un joven perdió fugazmente la razón creyendo encarcelado a nuestro Padre.	199
De cómo los necesitados tenían siempre reservas en el bolsillo de nuestro Padre	201
De cómo nuestro Padre defendía a los suyos con braveza	203
De cómo la prudencia de nuestro Padre se reflejaba en sus alumnos	205
De cómo el «Alter ego» de nuestro Padre celebró su primera misa	207

DEL MISMO AUTOR

- OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 1953. XIX + 800 páginas. 65 ptas. en tela y 115 en piel.
- OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo II. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), 1954. XXIV + 982 páginas, 75 ptas. en tela y 115 en piel.
- DESDE LA GUERRA A LA PAZ. Apuntes biográficos de José María González Gaggero, antiguo alumno salesiano, muerto en el frente de Jaén durante la Cruzada española. Sevilla, 1957 (2.^a edición). 180 páginas de texto más 24 fotograbados en couché. 20 pesetas.
- UN GRAN CARDENAL HISPALENSE CON LA FAMILIA SALESIANA. (El siervo de Dios Marcelo Spínola). Discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. 1948. 50 páginas de texto 16 de fotograbado. 10 ptas.
- MEDITACIONES SALESIANAS. (3.^a edición). Madrid, 1954. 320 páginas + siete fotograbados en couché. 20 ptas.
- FLORECILLAS DE DON BOSCO, Ramillete I. Cien episodios sobre la vida del Santo. 216 páginas con 101 grabados y portada en tricolor. 25 ptas.

FOLLETOS:

- ESTAMPAS SAVIANAS. Comentario sobre los célebres «Barros» de Mastroiani, Sevilla, 1950. 10 ptas.
- EL MUCHACHO SANTO. 56 páginas con sendas ilustraciones en huecograbado sobre la vida de Santo Domingo Savio. Madrid, 1952. 2'50 ptas.
- SAN JUAN BOSCO. Semblanza (5.^a edición) Sevilla, 1954. 2 ptas.
- SAN FRANCISCO DE SALES. Perfiles biográficos. Sevilla, 1950. 1 pta.
- MARIA AUXILIADORA. (Historia de su devoción) 5.^a edición Sevilla, 1955. 1'50 ptas.

EN PREPARACION:

- VIDA DE SANTA MARIA MAZZARELLO.
LA REGLA DE DON BOSCO MEDITADA.
FLORECILLAS DE DON BOSCO, RAMILLETE III.

Precio: 30 ptas.

De esta obra se ha preparado una
edición económica al precio
de 10 pesetas.

ARTES GRÁFICAS SALESIANAS.-SEVILLA